

Centro de Estudios Judaicos  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Universidad de Chile  
Santiago de Chile

# Reino de Dios, Juicio Final y Vida Eterna

La historia humana, camino de liberación

Alumno : José Johnson Mardones.  
Diploma en Ciencias de la  
Religión (II Semestre)  
Mención : Cristianismo.  
Profesor : Sr. Jaime Moreno.  
Fecha : Noviembre de 2000.

## CONTENIDO

Introducción.	4.-
I. Consideraciones previas.	7.-
a) La confusión y sus consecuencias.	8.-
b) El "como si..." de la escatología cristiana.	10.-
c) El problema de la historia.	11.-
II. Marco referencial.	13.-
a) Ambiente socio-político de la época.	
b) La espera de la plena soberanía de Dios y los grupos religiosos de la época.	14.-
- Bautistas.	
- Esenios de Qumram.	
- Saduceos.	15.-
- Fariseos.	
- Zelotes.	16.-
- Galileos.	
- Samaritanos.	17.-
c) Las esperanzas mesiánicas.	
- El Mesianismo profético.	
- El Mesianismo real.	18.-
- El Mesianismo sacerdotal.	19.-
- El Mesianismo apocalíptico.	20.-
d) Reino y Mesías en los textos del siglo I.	21.-
- Las oraciones.	22.-
- El targum del Pentateuco.	
- El targum de los profetas.	25.-
- Otros textos importantes.	27.-
III. Reino de Dios.	30.-

a) Dios, el Rey de Israel.	
b) Jesús de Nazareth y el anuncio del Reino.	32.-
- El sentido de "Reino".	33.-
- El anuncio del Reino.	35.-
- La "metanoia".	36.-
- Reino de Dios - reino del mal.	37.-
- Los destinatarios del Reino.	39.-
- El Reino de Dios y la realeza de Jesús.	40.-
c) Las parábolas del Reino.	43.-
- La semilla que crece (Mc. 4,26-28)	44.-
- La levadura en la masa (Lc. 13,18-21)	45.-
- El tesoro, la perla y la red (Mt. 13, 44-52)	46.-
- El trigo y la maleza (Mt. 13,24-30)	48.-
- Los trabajadores de la viña (Mt. 20,1-16)	49.-
- Los invitados al banquete (Lc.14,15-24)	51.-
- Las diez vírgenes (Mt. 25,1-13)	53.-
d) El "ya, pero todavía no" del Reino.	54.-
- La tensión escatológica.	55.-
- Reino de Dios y Comunidad Creyente.	57.-
- Reino de Dios y procesos sociales.	59.-
- La Plenitud del Reino.	64.-
IV. Juicio Final.	68.-
a) Juicio- Justicia en el Antiguo Testamento.	69.-
- Sentido de "Juicio-Justicia".	70.-
- La administración de la justicia en la historia de Israel.	
- La justicia como valor.	71.-
- Justicia religiosa y Ley.	
72.-	

b) El Dios Justo.	73.-
- La justicia divina.	
- El Dios de los pobres.	74.-
- Los juicios de Dios en la historia.	76.-
- El juicio escatológico.	77.-
c) Jesús, el Justo-Juez.	78.-
- Jesús y el sentido de "justicia".	79.-
- Jesús el justo.	80.-
- Jesús, reo de muerte y Juez universal.	81.-
- El juicio final en el Nuevo Testamento.	82.-
d) El Juicio de la Humanidad.	85.-
- A la hora de la muerte y al fin de los tiempos.	
- La humanidad, criterio de Juicio.	86.-
- La humanidad como proyecto.	87.-
V. Vida Eterna.	89.-
a) Vida en el Antiguo Testamento.	
- Sentidos de "vida".	
- El valor de la vida.	90.-
- La Ley, camino de vida.	91.-
- La vida más allá de la muerte.	92.-
b) El Dios vivo.	93.-
- El nombre divino.	94.-
- Dios Creador, fuente de vida.	95.-
- Dios, protector de la vida.	96.-
c) Jesús: Yo soy la vida.	97.-
- La vida en Jesús.	
- El Evangelio de la vida.	98.-
- El Resucitado: Señor de la vida.	99.-
- La vida en Cristo.	100.-
- La vida futura.	
- La comunión con Dios.	101.-
VI. Conclusión.	102.-

## Introducción.

La valoración que los cristianos hemos hecho de la historia humana, de los procesos sociales, las búsquedas de mayor libertad, justicia y solidaridad entre hombres y pueblos, ha variado a lo largo de los siglos. Desde los tiempos de la "fuga mundi" de los ascetas hasta la espiritualidad de la liberación el camino ha sido largo, con un abanico de posibilidades diversas y a veces, incluso contradictorias.

La pregunta por el valor cristiano de la historia no deja de ser trascendente en nuestro hoy. El mundo, entrando ya al siglo XXI, vive actualmente una multitud de procesos diversos, búsquedas y ensayos en los cuales los cristianos deben participar, muchas veces con muy poca claridad sobre su papel y los posibles aportes que ellos pueden dar a esos procesos. La respuesta habrá de marcar el caminar de los creyentes y el aporte, sin duda insustituible, que los cristianos pueden dar a esos intentos sinceros por encontrar formas y sistemas para una vida más humana, no exentos muchas veces de intereses particulares y deformaciones peligrosas.

Será necesario entonces interrogar a los textos del Nuevo Testamento, buscando en ellos el sentido que el caminar de la humanidad puede tener en el plan de salvación. Tres temas aparecen al respecto, muy relevantes: el Reino de Dios, el Juicio Final y la Vida Eterna, tres núcleos de la escatología cristiana, cuyas relaciones con la historia nos permitirán descubrir el valor específico de ella en nuestro caminar cristiano.

El anuncio del Reino de Dios es, sin duda, el tema central en la predicación de Jesús de Nazareth y, por lo mismo, en la vida de todo cristiano. Muchos textos del Nuevo testamento hablan de este Reino misterioso, anunciado por los profetas y manifestado en la vida y mensaje de Jesús. A pesar de ello, Jesús no hizo un tratado sistemático sobre el Reino y sus consecuencias. Sus palabras, llenas de símbolos y sus gestos, llenos de signos, van mostrando en qué consiste este Reino, lo manifiestan, lo sugieren, lo evocan e invitan a su aceptación.

Además, el tema del Juicio Final provoca no poca incomodidad al hombre de hoy. La posibilidad de tener que dar cuenta de sus actos ante Dios y el resto de los seres humanos pareciera aterrarlo y eso no deja de ser sintomático. Sumemos a ello las manipulaciones que ha tenido a lo largo de la historia el concepto de Vida Eterna, para justificar las evasiones de muchos de sus responsabilidades sociales, o incluso para mantener una resignación frente a la injusticia y la opresión, en la esperanza de un mundo futuro lleno de paz y felicidad, en el cual la historia humana no tendría ninguna relevancia.

Es por ello que el tema del Reino abre no pocas interrogantes y produce no pocas confusiones en los cristianos de hoy. Sobre todo al relacionarlo con el Juicio final y la Vida Eterna, es decir, al analizar su aspecto escatológico. ¿Es el Reino una realidad histórica, o debemos esperar su realización en la eternidad? ¿Qué relación existe entre Reino de Dios y los procesos sociales que viven los pueblos? ¿Cómo se relaciona el Reino y la Iglesia? ¿Es el Reino una realidad personal o un proceso comunitario? y un largo etcétera en el cual cada uno puede agregar sus propias interrogantes.

Hay otra particularidad que se hace necesario destacar y se trata del lugar desde donde se hace este estudio. Pues no se trata de explicar el sentido del Reino de Dios sólo a cristianos, sino también a judíos y genteS de otras confesiones, lo que hará necesariamente plantearse otro paquete de preguntas: ¿Qué relación existe entre judaísmo y Reino de Dios? ¿Cómo se juzgará a los judíos, los ateos y la gente de otras religiones? ¿Puede identificarse la adhesión a una confesión cristiana con la adhesión al Reino de Dios? y muchas más.

Este trabajo pretende abordar el problema, sin pretender por ello dar una respuesta absoluta y categórica. Más bien se trata de entregar elementos que permitan comprender de qué se trata el Reino y qué consecuencias tiene para nuestras vidas. Se trata, en definitiva, de entrar en la dinámica del Reino al que nos invita Jesús, de vivir la experiencia de una vida inmersa en la soberanía de Dios por sobre todas las cosas, una vida entregada a sus manos.

El anuncio cristiano del Reino de Dios a todas las naciones, anuncio que Jesús nos ha llamado a prolongar "hasta los confines del mundo" y "hasta el fin de los tiempos" debe iluminar el caminar de la humanidad, su historia y sus esperanzas, anuncio que hoy se hace diálogo sincero, búsqueda común de la voluntad de Dios e invitación fraterna a descubrir la presencia misteriosa de Dios en medio de la historia, de la de los pueblos y cada uno de nosotros, presencia que es siempre invitación amorosa a confiar en El y amarlo por toda la eternidad.

Fraternalmente, Paz y Bien.

## I. Consideraciones previas.

Hablar de escatología cristiana es hablar de nuestra esperanza, del proyecto de Dios para nuestras vidas y para nuestra historia como humanidad. En esta exposición nuestra atención se centrará en tres temas principales de la escatología: El Reino de Dios, el Juicio Final y la Vida Eterna, vistos en una perspectiva universal, buscando en ellos el sentido de la historia de la humanidad, su caminar, los procesos sociales y su destino final. Pero antes de iniciar nuestra reflexión sobre estos temas, puntos centrales en la escatología cristiana, se hace necesario realizar algunas consideraciones previas, importantes para situar el análisis en su debido contexto.

Lejos está de este trabajo el pretender delimitar absoluta y categóricamente el alcance y sentido de estas expresiones. Al contrario, se hace necesario partir asumiendo que el tema que nos ocupa siempre será más que todo lo que podamos decir sobre él, pues se mueve en una esfera distinta de la cotidiana, aunque no desconectada de ella. La reflexión deberá tender, necesariamente, a entregar elementos que ayuden a descubrir en la propia vida y en la historia la presencia de estas realidades, sus consecuencias, su sentido profundo y su relación con nuestras opciones fundamentales, con los proyectos de vida de cada uno de nosotros y nuestras sociedades, con el sentido y misión de la humanidad entera, desde una perspectiva cristiana.

Hay otro elemento importante de señalar. *"El Reino y su justicia"*<sup>1</sup> es siempre una invitación, un llamado a la conversión hacia Dios y su voluntad. Es por ello que no se puede, si en verdad se quiere llegar al fondo del asunto, analizar el tema del Reino desde una perspectiva "neutra". El mismo anuncio del Reino exige la definición con respecto a él, su rechazo o su aceptación. Sólo entrando en la dinámica del Reino de Dios proclamado por Jesús, podremos comprender su sentido profundo, lo que nos llevará necesariamente a sumarnos a su construcción o alejarnos de él. No es posible una actitud indiferente.

Por último, estamos frente a un proceso dinámico. Ni el Reino, ni el Juicio final ni la Vida eterna están ya realizados plenamente. Lo

que a su vez tampoco quiere decir que no estén ya presentes en nuestras vidas, iniciándose un proceso que deberá concluir con el establecimiento pleno de la soberanía de Dios sobre la humanidad (Reino), la evaluación de esta misma humanidad como proyecto (Juicio Final) y, en definitiva, la participación en una vida verdaderamente plena, llena de la presencia de Dios, sin límites de tiempo ni espacio (Vida Eterna). Durante nuestro caminar descubrimos las semillas de esta realidad presente, aunque en germen. Podríamos describir, de acuerdo a esto, a la escatología cristiana como un proceso dinámico, extendible a toda la humanidad, al Pueblo de Dios y a todos los que lo buscan con un corazón sincero.

#### a) La confusión y sus consecuencias.

A lo largo de la historia del cristianismo, las realidades del Reino de Dios, el Juicio Final y la Vida Eterna han sido definidas de forma diversa, ampliando o reduciendo el espectro de su acción según los vaivenes de la historia. Es por ello que no sería errado hablar de un proceso "elástico" en la escatología cristiana.

Estas tres realidades, diferentes entre sí, están profundamente relacionadas y es por ello que se han prestado a confusiones, muchas veces con consecuencias nefastas. Y es que no se puede hablar de Reino de Dios sin tener en cuenta el Juicio Final y la Vida Eterna. Por ello, más que centrar la reflexión en la diferenciación exacta de cada uno, debemos centrarla en sus relaciones mutuas, como partes de un todo dinámico, realizado en la historia y plenificado en la eternidad. La reflexión cristiana ha variado desde la absoluta identificación entre ellas hasta su absoluta diferenciación.

Así, por ejemplo, por mucho tiempo, sobre todo durante la Edad Media, se hablaba de la Vida Eterna exclusivamente como la realización de la sentencia del Juicio Final y siguiendo esa lógica el Reino era un estado de felicidad sólo alcanzado después de la muerte, Reino al que llegaban los pobres por su resignación y humildad y los ricos por su generosidad y liberalidad con ellos. La Iglesia resultaba ser, dentro de esa dinámica, una organización de límites definidos, cerrándose entorno a la sociedad occidental ("la cristiandad") e incluso a los ámbitos meramente clericales. Como consecuencia de ello, podía tenerse sólo dos actitudes frente a todos los que no

pertenecían a la Cristiandad: O llamarlos a la conversión al cristianismo (y por ello también al sistema político occidental), o combatirlos a sangre y fuego para impedir que sus "errores" contaminaran al pueblo "cristiano".

En el otro extremo, podemos señalar la reflexión dada en torno a estos temas desde América Latina y el Tercer Mundo, sobre todo después del Concilio Vaticano II. Aunque resultan incuestionables los aportes de la teología de la liberación, tampoco deben desconocerse los errores o exageraciones que se han dado en algunas de sus vertientes. En algunas de ellas se ha llegado a identificar el Reino de Dios con un proceso de liberación económico y político, a realizarse en la historia. El Juicio Final, desde esta perspectiva, sería también un proceso histórico, donde los pobres exigen justicia y la realizan a través de procesos revolucionarios y, por último, la Vida Eterna sería el ideal de relaciones humanas al que se debe tender, con una vida llena de los bienes de la tierra, en una sociedad sin clases y sin injusticias.

En esta visión, los límites de las realidades escatológicas se estiran al infinito. Así la Iglesia, pasa a ser la "Iglesia de los pobres", nacida del pueblo, en oposición a la "Iglesia Institucional" que debe convertirse a los pobres y sumarse a su lucha. Los criterios de pertenencia al Reino se reducen a la participación o no en el proceso liberador de los pobres, descalificándose todo cristianismo que no ponga como base este criterio.

Obviamente, cada enfoque está determinado por el momento histórico en el que nació, por las urgencias del momento, marcando así algunos aspectos por sobre otros. Basten sólo estos dos ejemplos como muestra de este proceso, del que no escapamos tampoco nosotros.

Será necesario, como siempre, interrogar a las fuentes del cristianismo, para descubrir en ellas el recto sentido de la predicación de Jesús y del mensaje cristiano, buscando descubrir más allá de los elementos culturales, el mensaje que estas fuentes nos quieren entregar.

b) El "como si..." de la escatología cristiana.

El esfuerzo de acercarse a los textos sagrados en busca de respuestas a nuestras preguntas sobre el Reino, el Juicio o la Vida Eterna servirían de poco si se pretende encontrar una respuesta acabada, una síntesis doctrinal y exacta de estas realidades. Todos los esfuerzos en ese sentido han terminado por agrandar la confusión, ya que son necesariamente reductivos y simplistas.

Hay que recordar que los textos del Nuevo Testamento son, en definitiva, anuncios, exhortaciones y prédicas, destinadas a llegar más al corazón que al cerebro. Más que la claridad intelectual buscan la conversión del corazón y el cambio de vida, así por lo menos se desprende de las primeras palabras que pone Marcos en labios de Jesús, texto sobre el que deberemos volver más de una vez en este estudio:

*"Y después que Juan hubo sido entregado, vino Jesús a Galilea, y allí predicaba el Evangelio de Dios, y decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios; conviértanse y crean en el Evangelio»."* <sup>2</sup>

El lenguaje sobre el Reino de Dios, el Juicio Final y la Vida Eterna es siempre simbólico, evocativo, es un "como si..." que deja espacio a la imaginación, a la inciativa, a la búsqueda más allá del anuncio recibido. Los símbolos no agotan el sentido de la realidad que pretenden simbolizar y tampoco son identificables literalmente. Lejos de nosotros deben estar los intentos por evocar el Reino de Dios como un rey muy anciano que gobierna el mundo en su mano, o con un juez que dicta sentencia, luego de escuchar los cargos y la defensa.

Más lejos aún la imagen de la Vida Eterna como un mundo de nubes, donde cada uno de nosotros tiene túnicas y alas, además de una aureola en la cabeza. El Reino es más que eso y es por ello que se hace necesario un caminar para encontrarlo.

Tampoco podemos caer en el otro extremo, es decir, en un esfuerzo de "desmitologización" del Evangelio, despreciando los símbolos que contiene. Las imágenes tienen una razón de ser, nos permiten comprender y asimilar una realidad que sin ellas nos sería imposible y es por ello que hay que saber leerlas y descubrir su sentido profundo. Recordemos que en el lenguaje humano, los signos y símbolos nos permiten asimilar y expresar situaciones tan intensas como el amor o el dolor, o aquellas que nos superan, como el nacimiento o la muerte. No es extraño entonces que Dios haya querido ocupar el mismo lenguaje.

#### c) El problema de la historia.

Existe la imagen, especialmente en medios cristianos, de que la escatología es un tema ahistórico, reservado a místicos y monjes, cuya relevancia en la vida diaria es muy poca y a veces absolutamente nula. Incluso en los medios más comprometidos socialmente se mira a la escatología con cierta desconfianza, viendo en ella un distractivo que permitiría la evasión de los compromisos con el mundo que se vive, fomentando la esperanza en una vida mejor en el futuro, devaluando el esfuerzo por construir una sociedad mejor en el presente. Esto está lejos de ser lo correcto. Muy por el contrario. El tema escatológico es muy importante, ya que de él depende la valoración que se haga de la historia, del mundo y del compromiso cristiano por la transformación social.

Una escatología etérea y de tinte espiritualista conllevará necesariamente la indiferencia por la sociedad y sus conflictos, una visión del mundo como algo que hay que evitar, buscando mantenerse "puros" para la llegada del Reino al final de los tiempos.

Una escatología excesivamente terrena conlleva necesariamente una sobre valoración de los procesos sociales, un activismo exagerado o incluso el uso de todos los medios para conseguir la instauración ya de una sociedad más igualitaria, la que sería la expresión directa del Reino de Dios. Además de ello, puede provocar una desvaloración de la oración personal, de la mística y de todo aquello que no produzca resultados concretos, medibles y patentes.

Se impone, pues, una escatología de síntesis, que guarde los necesarios equilibrios entre la espera de las realidades últimas y el compromiso con la historia de los pueblos y de cada uno de nosotros. Se trata de buscar en el tema escatológico esa tensión tan saludable entre las urgencias de nuestro tiempo y la esperanza cristiana, entre el esfuerzo humano por la transformación social y la confianza en el poder infinito de Dios, entre la dimensión personal y comunitaria de la vivencia del mensaje de Jesús.

El problema de la historia y su valoración cristiana cruzará todo nuestro estudio, como un telón de fondo que nos permita descubrir en esa misma historia la presencia de Dios y su plan de salvación, sus signos que nos alientan en el caminar, su invitación constante a amarlo hasta el extremo. La historia será para nosotros el escenario de la realización del plan de Dios, el testimonio de un Dios que se ha hecho carne y ha puesto su morada entre nosotros<sup>3</sup>.

## II. Marco referencial.

### a) Ambiente socio-político de la época.

La sociedad judía del siglo I estaba constituida por una gran masa de jornaleros y mendicantes, junto a pequeños artesanos, pescadores y comerciantes que se encontraban en un nivel social más alto que los primeros, aunque lejos de los centros de poder. A ellos hay que sumar los grupos del judaísmo oficial y los grupos constestatrios y revolucionarios, los movimientos de reforma religiosa y otros grupos de judíos considerados heréticos.

En el siglo I de nuestra era el judaísmo se veía enfrentado nuevamente a una dominación extranjera. El Imperio Romano se ha extendido enormemente y ha impuesto su "pax romana" a todo el orbe. Israel no escapaba a esta situación, aunque contaba con algunas facilidades. Se le permitía mantener el culto y organizarse de acuerdo a las leyes judías con una "libertad tutelada" por los romanos. Los gobernadores eran nombrados por Roma y regían palestina como meros instrumentos.

Todo ello provocaba en el pueblo una crisis honda. Estos reyes no podían ser la expresión temporal de la soberanía divina, sino todo lo contrario. Por ello, se afirma la convicción en la realeza única de Dios sobre Israel y, de paso, se deslegitimaba el gobierno romano y los que colaboraban con él. La esperanza en una restauración de la independencia política y religiosa de Israel volvía a cobrar fuerza, centrándose en la imagen del Mesías, *"el que había de venir"*<sup>4</sup>.

b) La espera de la plena soberanía de Dios  
y los grupos religiosos de la época.

Producto de la situación de dominación, surgieron grupos en el judaísmo del siglo I que intentaban dar respuesta a las interrogantes del momento y alimentar la esperanza en un futuro mejor, donde la soberanía de Dios se manifieste plenamente. Los evangelios sólo registran los grupos más influyentes.

- Bautistas.

De fuerte tinte profético-penitencial, reviviendo la figura de Elías (Mt. 3,4; 17,10-13), el profeta que había de anunciar la llegada del Mesías. Su idea era fomentar en el pueblo una actitud de conversión y arrepentimiento, como una forma de apurar el juicio de Dios sobre la tierra y la instauración definitiva de su reinado.

- Esenios de Qumram.

Este grupo, aislado del resto del pueblo y desconectado de la liturgia del Templo, buscó un judaísmo limpio de toda corrupción externa, apegado absolutamente a la Ley de Moisés y en espera de la llegada del Reino de Dios, inminente y terrible. Con una marcada visión apocalíptica, los esenios de Qumram se vieron a sí mismos como el "resto de Israel", único grupo que se ha mantenido fiel, con el cual Dios realizará la "nueva alianza" anunciada en Jer. 31,31ss. Son ellos los protagonistas del combate entre el bien y el mal, entre ellos, "los hijos de la luz" y los demás, "los hijos de las tinieblas". Viven en la tensión de los "últimos tiempos", ante la inminente llegada del fin, aunque este fin ha sido aplazado por Dios. Con una interpretación libre de Za.4,14, sostenían la espera en la llegada de dos Mesías o ungidos, uno sacerdotal y el otro real.

- Saduceos.

Constituían un grupo privilegiado. Sus miembros pertenecían a la aristocracia y durante casi todo el período que nos ocupa provenían mayormente de la casta sacerdotal. Controlaban la administración y el culto del Templo. Dada esta situación, se veían envueltos en el torbellino de conflictos e influencias políticas que se derivaban de la ocupación romana. En lo doctrinal, los saduceos eran partidarios únicamente de la autoridad de la Escritura, restringida al Pentateuco. Por ello rechazaban las creencias tardías de los fariseos sobre la resurrección de los muertos, la inmortalidad personal, la existencia de ángeles y demonios, etc. Así, constituyendo un grupo religiosamente conservador y políticamente oportunista, no es raro que no abriguen esperanzas mesiánicas ni escatológicas.

- Fariseos.

Mucho más cercanos al pueblo que los saduceos y ligados con la enseñanza sinagoga, los fariseos se fueron constituyendo en el grupo más influyente a nivel de capas populares, aunque pertenecían más bien a la clase media. Ponían el acento más en las prácticas que en los elementos doctrinales. En cuanto a las esperanzas escatológicas se daba un abanico de posiciones. Se esforzaban por lograr el perfecto cumplimiento de la Ley en todos sus detalles, como una forma de reconocer a Dios como el único Rey de Israel. La soberanía divina se iría manifestando a medida que el pueblo, y ellos en particular, se "separaran" (fariseo = separado) de los impuros que no observaban la Ley y fueran fieles a ella. Aunque parecen haber sido parte de la alergia nacional a la dominación romana, en lo político aplicaron un criterio de prudencia y diplomacia, una especie de "política de los consensos" de la época.

- Zelotes.

Uno de los principales movimientos revolucionarios de la época de Jesús. Se puede mencionar también a los sicarios y otros grupos menores. Contrarios al judaísmo oficial del Templo, aliado muchas veces con la dominación romana, procuraban un programa radical de reforma del culto, el Templo y el sacerdocio, así como la autonomía política y la restauración del reino de Israel, incluso por la vía de la violencia y la lucha armada. Los zelotas provenían del bajo clero y de la nobleza sacerdotal, concentrados principalmente en Jerusalén.

Soñaban con la reconstrucción de la teocracia israelita, mediante la purificación del Templo y su centralidad en la vida del pueblo liberado, según la visión de Ez. 40-48. Su nombre significa el "celo" con el que luchan por su proyecto. Estaban absolutamente resueltos a instaurar el Reino de Dios, no vacilando en recurrir a la violencia contra los romanos y fomentando un odio profundo a todo lo que signifique sometimiento a su autoridad. Todo ello con clara influencia apocalíptica.

- Galileos.

Los habitantes de la región de Galilea pertenecían a la comunidad religiosa judía, pero su lejanía del Templo había hecho que la sinagoga adquiriera una importancia principal, así como la vecindad con pueblos paganos había producido influencias culturales que hacían caer en sospecha de impureza religiosa a los galileos frente a los habitantes de Judea. De ahí la expresión, común en la época, que pretende mostrar lo absurdo de las pretensiones mesiánicas del profeta de Nazareth: "*¿De Nazareth puede salir algo bueno?*"<sup>5</sup>. En lo doctrinal pudiera suponerse una fuerte influencia farisea, pero no así en sus prácticas, ya que los galileos se mostraban menos rígidos en las observancias.

- Samaritanos.

Su situación era peor que la de los galileos. A la impureza en la que quedaban al aceptar el matrimonio con paganos, los habitantes de Samaria añadían el aceptar sólo el Pentateuco como palabra de Dios y sustituir el Templo de Jerusalén por un santuario en el monte Garizim como un lugar legítimo de culto. Todo ello hacía que los judíos evitaran incluso la conversación con ellos, lo que hace comprender la sorpresa de la samaritana junto al pozo al encontrarse con Jesús: "*¿Cómo tú, siendo Judío, me pides de beber a mí que soy una mujer samaritana?*" <sup>6</sup>. El evangelio de Juan permite entrever la esperanza mesiánica en este grupo<sup>7</sup>.

### c) Las esperanzas mesiánicas.

En toda época de crisis se hace necesaria la búsqueda de una esperanza cierta en medio de la confusión, de un norte hacia el cual dirigirse y dirigir los procesos sociales y las transformaciones. En el judaísmo del siglo I, sometido a una serie de transformaciones y crisis dolorosas, la esperanza en la llegada del Mesías fue alimentando el esfuerzo por responder a las exigencias de la historia, esperanza en una era donde la soberanía de Dios habría de manifestarse plenamente. La forma de concebir estas esperanzas mesiánicas muestra diversas variantes, aunque muchas veces interrelacionadas entre sí, formando un complejo cuadro de posibilidades que hemos debido simplificar al máximo. Estas son:

- El Mesianismo Profético.

Centrado principalmente en la espera de un nuevo profeta como Moisés, el hombre al cual Dios le reveló su nombre<sup>8</sup> y con el cual conversaba "cara a cara"<sup>9</sup>, cumpliendo por ello la función de mediador entre Dios y su pueblo<sup>10</sup>. Las palabras del Deuteronomio sirvieron de base para esta esperanza: "*Yahveh, tu Dios suscitará, de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien*

*escucharás... Y Yahveh me dijo (a Moisés): Bien está lo que has dicho. Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo mande" <sup>11</sup>.*

Los profetas, de hecho, estarán presentes en toda la historia de Israel, anunciando al pueblo la palabra de Dios e interpretando la historia según sus ojos. Pero es luego de la destrucción de Jerusalén y durante la dura prueba del destierro, cuando el profetismo toma un tinte claramente mesiánico. En esta línea se encuentran los llamados "cantos del Siervo" <sup>12</sup> en el Segundo Isaías, textos de los que hará uso ampliamente el Nuevo Testamento, para interpretar la figura y misión de Jesús. Una vez extinguido el profetismo, no quedará extinguida la esperanza en un nuevo profetismo, particularmente ligado con las esperanzas escatológicas. Así se espera la llegada de un nuevo Elías que preparará "*el día terrible de Yahveh*" <sup>13</sup>, o un nuevo Moisés que renovará los prodigios del Exodo<sup>14</sup>, o incluso una restauración del profetismo de tintes universales y escatológicos<sup>15</sup>.

- El Mesianismo real.

Tiene su fuente en la convicción de que Dios es el verdadero y único soberano de Israel, tal como se ha dicho más arriba<sup>16</sup>. Durante la época del pre y post exilio, cuando ya la monarquía israelita ha sido desplazada por el dominio extranjero, la esperanza en una restitución de la dinastía davídica y de su reinado, reinado idealizado por el recuerdo anhelante de un pueblo desterrado, cobra vital importancia. El "*vástago de David*" que ha de venir a reestablecer el reino de Israel y que "*reinará como verdadero rey, con sabiduría, y ejercerá el derecho y la justicia en la tierra*" <sup>17</sup>, comienza a ser la fuente de la esperanza en el restablecimiento del reino, expresión concreta de la soberanía divina sobre Israel y todas las naciones, como se ha señalado anteriormente.

Así el campo de su realeza se extiende de a poco a todas las naciones, en un reino eterno, reino de paz y de justicia, lleno de la gracia de Dios<sup>18</sup>. La forma concreta como este Rey-Mesías establecerá su reinado variarán en las interpretaciones, desde un Rey político-nacionalista, encabezando una liberación violenta del pueblo, hasta la imagen de un rey de paz que extiende su reinado por la compasión y el sacrificio de sí mismo. Las imágenes del Rey-Pastor y del Rey-Guerrero se mezclan en el ideario de la esperanza judía.

- El Mesianismo sacerdotal.

El sacerdocio en Israel está relacionado con la tradición levítica, al cual se le confía la transmisión e interpretación de la revelación divina y la celebración del culto: *"Ellos (los levitas) enseñan tus normas a Jacob y tu Ley a Israel; ofrecen incienso ante tu rostro, y perfecto sacrificio en tu altar"* <sup>19</sup>. Además de los levitas, ejercen funciones sacerdotales los jefes de familia (por ejemplo, durante el banquete de *Pésaj*) y jefes carismáticos como Moisés, Josué y Samuel, hasta que la dinastía davídica tenderá a asumir dichas funciones <sup>20</sup>. El texto del Salmo 110 resulta ser un fiel reflejo de la relación que se comienza a establecer entre realeza y sacerdocio, entre esperanza davídica y santuario de Jerusalén: *"Lo ha jurado Yahveh y no se arrepiente: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec»"* <sup>21</sup>.

En el post-exilio, con el fin decepcionante de la monarquía, será el sacerdocio el que asumirá el protagonismo, produciéndose una concentración de la esperanza mesiánica en torno al sacerdocio y al Templo. Así, hacia el 573 a.c, el profeta Ezequiel presenta la visión de un templo escatológico (cap. 40-48), como lugar donde Dios habitará para siempre, desde donde reinará sobre Israel: *"Este es el lugar de mi trono, el lugar donde se posa la planta de mis pies. Aquí habitaré en medio de los hijos de Israel para siempre"* <sup>22</sup>. La función sacerdotal desempeña un gran papel tanto en el escrito sacerdotal del Pentateuco<sup>23</sup> como en los cronistas<sup>24</sup>. Sin embargo, en estas obras falta la tensión escatológica, debido a que la salvación está enmarcada dentro del ámbito cultural y por ello la realización del Reinado de Dios dependería de la pureza ritual de los hijos de Israel. Será necesario esperar al período intertestamentario y los textos del Nuevo

Testamento para ver surgir con claridad la esperanza en un Mesías Sacerdotal que renovará el culto y el templo, y más allá de ello, hará de Israel un pueblo santo para Dios.

- El Mesianismo apocalíptico.

La esperanza es quizás el elemento central en la mentalidad religiosa del judaísmo, esperanza que sostiene el caminar, que cuestiona el presente y obliga a enderezar la vida y los criterios según Dios. El punto más extremo de esta esperanza es el mesianismo apocalíptico, la esperanza en un Mesías "de lo alto", en una intervención directa y espectacular de Dios, actuando sobre la historia y más allá de ella. Una de las expresiones de esta intervención divina es la figura del "*ángel de Yahveh*", identificado a veces con Dios mismo y otras distinguido de El, pero siempre como signo de las intervenciones divinas en la historia<sup>25</sup>.

En la reflexión del post-exilio, la figura del "ángel de Yahveh" toma claros tintes mesiánicos, como en el texto de Mal. 3,1, escrito cerca del 470 a.c. : "*He aquí que yo enviaré mi mensajero <sup>26</sup> a allanar el camino delante de mí, y enseguida vendrá a su Templo el Señor a quien ustedes buscan; y el ángel de la alianza, que ustedes desean, he aquí que viene, dice Yahveh de los ejércitos*". El posterior encuentro con el mundo griego conllevará una disminución de la tensión escatológica y un aumento de la reflexión sapiencial, debido a que se considera que mediante la sabiduría se puede conseguir la salvación aquí y ahora. Pero no se debe pensar que desaparece la esperanza completamente, sino que podríamos decir que se hace más "cotidiana". La sabiduría personificada presenta rasgos proféticos<sup>27</sup>, sacerdotales<sup>28</sup>, reales<sup>29</sup>, desarrollando también funciones cósmicas y de mediación creadora<sup>30</sup>, acercándose a la imagen de un mesías apocalíptico. pero este mesianismo no resurgirá claramente sino hasta el tiempo de los Macabeos (s. II a.c.).

Desde ahí en adelante la imagen de un Mesías que viene de lo alto a juzgar a Israel y a las naciones se va haciendo cada vez más recurrente. Junto con ello debe mencionarse una visión pesimista de la realidad, vista como algo condenado a la destrucción y sobre cuyas cenizas se levantará la Nueva Jerusalén, obra de Dios y no de los hombres, y por ello perfecta y eterna. Quizás la figura que reúne mejor esta tensión es el enigmático "Hijo de Hombre" del libro de Daniel<sup>31</sup>. Esta figura marcará fuertemente la reflexión intertestamentaria y los textos del Nuevo Testamento.

Todas estas visiones forman el marco de reflexión sobre el que el cristianismo primitivo interpretaría la figura de Jesús de Nazareth. Ninguna de estas visiones desaparecerá completamente ni se manifestará químicamente pura, sino que serán la base sobre la cual se harán una y mil lecturas de la esperanza mesiánica en el período inmediatamente anterior a Jesús y posterior a El, tal como lo veremos a continuación.

#### d) Reino y Mesías en los textos del siglo I.

Más allá de las variantes que hemos mencionado, sostenidas por alguno de los diversos grupos de la época, existía, como en toda sociedad, una gran cantidad de judíos sin pertenencia a ninguno de ellos, pero influenciado en mayor o menor grado por todos. Para intentar precisar las esperanzas del judío medio, lejano de las grandes discusiones pero viviendo la realidad dura de cada día, resulta importante detenerse en las oraciones sinagogales antiguas y la lectura de la Escritura y su interpretación. Fueron esos textos los que cada sábado alimentaban la esperanza del pueblo y que a su vez eran alimentados por esa misma esperanza, transformándose por ello en testigos de la misma ante nuestros ojos.

- Las oraciones.

La sinagoga en el siglo I conocía ya el embrión de lo que llegaría a ser las Dieciocho Bendiciones. Entre otras, se consideran antiguas la segunda bendición que alaba al Eterno Viviente que "hace revivir a los muertos", la décima que manda "tocar la gran trompeta por nuestra libertad<sup>32</sup> y elevar el estandarte para reunir a nuestros desterrados<sup>33</sup>" y seguramente también la decimocuarta que invoca la misericordia de Dios "para el reino de la casa de David, tu Mesías de justicia"<sup>34</sup>. Aunque esta oración recoge las esperanzas bíblicas, incluso la resurrección, el mesianismo en ellas es discreto. También estaría ausente en la versión primitiva del Kadish, la Santificación del Nombre Divino, con que terminaba la reunión sinagoga y que influyó en las dos primeras peticiones del Padre Nuestro:

*"Que sea engrandecido y santificado su gran Nombre en el mundo que ha creado según su voluntad; y que establezca su reino [y haga germinar su redención. Que haga venir a su Mesías y libere a su pueblo] en vida vuestra y en vuestros días y en vida de toda la casa de Israel, pronto y en un tiempo cercano"* <sup>35</sup>

Con la mención directa del Mesías o sin ella, el Kadish manifiesta la esperanza en la pronta intervención del Dios Rey en favor de su pueblo.

- El targum del Pentateuco.

Se llama targum a las traducciones arameas de los textos bíblicos hechas por los judíos, tanto palestinos como babilonios, a lo largo de los siglos para el servicio de las sinagogas. Targum significa tanto la práctica de la traducción en el marco litúrgico, con sus exigencias y costumbres, como los textos fruto de esa práctica. El targum no es sólo una traducción, sino también una reinterpretación de los textos a la luz de los hechos nuevos que va presentando la vida y la historia. Es por ello que resultan importantes para nuestra reflexión.

Los textos del Pentateuco que se prestan a una interpretación mesiánica son un tanto oscuros. Ello explica entonces que los textos antiguos del targum pretendieran aclararlos con comentarios. Así, por ejemplo, desde la mitad del siglo III d.c, el Pentateuco griego parece leer el anuncio del Mesías en Gen. 3,15. El targum desarrolla la interpretación siguiente:

*"Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tus hijos y sus hijos. Y sucederá que, cuando los hijos guarden la Ley y cumplan los mandamientos, te atacarán, te romperán la cabeza y te matarán. Pero cuando abandonen los mandamientos de la Ley, tú atacarás, le morderás en el talón y la herirás. Pero, en cuanto a los hijos de ella, habrá un remedio, mientras que para ti, serpiente, no habrá un remedio; porque están destinados a tener paz al final, en el día del Rey Mesías" <sup>36</sup>*

En el texto citado se aprecia la marcada oposición entre la fidelidad y la infidelidad, junto a la esperanza cierta en una victoria sobre el mal hasta llegar a una paz universal<sup>37</sup>, lo que nos permite apreciar hasta qué medida influenció el espíritu apocalíptico la interpretación de la Biblia. Esto se ve también en el Poema de las Cuatro Noches Pascuales relativas a la "Noche de vela por el Señor"<sup>38</sup>. La noche final incluye la venida del profeta escatológico y del Mesías, según el simbolismo de un nuevo éxodo:

*"La cuarta noche cuando el mundo llegue a su fin para ser disuelto; se romperán los yugos de hierro y las generaciones perversas serán aniquiladas y Moisés subirá de en medio del desierto y el Rey Mesías vendrá de arriba. Uno irá al frente del rebaño y el otro marchará al frente del rebaño y su Palabra marchará entre los dos, y yo y ellos marcharemos juntos" <sup>39</sup>*

Más concreta aún es la presentación del Mesías en la versión targúmica del oráculo de Balaán de Num. 24, 7.17: *"Un héroe crece en su descendencia y domina sobre pueblos numerosos. Su rey es más grande que Agag, su realeza se eleva. Lo veo, pero no para ahora, una estrella sale de Jacob, un cetro surge de Israel; aplasta las sienes de Moab y el cráneo de los hijos de Set"*. El Documento esenio de Damasco jugaba con el paralelismo para distinguir dos personajes: *"la Estrella es el Escrutador de la Ley (el fundador de la secta), el Cetro es el Príncipe de la congregación y en su advenimiento abatirá a todos los hijos de Set"* <sup>40</sup>. La Biblia griega ya veía al Mesías en este oráculo, así como también el targum:

*"De entre ellos se elevará su rey y su liberador será uno de ellos, reunirá a los exiliados de las provincias de sus enemigos y sus hijos dominarán sobre **naciones numerosas**. Será más poderoso que Saúl que se apiadó de **Agag**, rey de los amalecitas, y el reino del Rey Mesías será exaltado. Lo veo, pero no para ahora; lo contemplo, pero no está próximo. Un rey tiene que elevarse **de entre** los de la casa de **Jacob**, un liberador y un jefe **de entre** los de la casa de **Israel**. Entregará a la muerte a los valientes de los **moabitas**, exterminará a **todos los hijos de Set** y desposeerá a los que tienen riquezas"* <sup>41</sup>

No sería osado suponer que esta lectura de la imagen de la estrella que surge de Jacob haya servido de base al relato de los magos en el evangelio de Mateo, sobre todo si se considera que Balaán era un mago extranjero.

Otro caso significativo es el de la bendición sobre Judá en Gén. 49, 10-12. La Biblia griega acentúa su mesianismo y el targum extiende el texto hasta llegar a ver en él la figura del Mesías (v.10), luego la guerra del Mesías contra las naciones (v.11) y finalmente la excelencia del Mesías y su Reinado:

(10) " **No faltarán** los reyes **de entre** los de la casa de **Judá**, **ni** los escribas doctores de la Ley **entre** los hijos de sus hijos, **hasta que venga** el Rey Mesías, a quien pertenece la realeza y a quien se someterán todos los reinos.

(11) ¡Qué hermoso es el Rey Mesías que debe surgir de entre los de la casa de Judá! **Ciñe** sus lomos y sale al combate contra sus enemigos y mata a reyes y príncipes. Enrojece los montes con la grasa de sus guerreros. Sus vestidos están bañados de sangre; se parece al que pisa los **racimos**.

(12) ¡Qué hermosos son los **ojos** del Rey Mesías, más que el **vino** puro! Porque no se sirve de ellos para mirar las desnudeces y el derramamiento de sangre inocente. **Sus dientes son más blancos que la leche**, ya que no se sirve de ellos para comer de las violencias y los robos. las montañas enrojecerán con sus cepas y las colinas blanquearán con la abundancia del trigo y de rebaños de ovejas" <sup>42</sup>

En el v.11, para transformar la imagen de la sangre de la viña en un símbolo guerrero, el poema del tragum acude a Is. 63, 1-6 <sup>43</sup>. Esta "contaminación" del texto se comprende mejor si se piensa que, en las sinagogas de influencia farisea, la lectura de la Torá se completaba y aclaraba con un breve texto sacado de los profetas.

- El targum de los profetas.

Dentro del targum de los profetas, centraremos nuestra atención en el targum del profeta Isaías, por el fuerte contenido mesiánico de sus textos. En el primero de los "Cantos del Siervo" <sup>44</sup> encontramos una interpretación claramente mesiánica:

***"...para abrir los ojos de la casa de Israel, que son como ciegos respecto a la Ley, para hacer salir a sus desterrados de entre las naciones, pues son semejantes a los prisioneros, y para librarlos de la servidumbre de los reinos, en donde están detenidos como prisioneros de las tinieblas"*** <sup>45</sup>

Así, se anuncia la restauración de la fidelidad a la Ley y la reunión de los dispersos, dos acciones mesiánicas. Son temas antiguos, anteriores por lo menos en el caso de este targum al 70 d.c. En el caso del Canto del Siervo Sufriente <sup>46</sup>, texto ocupado en el Nuevo Testamento para interpretar la pasión de Cristo, el targum aplica las pruebas del Siervo al Pueblo de Israel, descartando la idea de un Mesías sufriente:

***"He aquí que mi siervo el Mesías triunfará; será exaltado, crecerá, se hará muy poderoso. Lo mismo que la casa de Israel estuvo esperando en él durante días numerosos, porque su aspecto era miserable entre las naciones y su apariencia distinta de la de los hijos de los hombres, así también dispersará a las naciones numerosas, los reyes se callarán ante él; pondrán sus manos en sus bocas, ya que verán cosas que no les habían contado y comprenderán cosas que no habían oído decir"*** <sup>47</sup>

Es sabido el respeto que el Judaísmo profesa al nombre divino, evitando su nombre en forma directa y el targum no escapa a ello. Así, por ejemplo, en Gen. 17,1 se lee: "YHWH se apareció a Moisés"; el targum prefiere leer: "La palabra (memrá) de YHWH se reveló". Esta expresión puede servir de base para una teología de la palabra divina, de "el memrá del Señor". En este mismo sentido, el targum de los profetas evita hablar directamente de la venida de Dios

y prefiere hablar de "su reino". Se puede citar el ejemplo de Is. 40,9, donde se lee: "*Di a las ciudades de Judá: ¡He aquí vuestro Dios!*", leyendo el targum en el mismo versículo: "*Di a las ciudades de la casa de Judá: ¡he aquí que se nos ha revelado el reino de vuestro Dios!*" o también el texto de Is. 52,7, donde el "mensajero de las buenas noticias" anuncia: "*¡Ya reina tu Dios!*", leyendo el targum: "*¡El reino de tu Dios se ha revelado!*".

El uso de esta terminología pretende aclarar que el reinado de Dios es ya una realidad, necesitando para su plenificación una intervención personal de Dios, pero que esta intervención no puede identificarse con una mera presencia física.

- Otros textos importantes.

Existen otros textos que pueden ayudarnos a comprender el sentido del Reino y el Mesías en el judaísmo antiguo. Entre ellos podemos citar los Pirqué de Rabbi Eliezer (s. VIII d.c.), los que conservan un fragmento de una homilía muy antigua, homilía que refleja la esperanza en el Reino de Dios, partiendo del salmo 93, que la liturgia del Templo utilizaba para celebrar la soberanía de Dios sobre el mundo, acabado el día sexto. El texto pone sus palabras en boca de Adán en el momento de su creación:

*"Adán se puso de pie... Al verlo, todas las criaturas rezaron por él, ya que creyeron que era su creador; por tanto, fueron a postrarse ante él. Adán exclamó: ¿Cómo es que os postráis ante mí? Venid, vamos juntos a **revestirnos de fuerza y majestad**, y luego hagamos reinar sobre nosotros al que nos ha creado. Porque es el pueblo que hace reinar al rey y no el rey el que se pone a sí mismo como rey... A continuación, Adán abrió la boca y todas las criaturas respondieron tras él; **se revistieron de fuerza y majestad**, aclamaron a su Creador y lo hicieron su rey, como está escrito: «**YHWH reina, está revestido de majestad... Está ceñido de fuerza**» (Sal. 93,1)"* <sup>48</sup>

La humildad ejemplar de Adán desea quizás ir contra la teología cristiana del nuevo Adán <sup>49</sup>. Es de notar el papel importante de la libertad en la implantación del Reino de Dios, es el acto libre del hombre, en una actitud de fe y agradecimiento, el que hace que Dios ejerza su soberanía plenamente sobre él y sobre la creación.

Como una última muestra, parece importante citar el Libro de Henoc, de corriente apocalíptica, recopila varias tradiciones diversas a lo largo de tres siglos (II a.c. al I d.c.). Particularmente importantes para nuestro tema son los capítulos 37 al 71 o "Libro de las parábolas", donde la figura principal es el "hijo del hombre", con claros tintes mesiánicos y directa relación con la instauración definitiva del Reino de Dios:

*"Vi allí al que tiene el principio de los días; su cabeza era como de lana blanca; y con él, a otro, que tenía un rostro de apariencia humana y desbordaba de gracia como uno de sus ángeles.*

*Pregunté sobre aquel hijo del hombre a uno de los santos ángeles que me acompañaba y me mostraba todos los secretos: «¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Por qué acompaña al Soberano de los días?»*

*Me respondió: «Es el Hijo del hombre a quien pertenece la justicia; la justicia tiene en él su morada, y él revelará todo el tesoro de los misterios. Porque es a quien el Señor de los Espíritus ha elegido y cuyo lote ha obtenido la victoria ante el Señor de los Espíritus, según el derecho, por toda la eternidad.*

*Ese Hijo de hombre que has visto hará levantarse a los reyes y poderosos de sus lechos, a los fuertes de sus asientos. Desatará los lazos de los fuertes y romperá los dientes de los pecadores. Echará a los reyes de sus tronos y de su reino porque no le exaltan, no le glorifican y no confiesan de dónde les ha venido la realeza.*

*Hará bajar el rostro a los fuertes, los llenará de confusión y tendrán las tinieblas por morada, los gusanos por lecho, sin esperanza de levantarse de allí, porque no exaltan el nombre del Señor de los Espíritus" <sup>50</sup>*

La figura del Hijo del hombre aparece también en el apocalipsis de Daniel, y el Nuevo Testamento verá en ella un anuncio de la misión de Jesús y su persona. Tanto es así que el título que Jesús más se atribuye a sí mismo es justamente el de Hijo del hombre<sup>51</sup>.

Todo lo visto anteriormente, permite ver la diversidad de ideas que se entremezclaban en la época de Jesús con respecto al Reino de Dios y la llegada del Mesías. Ello permitirá también comprender mejor el sentido de las palabras de Jesús, sus acciones y las opciones concretas de su vida, marcada a fondo por la tensa espera del Reino de Dios y su justicia.

### III. Reino de Dios.

La expresión "Reino de Dios" y sus similares no son originales del Nuevo Testamento, aunque éste les confiere un significado especial. Es por ello necesario buscar sus raíces en el Antiguo Testamento, en las esperanzas del pueblo de Israel, su visión de Dios y de la historia.

#### a) Dios, el Rey de Israel.

Los primeros antecedentes de la idea de Reino de Dios se encuentran en la visión de Dios como Rey, visión que se comienza a forjar una vez instalados los hebreos en Canaán. Así, por ejemplo, en Jue 8,23 Gedeón responde a los israelitas que querían hacerlo rey: *"No seré yo el que reine sobre ustedes ni mi hijo; Yahveh será quien reine sobre ustedes"*. También vemos esta idea en Sam 8,6ss, donde el pueblo pide a Samuel un rey, comenzando el período monárquico: *"Disgustó a Samuel que dijeran: «Danos un rey para que nos juzgue» e invocó a Yahveh. Pero Yahveh dijo a Samuel: «Haz caso a todo lo que el pueblo te dice. Porque no te han rechazado a ti, me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos»"*. Esta petición es interpretada como un rechazo a la soberanía de Dios sobre Israel, un deseo de ser *"como las demás naciones"*<sup>52</sup>.

Es Israel *"un reino de sacerdotes y una nación consagrada"*<sup>53</sup>. Por ello, Dios esperará de Israel que reconozca su realeza, que sea como un signo de la realeza divina para toda la humanidad, mediante el cumplimiento de su alianza, cuya expresión es la Ley de Moisés. Pero la soberanía divina no se limita sólo a Israel. El es Rey Eterno<sup>54</sup>, en el cielo<sup>55</sup> y en la tierra<sup>56</sup>, en todo el universo<sup>57</sup> y sobre todas las naciones<sup>58</sup>.

Este reinado universal, se explicita en Israel, el que se transforma en "su reino" por la observancia de la Ley, tal como lo hemos señalado más arriba. Inicialmente esta realeza divina tiene sólo una expresión moral, pero con la evolución política hacia un sistema monárquico debe ser reinterpretada. De ahí que se produzca una fuerte oposición a la idea de tener un rey como todos los pueblos<sup>59</sup>, por un lado, y una intervención divina directa en la elección y

consagración de cada rey, por otro<sup>60</sup>. Desde ese momento, la soberanía divina tiene una expresión temporal y humana en el rey de Israel, cuyo prototipo será David y su dinastía<sup>61</sup>.

A pesar de ello, la historia de la monarquía israelita, como toda historia humana, se moverá entre la fidelidad y la inconsecuencia, entre el pecado y la virtud, a veces en abierta oposición a la voluntad de Dios, verdadero Rey de Israel. Tales debilidades serán consideradas, en definitiva, como origen de las desgracias de Israel, que se ha alejado de su Dios y Rey, muchas veces por culpa de sus dirigentes<sup>62</sup>.

La caída de la monarquía haría repensar otra vez el tema de la realeza divina, durante el duro crisol del destierro. Durante el exilio, la esperanza se centra en una reconstrucción del reino destruido, por la acción del Rey-Mesías, Hijo de David. Pero más que esto, va cobrando fuerza la certeza de la realeza divina como fuente de esperanza, sobre todo después del retorno a la tierra de Israel. Dios reunirá a Israel como un pastor a su rebaño, para salvarlo y devolverlo a su tierra<sup>63</sup>. El mensaje de esperanza se centra en una certeza: "*Tu Dios reina*"<sup>64</sup> y este reino se extenderá a la tierra entera, pues todas las naciones vendrán hacia Jerusalén a adorar a Dios<sup>65</sup>. Este reino universal será reconocido por todas las naciones y se expresa en el juicio divino a todas ellas<sup>66</sup>. Juicio y reinado están en una profunda relación.

Por último, el apocalipsis de Daniel renueva las promesas proféticas en un Reino Universal, el que Dios construirá sobre las ruinas de los imperios humanos<sup>67</sup>. Aparece la figura del Hijo del Hombre entre nubes, en contraste con las bestias que representan los poderes políticos terrestres<sup>68</sup>. Su llegada irá acompañada de un juicio, después del cual la realeza le será entregada para siempre al Hijo del Hombre y al pueblo de los santos del Altísimo<sup>69</sup>. El libro de Sabiduría agrega, en esta misma línea, que después del juicio "los justos mandarían a las naciones y dominarían los pueblos, y el Señor reinará sobre ellos para siempre"<sup>70</sup>.

Estos diversos matices en cuanto al tema del Reino de Dios alimentarán la esperanza del Pueblo de Israel por muchos siglos y serán el ambiente que recibirá el anuncio del Reino que trae Jesús.

#### b) Jesús de Nazareth y el anuncio del Reino.

El tema del Reino de Dios es central en la predicación y vida de Jesús de Nazareth. Él vivió ante la inminente llegada del Reino y por ello la urgencia y la radicalidad en las opciones que demanda a los que quieren seguirlo. La definición es ineludible.

*"Mientras iban caminando, uno le dijo: «Te seguiré a donde vayas». Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza».*

*A otro dijo: «Sígueme» El respondió: «Déjame primero ir a enterrar a mi padre» Le respondió: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve a anunciar el Reino de Dios»*

*También otro le dijo: «Te seguiré, Señor, pero déjame antes despedirme de los de mi casa». Le dijo Jesús: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios»." <sup>71</sup>*

El anuncio del Reino de Dios es primeramente el anuncio de su llegada, *"Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios; conviértanse y crean en el Evangelio"* <sup>72</sup>. Con su venida llega al fin el reino de Satanás, del pecado y de la muerte sobre la humanidad, los milagros son las señales de todo ello: *"Si yo lanzo a los demonios por el Espíritu de Dios, ha llegado, pues, a ustedes el Reino de Dios"* <sup>73</sup>.

El Reino es revelado a los pequeños y sencillos y ocultado a los sabios<sup>74</sup>, a los discípulos, no a los de afuera, para quienes todo es enigmático<sup>75</sup>. El Reino se va revelando paulatinamente por medio de las parábolas. Luego de la Resurrección se completará la enseñanza, sobre todo a través de la acción del Espíritu Santo<sup>76</sup>. Todo esto es lo analizaremos detenidamente a continuación.

- El sentido de "Reino".

El sentido del término griego "*Basileia*" es bastante complejo. las traducciones suelen variar entre "Reino" y "Reinado", siendo esta última la más usada actualmente, tal vez porque le confiere un sentido temporal y dinámico, en contraposición a "Reino" que es más estático. Será importante seguir el recorrido etimológico y de traducciones para comprender mejor el sentido de las palabras en el Evangelio, que es en definitiva el propósito de todo este estudio.

El texto hebreo del Antiguo Testamento utiliza tres palabras que derivan de *melek* (rey), a los que pueden corresponder, aunque no con toda precisión, tres equivalentes castellanos:

- *Melûkâh*, que podría traducirse por "realeza", es el hecho de ser rey y de ejercer la autoridad propia de esta función.

- *Malkût*, equivalente a "reinado", es el poder real, o el espacio de tiempo durante el cual alguien ejerce la *Melûkâh* sobre un territorio y personas determinadas.

- *Mamelâkâh*, designa lo que en castellano se llama "reino", pero en un sentido más amplio. Es el territorio sobre el cual se ejerce la realeza y la soberanía ejercida por el monarca sobre ese territorio. En castellano encontramos este doble sentido en la palabra "imperio", ya que tiene un sentido geográfico o bien el tener poder sobre alguien o alguna cosa.

Este último término es el que los Setenta traducen por "*Basileia*" (femenino) o también "*Basileion*" (neutro) y de ahí las complicaciones para traducir a un sólo término el sentido original del texto.

A la luz de todo lo dicho anteriormente y más allá de las preferencias de los traductores, podemos señalar que la "*Basileia*" griega puede entenderse de tres formas diferentes, marcando distintos matices que es necesario considerar a la hora de estudiar los textos:

\* Espacial. El territorio sobre el que alguien reina. Por ejemplo: "*Jesús, mirando a su alrededor, dice a sus discípulos: «¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!»*"<sup>77</sup> En este caso el término más exacto para traducir "*Basileia*" es "reino".

\* Temporal. Es el período durante el cual alguien reina, el hecho de que alguien reine. Por ejemplo: "*Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: «Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo»*"<sup>78</sup>. En este caso debe preferirse el término "reinado" como más exacto.

\* Existencial. Es el hecho de poseer la capacidad de reinar, la realeza. "*Un hombre noble marchó a un país lejano, para recibir un reino y volverse*"<sup>79</sup>. En este caso lo más apropiado sería traducir "*Basileia*" por "realeza" o "soberanía".

No siempre resulta fácil ver con claridad en qué sentido se ocupa el término reino en cada texto y de ahí las confusiones en cuanto a la traducción y la interpretación. En este trabajo, hemos preferido mantener el término "reino" en todos los casos, evitando así el uso de otros términos que, si bien pueden ser más clarificadores, pueden también reducir la riqueza de sentido del término original.

De entre los tres sentidos que hemos mencionado, el que ocupará más nuestra atención es el de realeza, el de ser rey, atribuido a Dios y a Jesús, y por ellos a sus discípulos. Los demás sentidos están subordinados a éste.

Marcos, Lucas y Juan hablan de "Reino de Dios" y Mateo, siguiendo el uso rabínico, habla de "Reino de los Cielos", siendo ambas expresiones equivalentes. De ello se puede deducir que "cielo" no significa un lugar específico, sino a la persona de Dios mismo.

Mateo ocupa la expresión 37 veces, Marcos 14 y Lucas 32, frente a sólo 2 veces en Juan, 10 en Pablo y sólo 1 en Apocalipsis.

Esto se produce, entre otras muchas razones, porque al ser el término "Reino de Dios" típicamente judío, podría no ser muy comprensible para los pueblos paganos, por lo que lentamente se fue imponiendo sobre él otros términos más adecuados. Por ejemplo, parece ilustrador el comparar las dos veces que la expresión "Reino de Dios" aparece en Juan con las 17 veces que este evangelista ocupa la expresión "vida" y las 16 en que aparece "vida eterna".

Este fenómeno nos permite deducir dos cosas. Primero, que la expresión "Reino de Dios" puede pertenecer a los estadios más primitivos de la redacción de los textos evangélicos y hasta al mismo Jesús y segundo, que Vida Eterna y Reino, la historia y la eternidad no son realidades separadas en el pensamiento cristiano, sino que profundamente entrelazadas. La eternidad hace su entrada en la historia con el anuncio del Reino, el Reino encuentra su consumación plena en la eternidad.

#### - El anuncio del Reino

Los evangelios concuerdan en atribuir al tema del Reino de Dios un puesto principal en la predicación de Jesús. A este respecto parece importante detenerse a revisar los textos que hablan del primer anuncio del Reino por parte del Maestro.

Mateo y Marcos concuerdan en señalar el primer anuncio del Reino inmediatamente después de la prisión de Juan el Bautista y en el territorio de Galilea<sup>80</sup>. Lucas, en cambio, no señala explícitamente el primer anuncio en un momento particular. En su caso, inmediatamente después de ser encarcelado Juan y de vuelta de las tentaciones en el desierto, relata la llegada de Jesús a Galilea y el anuncio del cumplimiento de la profecía de Isaías en su persona<sup>81</sup>. Más adelante y luego de algunas curaciones y exorcismos, Jesús señala a los que quieren retenerlo: *"También a las otras ciudades tengo que anunciar el Evangelio del Reino de Dios pues a esto fui enviado"* <sup>82</sup>, dando por ya comenzado el anuncio del Reino con la predicación en Nazareth y los milagros realizados.

En conclusión, los tres sinópticos coinciden unánimemente en situar el primer anuncio del Reino en el tiempo y en el espacio:

después de la prisión del Bautista (tiempo) y en la región de Galilea (espacio).

El caso de Juan es distinto, como ya se ha dicho. Juan prefiere el término "vida" o "vida eterna" a "reino" o "Reino de Dios", encontrándose sólo dos veces en todo su libro esta última expresión y dentro del mismo párrafo<sup>83</sup>. Pero esta misma situación, hace que esta aparición sea muy significativa, ya que puede provenir de una tradición con el suficiente peso para exigir del redactor el mantener el mismo término y no cambiarlo por el que comúnmente ocupa. De ello hablaremos a continuación.

- La "metanoia".

El anuncio del Reino de Dios está marcado por la inminencia de su llegada: *"Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios"* (Mc) *"Conviértanse, porque el Reino de los Cielos ha llegado"* (Mt) *"Hoy se ha cumplido esta escritura a oídos de ustedes"* (Lc). Es esta urgencia la que es el motor de la predicación de Jesús. El vive en la tensión ante la inminente llegada del Reino, urgencia que exige en sus oyentes una definición clara y radical. El *"kairós"*, el tiempo que se ha cumplido, no es el paso de las horas o los minutos (en tal caso se usaría *"cronos"*), sino que es el tiempo oportuno, el momento preciso en el cual el Reino se ha aproximado como nunca antes y puede ser asido por el que quiera entrar en El. El Reino "se ha acercado y está todavía cerca", es por ello una invitación urgente que no admite dilación en la respuesta, porque este Reino se realiza ante nuestros ojos y oídos, dependiendo de nosotros el entrar en su dinámica o quedarnos fuera.

Aunque el Reino en el discurso de Jesús es algo inminente, su realización depende de la disposición de los hombres. Es por ello que se produce una tensión entre la oportunidad que Dios ofrece ("El Reino está cerca") y la respuesta que el ser humano está llamado a dar ("conviértanse"), es la tensión entre el "ya" de Dios y el "todavía no" de las limitaciones humanas, las que dilatan la plena realización del Reino hasta más allá de la historia.

La respuesta a este anuncio requiere un cambio radical, entrar en la dinámica del Reino exige una conversión del corazón, poner a

Dios como el soberano de la propia vida y de la historia del pueblo, conversión que convierte al creyente en un discípulo, en un hombre nuevo. Es lo que expresa el término griego "*metanoia*" en los sinópticos y el "*nacer de lo alto*" en Juan. El bautismo pretende simbolizar esta realidad: se sepulta el "hombre viejo" y renace del agua (tal como en el nacimiento natural) un "hombre nuevo", guiado por el Espíritu de Dios. El camino cristiano no es otra cosa que la búsqueda constante de esta renovación. como lo recuerda Pablo en las hermosas palabras de la carta a los colosenses:

*"Despójense del hombre viejo con sus obras y revístanse del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego ni judío, circuncisión o incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos".<sup>84</sup>*

- Reino de Dios - reino del mal.

La instauración de la plena soberanía de Dios, lo hemos dicho ya, no es un proceso automático. Aunque su instauración, desde el anuncio de Jesús, es inminente e ineludible, la realización misma de esa instauración implica un enfrentamiento con las fuerzas del mal, de Satanás, del pecado y de la muerte. Es por ello que es necesaria en el creyente una opción radical por buscar el supremo bien y combatir el mal en todas sus formas. Con la llegada del Reino llega a su fin el reinado de Satanás y de las fuerzas del mal, derrotados desde ya luchan aún contra el Reino y sus servidores, lucha que tendrá su final más allá de la historia.

La vida de Jesús, su mensaje, su muerte y resurrección, son el comienzo del combate final entre el bien y el mal, combate que se extiende desde ese momento hasta su venida gloriosa. Los textos de la infancia reflejan este conflicto. Jesús es, en palabras de Zacarías el *"sol que nace de lo alto, para iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte"* <sup>85</sup>, será signo de contradicción, de caída y levantamiento en Israel *"a fin de que salgan a luz los pensamientos del fondo de muchos corazones"* <sup>86</sup>. Con su llegada, el poder de Satanás es derrotado: *"Si yo lanzo a los demonios por el Espíritu de Dios, ha llegado, pues, a ustedes el Reino de Dios"* <sup>87</sup>.

El poder de Satanás en el mundo no se reduce a la posesión demoníaca. Todo mal es signo de su poder y debe ser derrotado. Tal es el sentido de los milagros de curación en Jesús, ellos demuestran que el poder de Dios reina sobre las fuerzas del mal y las somete, liberando al ser humano de su opresión. Así por ejemplo, ante la curación de la mujer encorvada, Jesús señala: *"Ésta, que es hija de Abrahám, a quien ató Satanás hace ya dieciocho años ¿No estaba bien desatarla de esta ligadura en día sábado?"* <sup>88</sup>. Así, los milagros son signos del Reino que se ha acercado y de su instauración definitiva. A los mensajeros de Juan el bautista Jesús responde con sus acciones: *"vayan a contarle a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia la Buena Nueva a los pobres"* <sup>89</sup>.

Pero será a través de su propia muerte y resurrección como Jesús derrotará definitivamente y para siempre el poder del mal y de la muerte: *"Ahora es el juicio de este mundo, ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y cuando yo sea levantado, atraeré a todos hacia mí"* <sup>90</sup>. A partir de entonces el mal ya está derrotado y la historia se encamina irreversiblemente hacia la plena consumación de la soberanía de Dios sobre todo lo creado. Esa historia será el escenario en el cual cada hombre y cada mujer, y la humanidad en su conjunto, deberá hacer su libre opción entre el bien y el mal, hasta que llegue el momento en que pueda cantar:

*"Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido*

*arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante nuestro Dios día y noche. Ellos lo vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra de testimonio que dieron, porque no amaron tanto su vida que temieran la muerte. Por esto alégrense los cielos y los que en ellos habitan" .<sup>91</sup>*

- Los destinatarios del Reino.

Siendo el anuncio del Reino de Dios el fin del reinado del mal, los primeros destinatarios de este Reino son los que sufren más directamente las consecuencias de este mal: los pobres, los que sufren, los tristes, los marginados sociales y religiosos, no por sus méritos, sino por el simple hecho de estar sometidos a las fuerzas del mal con más rigor, para ser liberados de esas fuerzas y reintegrados en su dignidad y vocación. Es por ello que para los pobres el anuncio del Reino se transforma en Buena Nueva, liberadora y comprometida.

Pero también este Reino se dirige a todos aquellos que tienen un corazón puro y limpio para acoger la llamada de Dios, los sencillos, los limpios de corazón, los misericordiosos, los niños, en fin, todos aquellos que se solidarizan con el prójimo y descubren en él el rostro de Dios.

El Reino de Dios, como la misma vida divina, es una realidad misteriosa, realidad que sólo Jesús puede dar a conocer <sup>92</sup>. Por ello, aunque el Reino es anunciado a las multitudes, sus misterios son revelados a los pequeños y sencillos <sup>93</sup>. Es a los pobres a quienes pertenece el Reino por derecho propio y por ello son bienaventurados<sup>94</sup> y será la solidaridad o indiferencia con ellos la que indicará la pertenencia al Reino en el día del Juicio final <sup>95</sup>. La Buena Nueva anunciada a los pobres es la misión de Jesús, Buena Nueva de liberación que se realiza a través de los signos y milagros de la vida de Jesús, y sobre todo a través de su muerte y resurrección.

En esta misma línea, los misterios del Reino son revelados a los discípulos y no a las multitudes, para quienes todo es enigmático<sup>96</sup>, es decir, para comprender la realidad del Reino y descubrir su presencia en la historia no basta sólo con escuchar su anuncio, sino que es necesaria una opción fundamental por Dios, un seguimiento de Jesús y un compromiso real por la construcción de ese Reino en medio nuestro. Sólo el que se ha comprometido puede vivir y descubrir la riqueza del Reino en plenitud.

El Evangelio es una muestra más de la pedagogía divina, que va revelando poco a poco su plan de salvación, el misterio de su reinado en medio nuestro, revelación que se completará luego de la resurrección de Jesús, mediante la acción del Espíritu Santo: *"Muchas cosas tengo que decirles, pero ahora no pueden con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará hacia la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que escuche y les anunciará lo que habrá de venir"* <sup>97</sup>.

- El Reino de Dios y la realeza de Jesús.

El tema del Reino de Dios y de la realeza de Jesús están íntimamente ligados. Jesús, el Hijo de Dios, es el Mesías-Rey prometido en las Escrituras. La realeza mesiánica de Jesús se manifiesta progresivamente en tres etapas sucesivas, correlativas a las etapas en que se va manifestando el Reino, hasta llegar a su plenitud: La vida terrena de Jesús (anuncio del Reino), el tiempo de la Iglesia (el "ya, pero todavía no" del Reino) y la Parusía (La plenitud del Reino)

Durante su vida terrena, Jesús se muestra bastante reservado en cuanto al título de rey. Si lo acepta por ser título mesiánico según las profecías <sup>98</sup> es despojándolo de toda resonancia política <sup>99</sup>, para manifestar con claridad que su realeza *"no es de este mundo"* y que se manifiesta por su testimonio de la verdad, el discípulo del Reino reconocerá esa verdad y la servirá: *"Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio a favor de la verdad. Todo el que es de la verdad oye mi voz"* <sup>100</sup>.

Incluso se identifica la adhesión al Reino con la adhesión a Jesús mismo: dejarlo todo por el Reino de Dios <sup>101</sup> es dejarlo todo por el nombre del Maestro <sup>102</sup>.

Asimismo, identifica el "Reino del Hijo del Hombre" con el "Reino del Padre" <sup>103</sup> y por ello puede disponer del Reino a favor de los discípulos así como el Padre dispuso del Reino a favor suyo <sup>104</sup>, ejerciendo efectivamente la realeza en el mundo sin que ello contradiga la realeza del Padre, pues el *"nos liberó del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor (...) porque en El quiso Dios que residiera toda plenitud, y por medio de El reconciliar consigo todas las cosas, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz con todos los seres, así del cielo como de la tierra"*<sup>105</sup>.

Jesús, el Mesías-Rey, asume su realeza luego de la resurrección, ya glorificado junto al Padre. Su pasión, muerte y resurrección son el paso necesario para su glorificación<sup>106</sup> y por ello para asumir su papel unificador de la humanidad, en palabras de Jesús, *"cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí"*<sup>107</sup>. Así, el crucificado, queda constituido como Señor y Cristo sobre todo los pueblos, y es éste el mensaje que anunciarán los discípulos a todos los pueblos: *"Con toda seguridad, pues, conozca toda la casa de Israel, que Dios constituyó Señor y Mesías a este mismo Jesús que ustedes crucificaron"* <sup>108</sup>.

En el tiempo de la Iglesia, es decir, desde la resurrección hasta la parusía, la soberanía de Dios se ejerce en el mundo mediante la soberanía de Cristo, ejercida sobre todo el universo<sup>109</sup>. Jesús es el que ha recibido el poder de abrir los sellos de la historia<sup>110</sup>, ejerciendo su poder Real también mediante su pueblo, la comunidad creyente, signo y anuncio del Reino: *"Compraste con tu sangre para Dios hombres de toda raza, lengua pueblo y nación, y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de sacerdotes y reinan sobre la tierra"*<sup>111</sup>.

Así, mientras dure la historia, el poder del Mesías ya glorificado se ejerce en el mundo, avanzando de manera a veces imperceptible, pero eficaz. Es el Señor de la Historia, el que conduce los destinos de la humanidad hacia su plena liberación. Los creyentes deberán ejercer esta realeza colaborando con el advenimiento del Reino, mediante su participación en el caminar de la humanidad, en su destino y en su historia. A este respecto, el Concilio Vaticano II recuerda:

*"La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del Reino de Dios y la salvación de toda la humanidad(...) El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y la civilización,(...) vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra( Ef. 1,10)"* <sup>112</sup>

Al fin de los tiempos, la realeza de Jesús se manifestará en plenitud. Como vencedor sobre todas las fuerzas del mal, incluso la misma muerte, el Señor reinará plenamente<sup>113</sup>. Una vez unificada toda la creación bajo su soberanía, el Hijo entregará el Reino al Padre, para que Dios sea todo en todas las cosas<sup>114</sup>. Pero no debe entenderse como la anulación del papel soberano de Jesús, sino como la plena consumación de la soberanía divina, mediante la acción del Hijo.

Es sintomático a este respecto el hermoso texto de la entronización regia del Cordero en el Apocalipsis<sup>115</sup>, donde el cántico que primero se dirige a Dios Creador luego se dirige al final por igual "al que está sentado en el trono y al Cordero". Así, al comienzo del relato, los veinticuatro ancianos alaban a Dios, diciendo: "Digno eres, Señor y Dios nuestro, Santo, de recibir la gloria y el honor y la potencia, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad no existían y fueron creadas"<sup>116</sup>. Luego, una vez aparecido el Cordero sacrificado y puesto en pie (Jesús)<sup>117</sup> es alabado por los ancianos<sup>118</sup>, luego por los ángeles<sup>119</sup>, y finalmente por toda la creación, reconociendo una misma soberanía, al Padre y a Cristo: "Al que está

*sentado en el trono y al Cordero la bendición, y el honor, y la gloria, y el poderío por los siglos de los siglos*"<sup>120</sup>. Así, en forma simbólica, el Apocalipsis nos señala el poderío soberano de Dios Creador, la entronización de Jesús como Señor de la Historia y la plenificación del reinado de ambos en una misma alabanza por parte de toda la creación, reinado que ha de permanecer por todos los siglos.

### c) Las parábolas del Reino

Jesús, como hemos recordado al inciar nuestro estudio, no hizo una teoría sobre el Reino de Dios, sino que lo fue mostrando con su propia vida, con signos y gestos que lo hicieran asimilable. En su predicación usaba figuras y ejemplos que permitían una comprensión más fácil de esta realidad misteriosa, aunque nunca revelando todo su esplendor. Es la ambivalencia de todo signo, por un lado nos permite conocer una realidad que de otra forma nos sería imposible asimilar y por otro nos oculta esa misma realidad, siempre más allá de nuestra comprensión, mostrando una parte nos oculta la totalidad.

Esto es importante considerarlo al revisar las muchas parábolas sobre el Reino que encontramos en los evangelios. Ellas van mostrando a modo de comparación algunos aspectos de este Reino misterioso, aspectos que nos permiten comprender un poco, pero que a su vez nos recuerdan que el Reino, como Dios mismo, siempre será más de todo lo que podamos decir y pensar, porque su misterio sobrepasa nuestra capacidad, por lo menos mientras estemos limitados por el tiempo y el espacio. Durante nuestra vida el Reino siempre será un "como si..." un "parecido a...", es decir, una imagen difusa de una realidad más allá, cuya claridad y plenitud sólo se nos descubrirá en su totalidad más allá de la historia.

Hay muchas parábolas sobre el Reino en los evangelios. Intentando hacer un breve resumen, podríamos decir que el Reino (o la plena soberanía de Dios), es una realidad misteriosa, no evidente a los ojos de todos, aunque sus efectos se van viendo en la historia. El Reino debe crecer como una semilla depositada en la tierra, dependiendo su crecimiento de que el terreno en el que caiga esté bien dispuesto, es decir, de la disposición del corazón y libertad de espíritu del creyente<sup>121</sup>. Crecerá por su propio poder, como el grano<sup>122</sup>. Su

acción oculta, pequeña pero efectiva, transformará al mundo, como la levadura a la masa<sup>123</sup>. Así, sus comienzos serán pequeños, pero está destinado a crecer, extendiéndose en la tierra en la medida que la palabra de Dios es acogida<sup>124</sup>.

El Reino, actuando ocultamente en la historia, debe tener un signo visible en la comunidad creyente en torno a Jesús, su "*pequeño rebaño*" a quien el "*Padre le ha parecido bien darle el reino*" <sup>125</sup>. La implantación del Reino es un proceso gradual que se abre con la venida de Jesús y se plenificará en su vuelta. Entre una y otra hay un espacio en el que la entrada al Reino exige opciones fundamentales y exigencias precisas.

Detendremos ahora nuestra atención en siete de las muchas parábolas sobre el Reino, analizadas más detenidamente, lo que nos permitirá ir profundizando nuestra comprensión del Reino y su dinámica, y sus implicancias para nuestra vida y nuestra historia. Es necesario recordar que nunca el análisis de los textos puede ir separado de la lectura de los textos mismos, pues su misión justamente es hacer más comprensible los textos sagrados a nosotros. Es por ello que hemos puesto la ubicación de cada parábola, como una invitación a adentrarse en los evangelios y beber de su fuente el agua viva que calma la sed<sup>126</sup>.

- La semilla que crece (Mc. 4,26-28)

El sentido de la parábola podría resumirse en las siguientes palabras de Jesús: "*El Reino de Dios viene sin aparatos, ni dirán: «Aquí está» o «allá», porque el Reino de Dios ya está en medio de ustedes*" <sup>127</sup>. Así es, el Reino de Dios, o la manifestación de la plena soberanía de Dios, ya es una realidad presente en la historia de la humanidad y en cada una de nuestras vidas. Realidad presente en germen y en crecimiento, en un proceso dinámico que no depende de

los esfuerzos humanos ("*dormido o levantado*") ni de los avatares de la historia ("*de día o de noche*"), pues la fuerza que lo hace crecer se encuentra en Dios mismo ("*el grano crece y brota sin que él sepa cómo. La tierra da fruto por sí misma*") y llegará a su plena consumación en el tiempo oportuno ("*Y cuando el fruto lo admite, enseguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega*").

Todo este proceso no es evidente. Aunque a primera vista el caminar de la humanidad no parezca muy alentador, en las entrañas de esa misma historia se va dando un proceso lento y silencioso, oculto y misterioso, en que el Reino crece y se desarrolla, proceso que sólo puede descubrir quien mire con ojos atentos y se haya puesto él mismo al servicio de ese Reino. Lejos de la visión del Maestro la mentalidad efectista e inmedatista, que procura lograr éxitos pastorales o sociales rápidamente y con una evidencia deslumbrante o aquella mentalidad pesimista que siempre ve retrocesos y fracasos. El Reino, como la semilla en la tierra, germina en lo oculto de los corazones y en la historia de la humanidad y sólo una mirada serena será capaz de descubrir su acción.

La parábola es una llamada a vivir con una mirada contemplativa y esperanzada. A observar la historia como el lugar donde Dios actúa y a confiar en el poder de Dios frente a las dificultades y males de hoy, con la certeza profunda de que más allá de todas las limitaciones, la plena manifestación del Reino y el triunfo sobre el mal están ya asegurados.

- La levadura en la masa (Lc. 13,18-21)

Esta parábola también recuerda la acción oculta que el Reino va realizando en la historia y en cada uno de nosotros. A ello, la imagen de la levadura en la masa ofrece dos elementos importantes a mencionar.

Primero, la levadura es pequeña, insignificante frente a la cantidad de masa. Sin embargo, es capaz de fermentarla toda. Se desprende de esta comparación que el Reino y su acción es aparentemente pequeña e insignificante, carente de logros espectaculares. Pero es esa misma pequeñez la que hace que pueda entrar en la masa y fermentarla. El Reino, aunque pequeño, posee un

poder transformador, su acción va cambiando la humanidad haciéndola crecer y llegar a ser lo que Dios ha soñado para ella, a través de una acción aparentemente limitada e insignificante, pero absoluta e ineludiblemente efectiva.

Segundo, para poder fermentar la masa, la levadura debe mezclarse con ella, perderse en medio de esa masa y fundirse, sólo así podrá fermentarla. La acción del Reino se ha de realizar en la historia, en los procesos sociales que van viviendo los pueblos, en los procesos propios que cada uno vive en su vida. Los discípulos del Reino irán fermentando esos procesos con la levadura del Evangelio, sin miedo a la fusión y la mezcla, para así hacer que en esos procesos la acción del Reino llegue a toda la humanidad.

No caben aquí ni la búsqueda de conversiones masivas ni la huída de las responsabilidades sociales. La humilde acción de cada cristiano será un aporte decisivo a la plenificación del Reino y su participación en los procesos sociales que va viviendo la humanidad, el escenario apropiado para que el Reino vaya manifestándose, aunque aún no plenamente.

- El tesoro, la perla y la red (Mt. 13, 44-52)

Estas tres parábolas forman un bloque, el que termina con la conclusión de los versículos 51 y 52. La figura del tesoro y la perla señalan los mismos aspectos del Reino de Dios ("de los Cielos" en Mateo). El Reino no es algo evidente, sino que su descubrimiento es fruto de una búsqueda constante y de la gracia de Dios que permite que se le encuentre. Al descubrir el Reino, es decir, esta nueva forma de vivir poniendo a Dios por soberano de la propia vida, se hace necesaria una opción decidida y radical, que marcará un "antes" y un "después" definitivo, reflejado esto simbólicamente en la venta de todo lo que se posee para adquirir el campo con el tesoro escondido o la perla preciosa.

El Reino escondido y encontrado, debe ser escondido nuevamente hasta que pueda ser comprado. Esto refleja el proceso de conversión, de "metanoia" al que nos referíamos antes, el cual parece quedar dividido en tres etapas: búsqueda del Reino, encuentro y opción radical por su seguimiento.

La parábola de la red habla no ya de la búsqueda personal del Reino de Dios, sino de su difusión y consumación futura. La red recoge todo tipo de pescados, mezclados los buenos y los malos, los cuales serán separados una vez que la red haya sido puesta en la playa. Mientras tanto, mientras dure la historia, entre los discípulos del Reino habrá bien y mal, existirá esa tensión entre lo que estamos llamados a ser y lo que realmente somos. Así se reafirma que la plena manifestación del Reino se dará más allá de la historia, cuando la barca ya haya llegado a puerto, llevando los peces que recogió durante toda la jornada.

Las tres parábolas se cierran con una pregunta de Jesús: "*¿Han entendido todas estas cosas?*" Ante la respuesta afirmativa, Jesús declara: "*todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de casa que saca de sus arcas cosas nuevas y viejas*". Este elogio al Maestro de la Ley que ha sabido descubrir la novedad del Reino refleja el sentido de la antigua alianza con relación a la nueva. El Reino no es la abolición de la alianza del Sinaí, sino su plenificación, pero el salto a esta plenificación requiere apertura de corazón para poder asimilar lo nuevo que trae el Reino y dejar todo aquello que ya sea antiguo, es decir, que no ayude a encontrar a Dios y serle fiel.

Esta lección de Jesús, como toda palabra venida de Dios, no deja de ser muy actual. Muchas veces el peso de las "tradiciones" no permite que los creyentes se abran con plena libertad a formas nuevas de vivir el Evangelio, adaptadas a nuestro hoy y sus desafíos, dificultando esa libertad de movimiento y acción propia de todo discípulo del Reino, de todo aquél que ha nacido del Espíritu<sup>128</sup>.

- El trigo y la maleza (Mt. 13,24-30)

La parábola del trigo y la maleza tiene su propia explicación en Mt. 13, 36-43. Jesús parece contestar en esta comparación a los impacientes de todos los tiempos que, frente a los males de su generación, declaran su completo pesimismo y la imposibilidad de una renovación realmente verdadera. Muchos de ellos, al mirar el mundo, sus hermanos o el cristianismo se preguntan: "*¿No era buena semilla la que sembraste en tu campo? ¿De dónde, entonces, que tenga maleza?*". Y es una realidad inegable, vivida a lo largo de toda la historia y en cada una de nuestras vidas: junto con las buenas intenciones, los esfuerzos sinceros por construir un mundo mejor, brotan los intereses personales, las envidias y egoísmos y los afanes de poder. ¿Cuántas buenas iniciativas no se han frustrado por motivos como estos? Y, sin embargo, Jesús declara que la semilla del Reino sembrada en el mundo es buena y que el mal que entre ella brota "*es obra de un enemigo*", es decir, el origen del mal no está en Dios, que creó el mundo bueno, y tampoco en el hombre, sino que en el espíritu del mal que gobierna el mundo y cuyo fin comienza a producirse al aparecer los primeros brotes del Reino entre nosotros.

Quizás muchos pudiesen caer en la tentación de los trabajadores de la parábola: "*¿Quieres, entonces, que vayamos a arrancarla?*" Es decir, la tentación de cortar violentamente con el mal, a cualquier costo y por cualquier medio, la instauración del Reino como un proceso sólo histórico donde deba eliminarse todo y todos los que actúen mal. Pero el peligro de este tipo de discursos incendiarios lo señala también la parábola: "*no, no sea que al arrancar la maleza arranquen también el trigo*". Y es que en este mundo la línea que separa lo bueno de lo malo es muy delgada y cruza por el corazón de cada uno de nosotros y no sólo por las estructuras o los sistemas. Nada hay tan malo que no guarde una semilla de bondad ni nada tan bueno que no haya algo de maleza. En este mundo crecerán juntos trigo y maleza, bien y mal, Reino de Dios y reino del mal, hasta el momento en que la semilla haya madurado y puedan ser separados definitivamente.

El destino del mal ya ha sido fijado y sólo se espera el tiempo oportuno, el tiempo que sólo Dios sabe, para la separación definitiva y la plenificación del Reino por toda la eternidad, más allá de la historia, pero atravesándola por completo.

Es necesario un criterio de discernimiento constante entre el bien y el mal, el trigo y la maleza. En los sembrados del mundo no siempre es fácil distinguir uno y otro. A veces es necesario agudizar la mirada y esperar a los primeros brotes para saber distinguirlos. El proceso de metanoia durará toda la vida y toda la historia y el Reino en su fase histórica no es sino el proceso lento y constante de transformación que la humanidad y cada uno de nosotros va viviendo hasta el fin de los tiempos, hasta el tiempo de la cosecha.

- Los trabajadores de la viña (Mt. 20,1-16)

En la parábola tenemos como protagonista no ya un elemento como en las anteriores, sino una persona, un hombre dueño de una viña que contrata trabajadores por un denario diario. Sale a primera hora y así cinco veces hasta la tarde. Finalizada la jornada paga a cada trabajador un denario, comenzando por los últimos y terminando por los primeros.

En esta primera parte, la parábola ofrece información interesante sobre la situación laboral del siglo I en la tierra de Jesús, además de ilustrarnos diversos elementos sobre el Reino de Dios que van ayudándonos a comprender mejor en qué consiste.

El Reino es siempre una invitación libremente ofrecida por Dios, es El quien toma la iniciativa de invitarnos a su viña y ofrecernos la recompensa: "*Vayan también ustedes a mi viña y les daré lo que sea justo*". La invitación exige el compromiso de trabajar en la viña, pero sin negar la posibilidad a que nuevos obreros sean contratados. Incluso la parábola lanza un desafío, una llamada disimulada a la Comunidad Cristiana primitiva a intensificar el impulso misionero, pues hay muchos "*por allí*" que no participan aún de las primicias del Reino ni se ponen a su servicio, a quienes podría preguntarse: "*¿Por qué están aquí parados todo el día?*" y la respuesta no deja de ser un desafío: "*Porque nadie nos ha*

*contratado*". Existe más allá de los ya "iniciados" en el Reino una humanidad a la espera de un sentido de vida, una humanidad que no cuenta a los ojos del mundo, a quien nadie contrataría, sobre los cuales se detiene la mirada del Señor para invitarlos junto a sí. Los pobres son los destinatarios del Reino y sus herederos por derecho propio.

La segunda parte de la parábola se refiere al pago del salario, una vez terminada la jornada. Comienza el pago por los últimos trabajadores contratados, los que reciben la misma paga que los primeros. Esto provoca la protesta de los que fueron contratados en la mañana: *"Estos últimos trabajaron sólo una hora y los igualaste a nosotros que hemos soportado el peso del día y del calor"*. Era una situación que se vivía en las Comunidades entre los judíos conversos, llamados en la "primera hora" de la historia de la salvación y los cristianos de origen pagano que se iban sumando a la Iglesia. Los primeros creían merecer un lugar mayor, ser superiores por ser los herederos de las promesas a Abrahám y despreciaban a los paganos por ser llegados de "última hora".

Situación que parece repetirse también hoy, cada vez que se cree haber acumulado méritos suficientes para disfrutar de los dones de Dios y vemos que Dios le regala esos mismos dones a quien no ha hecho el mismo esfuerzo, a quien *"no ha soportado el peso del día y del calor"*. El Reino es siempre don libremente ofrecido y donde justamente los que tienen menos méritos son los privilegiados de Dios. La respuesta del dueño de la viña no puede ser más clara: *"Amigo, no te he hecho ninguna injusticia ¿No te ajustaste conmigo en un denario?"* .

Cada uno debe conformarse con recibir la paga por su trabajo en servicio del Reino y no escandalizarse porque Dios acoja a quienes nunca hubiésemos pensado que podían ser "igualados a nosotros". Tal es la crítica que Jesús hacía a su generación, al negarse a aceptar que los pueblos paganos también podían entrar a formar parte de los elegidos de Dios. Ellos eran, pues, los obreros de la última hora, que habían de recibir el mismo salario que los vivieron sometidos durante siglos a la Ley de Moisés.

Por ello, el cumplimiento de la Ley no puede ser esgrimida como forma de "ganarse" el Reino, sino como respuesta de amor a un Dios que ofreció sus dones a un pueblo por su amor infinito y no por los méritos que pudiera o no tener.

La lección de la parábola es importante. El Reino es vivir unos valores diferentes a los que vive el mundo, considerar a todos como iguales, hermanos, invitados todos a la viña del Reino. Desde la perspectiva de Dios, nadie debe quedarse afuera, ni siquiera aquellos a quienes nadie valora, nadie contrata. En el Reino la preocupación por la justicia es básica, reflejada en la promesa del dueño ("*les daré lo que sea justo*") y en las palabras dirigidas a los primeros trabajadores ("*amigo, no te he hecho ninguna injusticia*").

Junto con ello, tenemos una importante lección social: El salario no debe ser medido de acuerdo al trabajo realizado, sino de acuerdo a las necesidades del trabajador. El último obrero y el primero tienen necesidades iguales y es éste el criterio que ocupa el dueño para dar a todos el denario. Así, el Reino no aparece sólo como una conversión "espiritual", sino como una forma concreta de solidaridad entre los hombres, solidaridad que debe reflejarse en un sistema de vida más humano y por ello, más divino.

- Los invitados al banquete (Lc.14,15-24)

Esta parábola desarrolla un tema bastante conocido en el Antiguo Testamento, el del banquete escatológico. Existen en el relato dos tipos de receptores a la invitación hecha por el padre del novio: Los señores que eran invitados por derecho y los que estaban excluidos del banquete. Los señores invitados se excusan con múltiples obligaciones y entonces el padre manda a sus sirvientes a invitar a los pobres, los cojos, etc. Luego de esto viene una segunda invitación a los que deambulan por las afueras de la ciudad, hasta que se llene la casa, con la intención clara de que ninguno de los primeros invitados pruebe el banquete.

Encontramos nuevamente la crítica de Jesús a quienes no fueron capaces de aceptar la invitación de su mensaje y prefirieron seguir con sus vidas normales. Las excusas dadas ("*compré un campo.. ,yuntas de bueyes..., matrimonio..*") no son aceptables a los ojos de Dios, pues nada debe anteponerse a la tensión por el Reino y la búsqueda de su construcción en medio nuestro, nadie puede restarse del desafío de construir un mundo más fraterno y solidario poniendo como justificación sus múltiples obligaciones.

Ante la negativa de los primeros invitados, la orden del dueño de casa no deja de ser radical: "*Sal pronto a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar acá a los pobres y los mancos y ciegos y cojos*". Las categorías mencionadas representan a todos los marginados dentro de la ciudad, es decir, a todos los marginados del pueblo de Israel, son ellos, los pecadores, los impuros, los pobres del pueblo, los que han de sentarse a la mesa del banquete de Dios, pues nadie que, preocupado por sus muchos quehaceres, se haya olvidado de compartir la mesa con el pobre podrá compartir con ellos el banquete del Reino.

Quedando aún lugar, viene una segunda orden del dueño: "*Sal a los caminos y los cercados y obliga a la gente a entrar, para que se llene mi casa*". Esta vez la invitación va más allá de los límites de la ciudad y parecieran representar a las naciones paganas, a los que "están fuera" de el espacio de los buenos y santos. Ya no son sólo los pobres y los marginados, sino los definitivamente excluidos del sistema social, los que ya no sólo son invitados, sino obligados a participar del banquete del Señor. Esta "obligación" no es una violación de la libertad humana, la que Dios respeta mucho más que nosotros mismos, sino refleja la bondad de Dios que elige a quien quiere y no por sus méritos, sino con plena libertad. Los pobres y marginados, los excluidos son obligados a entrar, pues ni ellos mismos se sienten merecedores de ese regalo, pues se les ha hecho creer que no es su lugar, cuando resulta ser todo lo contrario.

El que los pobres y marginados participen de los bienes de la creación, de la vida social y política y de la construcción del Reino y su justicia no es algo optativo, sino una obligación que nos compromete y urge. Ellos son incluidos en el festín del Reino justamente por estar excluidos, por haber sido encontrados en las plazas y caminos, en los cercados y senderos, lejos de los centros de poder y de los puestos importantes. De ellos es el Reino y el que quiera descubrir la presencia de ese Reino no puede evitar una opción decidida en favor de los pobres y su liberación, opción que no admite excusas ni demoras.

- Las diez vírgenes (Mt. 25,1-13)

La parábola está incluida en el discurso escatológico de Mateo, a partir del capítulo 24 e inmediatamente después de hablar de la segunda venida, al final de los tiempos. A esto debe sumarse la frase inicial del relato: "*Entonces el Reino de los Cielos se asemejará a diez vírgenes*", en tiempo futuro, es decir, la parábola se refiere a la etapa final del Reino, a su plena manifestación y la forma como se debe esperar ese momento.

La historia está tomada de los ritos del matrimonio en Israel. Dos grupos, nuevamente, se distinguen por su actitud frente a la llegada del novio: las vírgenes prudentes y las necias. La espera del novio se alarga durante la noche y las necias sólo estaban preparadas para una corta espera. Es la situación de la primera comunidad, la que vivía en la tensión ante el inminente regreso del Maestro, regreso que se ha alargado ya por muchos siglos. La advertencia de la parábola es clara, el novio tarda en llegar y hay que estar preparados para una espera larga.

Llegado el momento decisivo, las necias se dan cuenta que sus lámparas se apagan. Las prudentes no pueden ayudarlas, porque si lo hicieran tampoco alcanzaría el aceite para ellas. Es el momento final, en el que la suerte de cada uno ya estará decidida, la opción fundamental que haya hecho determinará su entrada en el banquete de

bodas o su exclusión. Será tarde entonces para ir a comprar aceite, porque el desfile de las prudentes y el novio ya habrán entrado al banquete. Entonces el clamor de las necias será en vano, pues la respuesta del novio no admite dispensa: *"En verdad les digo, no las conozco"*.

El llamado es a velar y perseverar, viviendo aquella tensión ante la inminente llegada del Maestro, porque no sabemos el momento en que volverá. Sólo aquél que persevere en la búsqueda del Reino y su justicia vivirá la alegría del Reino. Pero la perseverancia no es sólo en vistas al momento final de la segunda venida, sino que en el cada día es necesario cuidar la lámpara y cuidar de que no se nos acabe el aceite. La espera no es estática, sino dinámica, es espera que busca vivir ya ahora el anticipo de lo que será el Reino al fin de los tiempos, es espera atenta a la historia y sus momentos, atenta a los hermanos y sus necesidades, caminando por el mundo en busca de una mayor fidelidad, hasta que El vuelva.

#### d) El "ya, pero todavía no" del Reino.

El Reino de Dios anunciado por Jesús es la realización en la vida de cada uno y en la historia de la humanidad de la plena soberanía de Dios, el cumplimiento de su voluntad de amor. Ello se da en un proceso histórico de transformación que tendrá su fin y realización plena más allá de la historia.

Por ello, una vez analizado el tema del Reino a partir de los textos y sus consecuencias, conviene detener la atención sobre algunas relaciones no siempre fáciles de definir con claridad, pero vitales a la hora de buscar el papel de los creyentes en la sociedad y en la historia de la humanidad. No pretendemos establecer absolutamente estas relaciones, sino señalar pistas que vayan iluminando nuestro caminar en la búsqueda de descubrir la voluntad de Dios para nuestra vida y nuestra historia, cuyo cumplimiento será la señal más clara de haber comenzado a vivir verdaderamente la dinámica del Reino de Dios en medio nuestro.

Para esta parte, centraremos nuestra atención en los escritos apostólicos del Nuevo Testamento, los cuales se ocupan de aclarar y

describir la forma cómo este Reino va manifestándose en la vida de los creyentes y la historia de la humanidad, entre el hoy de nuestras vidas y el mañana de su plena manifestación.

- La tensión escatológica.

A ella hemos aludido en más de algún momento a lo largo de nuestro análisis. Si el Reino está llamado a crecer desde un pequeño grano hasta un gran arbusto<sup>129</sup>, esto supone un proceso gradual desde su inauguración histórica hasta su plena consumación al final de los tiempos. Desde el anuncio de Jesús el caminar de la humanidad se mueve entre esos dos polos que lo tensan, haciendo que avance en la dirección correcta. Es el conflicto vivido entre ideales y prácticas cotidianas, entre las grandezas y miserias de la humanidad, entre las grandes opciones y las pequeñas claudicaciones, entre el trigo y la maleza que se entremezclan en el campo del mundo<sup>130</sup>. Esta inconformidad constante es la que nos hace avanzar hacia ideales nunca plenamente vividos ni plenamente negados, en una amvivalencia que durará hasta el fin de la historia.

Es a esto lo que se llama la tensión escatológica. Es la tensión entre el "ya" de un Reino inaugurado por Jesús y cuyos primeros frutos comienzan a verse en la historia, y el "todavía no" que nos recuerda que la presencia del Reino es aún limitada y todavía no manifestada en plenitud. Es esta tensión escatológica la que ha de hacernos caminar y perseverar en la senda iniciada, con la mirada puesta en el Reino por venir, pero atentos a los signos de ese mismo Reino que ya se manifiestan entre nosotros.

En Lucas 16, 16, Jesús formula una declaración sobre la que parece importante detenerse un momento: "*La Ley y los Profetas terminan en Juan; desde entonces es anunciada la buena nueva del Reino de Dios y a todos se les hace fuerza para que entren*<sup>131</sup>". El sentido de estas palabras no es la abolición de los textos de la Ley y de los Profetas, como algo que ya no tuviese razón de ser, pues a continuación señala: "*Pero es más fácil que pasen el cielo y la tierra que no caiga una sola tilde de la Ley*"<sup>132</sup>. Por ello el sentido debe ser otro. La expresión "La Ley y los Profetas" debe ser leída en un sentido amplio, es decir, se refiere a todo el período previo al anuncio del Reino, los tiempos del Antiguo Testamento, los tiempos de la

preparación y de la espera, tiempos que llegan a su fin con la misión del Bautista.

El Reino es, en esta perspectiva, una etapa diferente y que en cierta medida supera los límites de la Ley judía. El Reino es proclamado con insistencia desde entonces y se invita a todos a entrar en él. Los tiempos de la Ley y los profetas no fueron otra cosa que una preparación para el advenimiento del Reino, Reino que ya es llegado en palabras de Jesús, Reino al que hay que adherirse con todo el corazón y sin limitaciones.

La etapa entre el anuncio del Reino y su plena realización está marcada por la invitación constante de Dios a entrar en este Reino, Reino enfrentado a las fuerzas del mal y a los que pretenden impedir su advenimiento. Luego de la resurrección de Jesús, la distancia que se establece entre su entrada en la gloria (asunción) y su retorno como Juez y Señor, aclarará el sentido de este tiempo intermedio: *"No les toca conoer a ustedes los tiempos o momentos oportunos que el padre fijó con su propia potestad, pero recibirán la fuerza del espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos así en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra"* <sup>133</sup>. Es, entonces, el tiempo del testimonio que los discípulos del Reino han de dar por todo el mundo, testimonio hecho misión, anuncio y presencia del Reino por venir, a la vez que ya presente en la historia por la palabra y testimonio de Jesús, así como por los discípulos del Maestro.

Este testimonio consistirá en la vivencia cotidiana de la tensión escatológica y por una vida marcada por las exigencias del Reino y su justicia. En esta perspectiva, resulta importante recordar que la entrada al Reino (a la dinámica de vivir bajo la soberanía divina) exige una entrega total, es la perla preciosa por la que se vende todo lo que se posee<sup>134</sup>.

El Reino es una gracia de Dios libremente otorgada y no responde a méritos acumulados. Sin embargo, los discípulos deben responder a esa gracia con una entrega generosa a la voluntad divina, con una vida pobre<sup>135</sup>, una actitud de niño<sup>136</sup>, una lucha por el Reino y su justicia<sup>137</sup>, el soportar las persecuciones<sup>138</sup>, cumpliendo la voluntad del Padre<sup>139</sup>. Ello requiere una conversión profunda, una renovación total de la propia vida para ordenarla según Dios, un nacer de nuevo, de lo alto<sup>140</sup>.

Es, en definitiva, vivir de acuerdo a unos criterios distintos de los humanos, criterios que han de transformar necesariamente nuestra vida y la de nuestro entorno. La construcción del Reino conlleva la confrontación con todo lo que se le opone, la incomprensión y las dificultades, pero más allá de ellas la esperanza cierta en un futuro mejor, posible y en cierta medida, ineludible.

Tal es la misión de los discípulos "hasta que El vuelva". Esta misión testimonial, esta vivencia cotidiana del Reino de Dios en nuestro mundo implica consecuencias en la vida social de los creyentes. Ellos, si de verdad quieren ser levadura que fermente la masa, deberán insertarse comunitaria e individualmente en la vida de la sociedad y en los procesos sociales que vive la humanidad, buscando en ellos los signos del Reino ya presente, aunque todavía no en plenitud.

- Reino de Dios y Comunidad Creyente.

Las relaciones que se establecen entre el Reino de Dios y la comunidad de los discípulos ha provocado ríos de tinta y montañas de estudios. Y es que no resulta fácil fijar los límites de esa relación, evitando la identificación absoluta tanto como la separación definitiva. Intentaremos, como siempre, señalar algunas pistas que permitan ir buscando una alternativa de solución, a partir de los textos del Nuevo Testamento.

Lo primero que es necesario recordar es que el anuncio del Reino de Dios se hace a todos, particularmente a los pobres y marginados<sup>141</sup>. Todos son invitados a vivir según su dinámica y a ponerse a su servicio. Si bien su anuncio primero es al pueblo de Israel<sup>142</sup>, luego se extiende a todas las naciones<sup>143</sup>. Desde esta perspectiva, podemos señalar que el Reino y su acción no está restringido a los límites de una estructura social ni puede identificarse directamente con ella.

Sin embargo, no puede desconocerse el papel jugado por la Comunidad Creyente en la fase histórica del Reino de Dios. Es al grupo de los discípulos al que se le ha dado a conocer los misterios del Reino<sup>144</sup> y quienes lo han heredado por voluntad del Padre<sup>145</sup>, ellos darán testimonio del Reino en el mundo y serán su signo visible, incluso a Pedro se le darán "las llaves del Reino de los Cielos"<sup>146</sup>, es decir, las necesarias herramientas para permitir a la humanidad el ingreso al Reino en plenitud.

Reino e Iglesia no son realidades sinónimas, sino que la una está subordinada a la otra. Es decir, el Reino de Dios posee un campo de acción mucho más amplio que los límites institucionales de la Iglesia, estando ella llamada a ser su signo e instrumento, a manifestar su presencia al mundo y vivir sus misterios.

Mientras dure la historia, el Reino estará sólo en germen entre nosotros. La Comunidad Creyente será la encargada de dar testimonio de él y de descubrir su presencia en el caminar de la humanidad, sin pretender apropiarse de ese Reino como propiedad exclusiva, sino puesta a su servicio. Es la Iglesia la que pertenece al Reino y no al revés.

Al respecto, parece interesante recordar el relato de un exorcista extraño y la actitud de los discípulos y de Jesús:

*"Le dijo Juan: Maestro, vimos a uno, **que no anda con nosotros**, lanzar demonios en tu nombre, y se lo prohibimos. Pero Jesús dijo: No se lo prohiban, pues no hay nadie que obre un milagro en mi nombre y luego hable mal de mí. Pues **quien no está contra nosotros, está con nosotros.**"* <sup>147</sup>

Así Jesús establece un criterio distinto al de los discípulos. La legitimidad para actuar en su nombre no está restringida a los que "pertenecen" al grupo de los discípulos, sino que alcanza a todos aquellos que de corazón se pongan al servicio del Reino, aún sin saberlo.

- Reino de Dios y procesos sociales.

El tema de las relaciones entre el Reino de Dios y los procesos sociales que van viviendo los pueblos no es un tema presente en el Nuevo Testamento, y es que la dualidad entre realidades espirituales y materiales, lo mundano y lo sagrado, son ajenas a la mentalidad bíblica y más propias de nuestro tiempo, marcado entre opciones espiritualistas y materialistas.

En los textos revisados, el Reino de Dios siempre es, lo hemos dicho ya, una realidad presente en germen en la historia y plenificado al final de ella. No existe en los textos la imagen de un Reino meramente espiritual y reducido al mundo de la buena conciencia individual, sino que siempre conlleva también consecuencias sociales, sobre todo por la inversión de los valores del mundo y una perspectiva nueva de mirar ese mismo mundo y su historia.

En cuanto a los intentos netamente políticos de instauración del Reino, debemos decir que Jesús se muestra distante. Es especialmente reticente al título de rey dado por las multitudes <sup>148</sup> y al recurso a la violencia como método de transformación social. En esta misma perspectiva, rechaza la actitud de los grupos armados de su tiempo, zelotes y sicarios entre otros, que pretendían liberar a Israel de la dominación romana mediante la lucha armada.

El camino de liberación vivido por Jesús es más profundo. No pretende en primera instancia la transformación de las estructuras sociales y políticas, o la búsqueda de un sistema político y económico más justo. Sus enseñanzas apuntan a la convivencia cotidiana, a la búsqueda de una vida más justa y solidaria entre los hombres, lo cual tendrá sus consecuencias en el orden social, pero no son su fin. No basta cambiar las leyes, hay que cambiar primero los corazones.

El Reino está presente desde ya en medio nuestro y su instauración dependerá de la conversión de cada uno y de la humanidad entera. Y aunque la influencia del Reino fermenta toda la masa no por ello dejará de ser una pequeña levadura. Jesús no deja traslucir una misión exitosa a los que buscan el Reino y su justicia, sino que un testimonio sencillo en medio de un mundo muchas veces hostil e injusto, como semilla de una humanidad nueva, ya renovada desde la muerte y resurrección de Cristo, pero cuya plena manifestación habrá que esperarla hasta el fin de los tiempos, espera anhelante que incluye no sólo a los discípulos del Reino, sino al universo entero.

Con todo, Jesús realiza una fuerte crítica al sistema social de su tiempo, precisando criterios distintos a los "oficiales" y francamente transgresores, una pequeña muestra nos lo ofrece Marcos en los seis primeros capítulos de su evangelio:

\* El perdón de Dios está siempre a la mano y no depende del Templo<sup>149</sup>

\* Todos tienen derecho a ser tratados en igual dignidad, nadie puede ser marginado<sup>150</sup>

\* El ayuno y las tradiciones deben ser relativizadas frente a la llegada del Reino<sup>151</sup>

\* La Ley de Dios debe estar al servicio del ser humano y esto no debe ser esclavizado por ella <sup>152</sup>

\* El poder del mal está derrotado. El poder del bien siempre es más fuerte<sup>153</sup>

\* La verdadera cercanía de Dios no se logra por parentesco o pertenencia a un pueblo o institución determinados, sino por una sola cosa: por el cumplimiento de la voluntad de Dios.<sup>154</sup>

\* El fruto de la fe no es el temor, sino la esperanza<sup>155</sup>

\* La pureza y el bien nos viene por la fe en Dios y su amor<sup>156</sup>

\* El anuncio del Evangelio no se hace por la fuerza, sino por el testimonio<sup>157</sup>

\* El Reino de Dios se manifiesta cuando se comparte la vida con los pobres, poniéndonos a su servicio<sup>158</sup>

Podríamos abundar en ejemplos. La transformación social que Jesús propone y mediante la cual se manifiesta el Reino, está marcada por valores éticos que deben vivirse cotidianamente, tanto en la vida personal como social, evitando el uso de la fuerza para imponer esos criterios, sino promoverlos mediante el testimonio de una vida coherente.

Y aquí resulta importante recordar unas palabras de Jesús a su discípulos, donde demuestra su visión de cómo se administra el poder en el mundo: *"Como ustedes saben los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder"* <sup>159</sup> Se refiere por tanto al poder político y social como poder de dominación de los poderosos sobre naciones oprimidas, y luego agrega: *"no debe ser así entre ustedes, sino el que quiera llegar a ser grande entre ustedes, será el servidor, y el que quiera ser el primero entre ustedes, será el esclavo de ustedes"* <sup>160</sup>.

La enseñanza a los discípulos se refiere a una nueva forma de administrar el poder, distinta de la de los emperadores, de los "jefes de las naciones". Entre los discípulos del Reino el que tiene la autoridad debe considerarla como un servicio en la caridad mutua, y no como un instrumento de dominación. En este texto no parece referirse Jesús a la mera convivencia fraterna, sino a la administración del poder entre los discípulos. La lucha que produjo la intervención de Jesús es claramente un conflicto de poderes: Es la lucha por quienes ocuparán el primer puesto en el Reino <sup>161</sup>. No cabe, entonces, reducir el campo de aplicación de este criterio a lo individual.

Al citar el ejemplo de los "jefes de las naciones" indirectamente Jesús condena su actitud como dominadora y mentirosa, y propone un nuevo sistema de poder y autoridad basado en el servicio y la solidaridad. Por ello, será tarea de todo discípulo del Reino el que los sistemas en los que está inmerso vivan los valores del Reino, sabiendo que esta vivencia será siempre limitada, hasta su consumación total.

Para concluir, debemos definir algunos criterios básicos sobre esta relación:

\* El Reino de Dios no puede identificarse con ningún sistema político, social o económico. Su dinámica es de un orden distinto y conlleva una transformación total de la vida individual y social de quien se decide a aceptarlo.

\* El Reino no es una realidad atemporal y meramente individual. Debe impregnar las estructuras sociales y políticas, en preparación a su pleno advenimiento al final de la historia.

\* Todo impulso liberador y todo proceso de transformación social que busque el bienestar de los hombres y el reconocimiento de su plena dignidad, lleva dentro de sí signos del Reino por venir, y por ello debe ser alentado y purificado de otras intenciones que no sean las del bien común.

\* El Reino crece y se manifiesta en un mundo que le es hostil, enfrentado a las fuerzas del mal que pretenden frenar su crecimiento, o por lo menos, dilatarlo. Pero ellas están derrotadas y su poder es sólo aparente. Pues más allá de sistemas opresivos y tradiciones esclavizantes, más allá de las limitaciones de cada uno y de los intereses mezquinos, una realidad nueva surge en el trasfondo de la historia, realidad que en definitiva transformará el mundo con su fuerza, como la levadura a la masa.

\* La comunidad creyente deberá ser signo de una convivencia social fraterna y solidaria, distinta de la que vive el mundo, mostrando así ya en esta tierra las primicias de lo que será aquél día en que el Reino haya llegado a su plenitud.

\* Mientras dure el "ya, pero todavía no", los discípulos serán siempre peregrinos en un mundo extraño, en busca de un mundo y una realidad distinta de la que el mundo ofrece, pero sin alejarse de ese mismo mundo. Es lo que dice Jesús en el evangelio de Juan: *"Yo les he dado tu Palabra y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo. Como yo no soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del malo"* <sup>162</sup>

Pueden resultar iluminadoras, a este respecto, las palabras del Concilio Vaticano II sobre la labor de los cristianos en el mundo:

*"Aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios (...) El Reino de Dios está misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección"*<sup>163</sup>

*"Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno."*<sup>164</sup>

- La plenitud del Reino.

Cristo, vencidas todas las fuerzas del mal, *"entregará el reino a Dios Padre"*<sup>165</sup>, quedando el Reino (la soberanía) plenamente adquirida para *"nuestro Señor y su Cristo"*<sup>166</sup>, tal como ya lo hemos señalado más arriba. Los creyentes, por su participación en la vida divina, recibirán *"la herencia en el reino de Cristo y de Dios"*<sup>167</sup>. Así Dios, Señor de todo, tomará posesión de su reinado<sup>168</sup>, porque con su misión Jesús ha preparado *"un reino de sacerdotes para su Dios y Padre"*<sup>169</sup>.

Aquí ya nos adentramos en el misterio. El cómo y el cuándo de la plena consumación del Reino queda aún en el misterio. El "como sí" del que hablábamos al principio se hace aquí más evidente que nunca. La Escritura se esfuerza en representar con figuras, de alguna forma, lo que será ese Reino en el que la plena soberanía de Dios se manifieste y las fuerzas del mal estén definitivamente derrotadas.

Habrá llegado el tiempo de la cosecha, donde trigo y maleza serán separados para siempre<sup>170</sup> y el caminar de la humanidad habrá llegado a su fin, a su plena liberación, liberación que incluirá la transformación de la creación, la que también habrá llegado a su madurez, liberada por fin de las fuerzas del mal. Es lo que describe Pablo al decir: *"Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la creación ansiosa está expectante, aguardando la revelación de los Hijos de Dios (...) en la esperanza de ser liberada también de la esclavitud de la corrupción, para pasar a la gloriosa libertad de los Hijos de Dios"*<sup>171</sup>. En el Reino futuro no entrará nada manchado por el pecado y el mal<sup>172</sup>, ni nuestra naturaleza humana en nuestra actual condición, sino que transformada y glorificada a imagen del Hijo Resucitado<sup>173</sup>.

La naturaleza del Reino se revelará entonces en plenitud. No es una soberanía nominal, sino real y poderosa<sup>174</sup>, soberanía que no se vive por cumplir ciertos ritos, sino por la presencia del Espíritu Santo en nosotros<sup>175</sup>. Nuevamente es el Apocalipsis el que nos ofrece, en imágenes expresivas, la realidad de esta manifestación plena y eterna de la soberanía divina:

*"Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar no existe ya. Y la santa ciudad, la nueva Jerusalén, la vi cómo descendía del cielo de junto a Dios, preparada como una novia que se ha engalanado para su esposo. Y oí una gran voz venida del trono que decía «He aquí la tienda, mansión de Dios con los hombres, y fijará su tienda entre ellos, y ellos serán pueblo suyo, y el mismo Dios estará con ellos como Dios suyo, y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte no existirá ya más, ni habrá ya más duelo, ni grito, ni fatiga, lo primero ha pasado» Y dijo el que estaba sentado en el trono: «He aquí que hago nuevas todas las cosas»"*<sup>176</sup>

El texto del Apocalipsis está lleno de símbolos sobre los cuales conviene detenerse un momento. La expresión "cielos nuevos y tierra nueva" que abre el texto la encontramos en Isaías<sup>177</sup> referida a la renovación esperada para el era mesiánica. La instauración definitiva del Reino requiere primero la transformación total de la creación en algo nuevo, donde el mal ya no exista y haya sido liberada de la corrupción, como recordábamos más arriba. Es el sentido del detalle: "y el mar no existe ya", ya que el mar representa en la simbología bíblica la presencia de las fuerzas del mal, es el lugar del demonio y de la confusión<sup>178</sup>, representación del estado de caos primario antes de la intervención divina que da origen a la creación<sup>179</sup>. El mar desaparecerá ante el paso del pueblo de Dios, como en un nuevo éxodo, pero esta vez para siempre<sup>180</sup>.

Una vez renovada la humanidad y la creación entera, se da paso al descendimiento de la Jerusalén celestial, la novia del Cordero. Dos imágenes para una misma realidad. Jerusalén, la Ciudad de David, capital política y religiosa del pueblo de Israel<sup>181</sup>, pasó a simbolizar, y aún simboliza, a todo el pueblo. Es la ciudad santa de Dios<sup>182</sup>, ya que en el Monte estaba edificado el Templo, signo de la presencia de Dios en medio del pueblo<sup>183</sup>, y por ello sería la ciudad futura capital del pueblo mesiánico<sup>184</sup>. Por ello desciende del cielo, junto a Dios, para permanecer en medio de su pueblo, restaurando la comunión primera entre Dios y los hombres, cumpliéndose el designio de salvación de Dios<sup>185</sup>, la plena liberación de la humanidad de toda esclavitud y, en consecuencia, la plena soberanía divina. En palabras de Pablo: "*La Jerusalén de arriba es libre, ella es nuestra madre*"<sup>186</sup>.

La novia del Cordero desciende para sus bodas. El tema de Jerusalén y el pueblo de Israel como la novia de Dios es recurrente<sup>187</sup>. Toda la historia de la humanidad aparece así como una especie de noviazgo. Dios invita a la humanidad y a cada uno de nosotros a un matrimonio eterno, una alianza de amor que dure para siempre. La historia no es más que el lugar propicio para hacer la opción entre aceptar la propuesta de Dios o rechazarla, el tiempo del Reino será el lugar donde esta unión de amor se consumará por completo y para siempre.

La voz que se escucha a continuación explica el sentido: "*He aquí la tienda, mansión de Dios con los hombres*". Es la figura de la tienda del santuario durante el éxodo, signo de la presencia de Dios en el caminar de su pueblo<sup>188</sup>, del templo en Jerusalén y de la encarnación del Hijo, presencia de Dios entre nosotros<sup>189</sup>. La tienda, siempre provisoria, ahora queda establecida para siempre en medio de la humanidad. Presencia y soberanía divinas se establecen para siempre, en una humanidad y un mundo renovados, realización plena de la alianza de Dios con su pueblo: "*ellos serán pueblo suyo, y el mismo Dios estará con ellos como Dios suyo*"<sup>190</sup>.

La consecuencia de esta presencia constante de Dios, sin limitaciones ni mediaciones, en una humanidad liberada de todo mal, son descritas en el Apocalipsis con hermosas palabras, llenas de esperanza. El dolor, la tristeza, el llanto, serán enjugados por Dios mismo, el mal y sus consecuencias han quedado atrás. La humanidad y su largo caminar han llegado a su consumación y la construcción de la sociedad humana alcanza su perfección mediante la acción directa de Dios.

Los esfuerzos de justicia y solidaridad prepararon el camino, aplanaron el terreno, ahora Dios planta su tienda en nuestro suelo y esta vez para siempre, pues "*lo primero ha pasado*", estableciéndose un orden nuevo en el universo, tal como se declara al final del texto: "*He aquí que hago nuevas todas las cosas*", o desde otra perspectiva, restableciéndose el orden primero de la creación, cuando todo lo que Dios había hecho era bueno y la comunión entre Dios y la humanidad era plena y podían ambos conversar abiertamente, paseando juntos por el jardín a la hora de la brisa.<sup>191</sup>

#### IV. Juicio Final.

Un paso previo a la plena implantación del Reino de Dios, lo hemos dicho ya, es la transformación de la creación y la humanidad enteras. Una vez llegada la historia de la humanidad a su final tendrá lugar el Juicio Final o Universal. A este respecto hay que recordar que el tema del juicio de Dios es mucho más amplio, abarca toda la historia y no sólo el momento último de ella. También debe recordarse que la función real incluye también el deber de administrar la justicia sobre los que se ejerce la soberanía. Es por ello que Reino y Juicio están en relación, aunque no son equivalentes.

Existe una fuerte carga cultural a la que uno se enfrenta a la hora de hablar del juicio definitivo de la humanidad. Imágenes terroríficas cruzan la mente de algunos, el rostro severo de Jesús Juez, la mirada indiferente de los ángeles y salvados frente al destino fatal de los condenados, los que ya aparecen en más de alguna pintura sufriendo las torturas de algún demonio, como en el célebre cuadro de Miguel Angel en la Capilla Sixtina. Teniendo en la mente semejante imagen no es raro que provoque incomodidad el hablar del Juicio Final.

El himno Dies Irae, describe el día del Juicio en términos atemorizantes: "*¡Cuánto será el terror en el futuro, cuando venga el Juez a juzgarlo todo con rigor!*". El día del Juicio "*la trompeta esparcirá su sonido por la región de los sepulcros, reuniendo a todos ante el trono. La muerte y la naturaleza se asombrarán, cuando resurga la creatura, para responder al que la juzga*". El canto continúa con la descripción del Juicio, con la apertura del Libro de la Vida y el juicio del mundo, cuando "*el Juez se sentará, aparecerá todo lo oculto, nada quedará sin revisarse*".

El inminente juicio de Dios provoca, a la luz del himno, un terror inmenso, a la luz del que puede comprenderse la oración de súplica que sigue, no menos escalofriante que la escena descrita: *"Mis plegarias no son dignas; mas tú muéstrate benigno, para que yo no arda en el fuego eterno. Hazme entrar en el lugar de las ovejas y apártame de los cabritos, colocándome a tu derecha. Arrojados los malditos, junto a las llamas amargas, llámame con los benditos"*.<sup>192</sup>

Ante tales imágenes resulta comprensible que el tema haya caído en desuso, evitando así la inquietante pregunta por la futura salvación o condenación en el "Día de la Ira". Frente a estas visiones cabe preguntarse: ¿Es el Juicio Final así de terrible?, ¿Dónde queda entonces el Dios de amor y misericordia que predicó Jesús? ¿Qué imagen del Juicio tenía el Maestro?

Será entonces necesario consultar a las fuentes, haciendo el esfuerzo de abandonar las imágenes preconcebidas, para encontrarnos con el verdadero mensaje que el tema del Juicio Final tiene para nosotros. Y a estas alturas conviene recordar una vez más: la escatología cristiana es y debe ser un mensaje de esperanza, de confianza en Dios y en su bondad, pues El nos ha llamado a la vida y a la esperanza, no al terror o la condenación.

#### a) Juicio- Justicia en el Antiguo Testamento.

Antes de entrar en el tema que nos ocupa, será necesario remontarnos al Antiguo Testamento, para descubrir el sentido que tienen en sus páginas la justicia, el juicio y otras expresiones relacionadas. Pues no parece lógico reducir el Juicio de Dios a un momento de la historia, aunque sea el final, suponiendo que en el transcurso de la misma permanece mudo y distante. El Juicio Final resultará ser, entonces, el punto cúlmine del Juicio de Dios en la historia de la humanidad, juicio que tendrá necesariamente una dimensión temporal (cotidiana e histórica) y otra eterna (al fin de los tiempos)

- Sentido de "Juicio-Justicia".

El término "Juicio", su verbo "Juzgar" y sus derivados tienen su origen en la raíz "*safat*", que se traduce habitualmente por "juzgar". Pero ella puede tener un sentido más amplio: el *Sofet* es el gobernante que dirige un pueblo<sup>193</sup>. Tal es el sentido de los jueces de Israel, desde la conquista de Canaán hasta la monarquía<sup>194</sup>. Entre las funciones de los jueces estaba el gobernar al pueblo, organizarlo y, obviamente, decidir en los litigios que surgieran, a fin de que reinara la justicia en el pueblo, dictando sentencias (*mispát*) que definan el derecho de cada uno y lo restablezcan en el caso de haber sido violado por la acción de otro. Esta actividad, propiamente judicial, se expresa igualmente por las raíces *safat* y *din*, siendo ejercida por diferentes personajes a lo largo de la historia de Israel.

A ello hay que agregar que el término "Juicio" y "Justicia" poseen dos sentidos, uno judicial y otro moral. La Justicia y el buen juicio en el orden judicial, implican el cumplimiento de la ley o la costumbre. En el orden moral el sentido es más amplio: justo es aquél que da a cada uno lo que es debido, aunque no esté ordenado por ley. En un sentido religioso el justo es aquél que actúa con rectitud, buscando el bien, la santidad y es agradable a los ojos de Dios. Tal es el sentido de *sedaqá* en el hebreo y *dikaiois* en el griego, traducidos al castellano en un sin fin de términos a falta de uno preciso (justo-justicia, recto-rectitud, santo-santidad, etc).

- La administración de la justicia en la historia de Israel.

En la historia de Israel, la justicia fue administrada por distintas autoridades, justicia entendida en la doble dimensión antes descrita, es decir, muchas veces consistiendo no sólo en lo netamente jurídico, sino también en la conducción de la vida del pueblo. La justicia es ejercida por Moisés y luego por los ancianos que le asisten<sup>195</sup>, por Samuel<sup>196</sup> y por los reyes<sup>197</sup>, por magistrados locales y particularmente por sacerdotes<sup>198</sup>.

Pero a pesar de la legislación Mosaica, de fuerte sentido social y solidario, la administración de la justicia muchas veces fue todo menos justa, provocando el reclamo de los profetas<sup>199</sup> y la esperanza de una época donde la justicia habite en la tierra en plenitud, época que se concretizará con la llegada del Rey-Mesías, en cuyo retrato nunca falta la justicia<sup>200</sup>, vivida por el pueblo escatológico<sup>201</sup>.

La experiencia de la administración de justicia en Israel, de la distancia entre el ideal y la realidad, provocó la tensión necesaria para buscar respuestas en la fe del pueblo, descubriendo así el papel de Dios como el Justo, cuya justicia se vivirá plenamente en la tierra con la llegada del Mesías.

- La justicia como valor.

En la Escritura, el concepto de justicia como valor se asemeja bastante a nuestra visión, desarrollada eso sí hasta significar la fidelidad en la observancia de los mandamientos de Dios, de su voluntad, virtud concebida como un título que puede ostentarse delante de Dios, de quien se espera una retribución justa, de acuerdo a las obras de cada uno.

En una visión más de fondo, la justicia en el creyente no es más que un reflejo de la justicia divina, que ha creado el mundo estable y perfecto, perfección que es desvirtuada justamente por el pecado del ser humano, por su injusticia. El orden justo que Dios desea para su creación se transforma en una preocupación por sus creaturas, en actitudes de misericordia y delicadeza, además de la constante fidelidad de Dios a la alianza en contraste con la constante infidelidad del pueblo.

La legislación judía exigía la integridad a los jueces en sus funciones<sup>202</sup> y también en los reyes<sup>203</sup>. Justo es el juez íntegro<sup>204</sup> y el que tiene el derecho de su parte<sup>205</sup>. Labor del juez es justificar al inocente, es decir, absolverlo de toda culpa y rehabilitarlo en sus derechos<sup>206</sup>.

Los profetas anteriores al exilio denuncian con fuerza y constantemente la injusticia de los jueces y los reyes, la opresión a los

pobres y las consecuencias catastróficas que esto le puede acarrear al pueblo:

*"¡Ay de los que cambian en ajeno el juicio y tiran por tierra la justicia, detestan al censor en la puerta y aborrecen al que habla con sinceridad! Pues bien, ya que ustedes pisotean al débil y le cobran tributo de su grano, casas de sillares han construído, pero no las habitarán; viñas selectas han plantado, pero no beberán su vino. ¡Pues yo sé que son muchas sus rebeldías y graves sus pecados, opresores del justo, que aceptan soborno." 207*

Así, la justicia adquiere todo su valor moral y religioso. Ya no es sólo la violación de reglas o costumbres, sino una ofensa a la santidad de Dios, que habita en medio del pueblo. Por ello el ultraje al pobre y oprimido es una ofensa que sube a Dios y puede provocar sanciones mucho más allá de las legales, es decir, el castigo catastrófico de Dios por la infidelidad del pueblo. El justo defraudado es, en la denuncia de los profetas, siempre un personaje concreto, es un pobre y oprimido que clama a Dios<sup>208</sup>.

- Justicia religiosa y Ley.

Ya antes del exilio, la justicia designaba la observancia de los preceptos divinos, la conducta conforme a la Ley divina, los textos a este respecto resultan abundantes<sup>209</sup>. En esta misma línea, el justo es el piadoso, el servidor intachable, el amigo de Dios<sup>210</sup>. Esta visión pietista continúa en el post-exilio, marcando profundamente el sentido de justicia del judaísmo<sup>211</sup>.

Dado que la conducta conforme a la Ley es vista como fuente de méritos y prosperidad, como ya se ha dicho más arriba, se produce una evolución en el sentido, que extiende el término justicia no sólo a la conducta, sino a la recompensa que se ha de recibir por actuar rectamente. Así en Prov. 21,21 *"el que persiga la justicia y la misericordia encontrará la vida, la justicia y la gloria"*, apareciendo claramente en este texto la evolución a la que hemos hecho referencia.

La justicia nunca es sólo conceptual, sino que implica la acción. Es justo el que "practica la justicia", el hombre bueno y

caritativo<sup>212</sup>. Es por ello que, si bien la justicia tiene un marcado sentido jurídico en la mentalidad judía, nunca a quedado reducida al cumplimiento individual de la Ley, sino que incluye el servicio al prójimo y a las relaciones humanas vividas en justicia<sup>213</sup>. La tensión entre lo jurídico-litúrgico y lo ético-social en el tema de la justicia hará que a lo largo de la historia y en diversas corrientes se marque más una dimensión sobre la otra, aunque nunca llegando a anular alguna de las dos.

#### b) El Dios Justo.

Es un tema recurrente en el Antiguo Testamento. La santidad divina y su realeza implican también la aversión a toda injusticia y opresión. *"El juzga el mundo con justicia y a los pueblos con rectitud"* <sup>214</sup>. El Juicio divino es universal y no se restringe a su pueblo. Su juicio está matizado por su misericordia y su amor, por su deseo de salvación. Es también el defensor del pobre y el oprimido, de Israel esclavo en Egipto, a quien libera *"con mano poderosa y brazo extendido"*, es el Dios Liberador, que actúa en la historia a favor del pobre y del justo, del creyente y del débil. Su juicio es entonces acción liberadora, liberación que se plenificará sobre toda la humanidad en el *"Día de Yahveh"* al final de los tiempos.

- La justicia divina.

La justicia divina está en directa relación con su santidad. El Dios santo no puede tolerar la injusticia, pues es una profanación a su santidad, como ya se ha mencionado. En esta línea, la peor blasfemia se da cuando el ser humano afirma que Dios no puede enojarse por el pecado ni actuar en contra del mal<sup>215</sup>, porque ello implica negar la absoluta santidad de Dios, su poder y su bondad. Por ello, las transgresiones a la santidad divina no son tanto las culturales, sino las que van contra el amor y la justicia<sup>216</sup>.

La "justicia" (*sedaqá*) divina aparece como un rasgo dinámico de Dios y no sólo como el enunciado de su perfección. Es la rectitud de la acción de Dios la que "obra" justicia, justicia que puede tener un sentido positivo ("hacer justicia" o "restaurar la justicia" en favor de...) o un sentido negativo (cuando El "ejecuta el juicio" contra...),

manifestándose en la dinámica de la acción divina la tensión entre su absoluta santidad y su cercanía al ser humano. Dios mismo es el referente absoluto de su actuar y la norma suprema de la justicia, el referente ético de todo el que busque el bien, justicia que no puede ser medida ni encajonada en los límites de las normas humanas<sup>217</sup>.

La justicia divina (nacida de su absoluta santidad) está enmarcada dentro de su misericordia (nacida a su vez de su cercanía con la humanidad). Pues Dios no se contenta con la muerte del pecador, sino que se convierta y viva<sup>218</sup>, manifestando su designio salvador. Dios busca la "justificación" de la humanidad y no su condenación. Justificación que puede ser alcanzada por la fe<sup>219</sup>, aunque siempre es don gratuito de Dios, don que el ser humano jamás podría alcanzar por sí solo. Este tema será ampliamente desarrollado en la teología paulina.

En Os. 2, 21 Dios promete desposarse con su pueblo "*en la justicia, en el juicio, en la gracia y la ternura*". Así, el creyente puede esperar de la justicia algo más que una justa sentencia: "*en tu justicia dame vida*"<sup>220</sup> o también el perdón de sus pecados, la justificación<sup>221</sup>, e incluso beneficios gratuitos, a veces universales, que superan en todos los sentidos lo que la humanidad pudiera tener derecho a esperar<sup>222</sup>, manifestando así que la justicia divina es de criterios muy distintos de lo que los humanos tenemos para aplicar nuestra justicia, a veces demasiado apegada a la letra de la ley, dejando en oscuridad su sentido más profundo, el sentido ético de la justicia.

- El Dios de los pobres.

En un primer período, la justicia de Dios se comprendía en relación a su intervención en favor del pueblo de Israel y en contra de sus enemigos. Dios vela por la justicia de su pueblo, entendida como su sobrevivencia mediante la victoria frente a sus enemigos, victorias que justamente son consideradas como "juicios" de Dios. Luego, sin embargo, se va tomando conciencia de que la justicia divina tiene un papel importante al interior de la vida del pueblo. El Señor es el protector del pobre y oprimido, de Israel esclavo en Egipto<sup>223</sup> y de los pobres que viven en medio del pueblo:

*"Si tu hermano se empobrece y falla en sus deudas contigo, lo mantendrás como huésped o forastero, para que pueda vivir junto a ti. No tomarás de él interés ni usura... Yo soy el Señor, su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto para darles la tierra de Canaán y ser su Dios" <sup>224</sup>.*

*"No maltratarás al forastero, ni le oprimirás, pues forasteros fueron ustedes en Egipto. No maltratarás a la viuda y al huérfano. Si lo maltratas y clama a mí, no dejaré de oír su clamor(...) Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás al ponerse el sol, porque con él se abriga, es el vestido de su cuerpo ¿Sobre qué dormirá si no se lo devuelves? Clamará a mí y yo lo escucharé, porque soy compasivo" <sup>225</sup>.*

Los profetas, en nombre de Dios, levantarán su voz denunciando el lujo escandaloso y el ansia de riqueza de las clases poderosas, que oprimen a los pobres y desvalidos, a los trabajadores asalariados, tal opresión es absolutamente contraria a la voluntad divina y, por ello, injusta<sup>226</sup>

Todo lo dicho anteriormente, muestra con claridad que la justicia divina es mucho más amplia que el sentido meramente legal, y por ello, a la hora de reflexionar sobre el Juicio Final, debe ser tomado en cuenta, evitando reducciones que deformen su verdadero sentido. A modo de resumen, resulta oportuno recordar las palabras de Isaías sobre el verdadero modo de agradar a Dios, de ser justo ante sus ojos, el camino más cierto para alcanzar su justicia:

*"Desatar los lazos de la maldad, deshacer las coyundas del yugo, dar libertad a los oprimidos y arrancar todo yugo. Partir tu pan con el hambriento y recibir a los pobres sin hogar en tu casa. Vestir al desnudo y no apartarse de tus semejantes.*

*Entonces brotará tu luz como la aurora y tu herida se curará rápidamente. Tu justicia irá delante de ti y la gloria del Señor te seguirá. Entonces clamarás y el Señor te responderá, pedirás socorro y dirá: «Aquí estoy»"*

*Si apartas de ti todo yugo, no apuntas con el dedo y no hablas con maldad, repartes de tu pan al hambriento y al alma afligida dejas saciada, resplandecerá tu luz en las tinieblas y lo oscuro de ti será como mediodía. Te guiará el Señor de continuo, hartará en los sequeales tu alma, dará vigor a tus huesos, y serás como un huerto regado, como un manantial cuyas aguas nunca faltan" <sup>227</sup>*

- Los juicios de Dios en la historia.

El juicio divino y su papel como Señor de la Historia no se ponen en duda. Su palabra dirige el caminar de la humanidad y fija las normas de la justicia. Dios *"sondea las entrañas y los corazones"* <sup>228</sup>, diferenciando así perfectamente a justos y culpables. Orientando la historia, la dirige para que finalmente los justos sean protegidos y los culpables sean castigados<sup>229</sup>. A El se recurre espontáneamente como supremo juez y guardián del derecho del pobre<sup>230</sup>. El justo perseguido exige de Dios la restitución de sus derechos, para que prime la justicia<sup>231</sup>. Algunas veces la oración del justo celebra a Dios porque rige la tierra con justicia<sup>232</sup> y otras ruega por su protección frente a jueces injustos<sup>233</sup>.

Los mismos hechos de la historia confirman esta percepción del creyente. Así podemos citar el éxodo, cuando Dios *"juzga a Egipto"*, castigando al opresor y liberando al pueblo oprimido<sup>234</sup>, o los castigos en el desierto a un pueblo infiel que duda de Dios y de su protección<sup>235</sup> o el exterminio de los cananeos, muestra del rigor y moderación de los juicios divinos<sup>236</sup>. Y retrocediendo aún más

encontramos el primero de los juicios históricos en el primer pecado<sup>237</sup>, en el diluvio<sup>238</sup>, en la destrucción de Sodoma y Gomorra<sup>239</sup>, etc. En todos ellos se conjugan el celo por la justicia y la misericordia divina, que aplaza la sentencia final con la esperanza de que el ser humano decida retomar el camino. El juicio es inevitable, como inevitable es también la misericordia.

- El juicio escatológico.

El tema del inminente juicio de Dios es un tema central en el mensaje de los profetas. Dios ha entablado un proceso contra su pueblo: lo cita ante el tribunal y pronuncia la sentencia que se prepara a ejecutar<sup>240</sup>, idea latente en todos los oráculos de castigo<sup>241</sup>. Desde Amós, la espera del "Día de Yahveh" es motivo de espanto<sup>242</sup>, ya que Israel, esposa infiel, será juzgada de acuerdo a la legislación de adulterio<sup>243</sup> y sus hijos serán juzgados según su conducta y sus obras<sup>244</sup>.

Si bien esta visión parece sombría, no hay que olvidar que la intención divina, al ejecutar el juicio, es defender la causa de los justos liberándolos de la opresión de los culpables<sup>245</sup>, por ello un "resto" del pueblo, el resto fiel, será librado del castigo divino merecido por el pueblo infiel<sup>246</sup>. Pero el juicio divino no se restringe sólo a Israel, sino que alcanza a todas las naciones<sup>247</sup>. El anuncio del juicio de las naciones está teñido de toques trágicos, como trágica es la situación de pecado e injusticia en la que se encuentra la humanidad. Sólo acontecimientos decisivos y radicales podrán enderezar el rumbo de la humanidad, acontecimientos que no serán otra cosa que la manifestación del rechazo absoluto de Dios a todo pecado e injusticia.

En los profetas post-exílicos, el anuncio del juicio escatológico evoluciona progresivamente hacia la apocalíptica. El juicio habrá de abarcar a todas las naciones, comenzando por Israel, signo y preludeo del juicio divino sobre la humanidad. Dios juzgará el mundo por el fuego que transforma y purifica<sup>248</sup>, reunirá a las naciones para el tiempo de la siega y la vendimia de la humanidad<sup>249</sup>. El libro de Daniel describe este juicio con imágenes particularmente impresionantes: el juicio divino vendrá a cerrar el tiempo y la historia y abrir el reino eterno del Hijo del Hombre<sup>250</sup>. Justos e injustos

rendirán cuentas juntos<sup>251</sup>, sólo los pecadores deberán temblar, pues Dios protegerá a los justos<sup>252</sup>, pues ellos participarán del reinado del Hijo del Hombre<sup>253</sup>. Así se va vislumbrando claramente que el juicio divino sobre la historia no se realiza sólo a través de juicios puntuales a situaciones y personas, sino que en una confrontación final que constituirá "el " juicio, en el Día de Yahvéh.

Los salmos tienen al respecto alusiones de interés. El llamado a Dios-Juez para acelerar el día del Juicio se repite más de una vez: "*¡Levántate, juez de la tierra, y da su salario a los soberbios!*"<sup>254</sup> y se canta la gloria del juicio final<sup>255</sup>, pues Dios hará finalmente justicia a los pobres y oprimidos<sup>256</sup>, los que guardan la esperanza cierta de la reivindicación final de sus derechos, consecuencia lógica de las intervenciones divinas a su favor a largo de toda la historia.

Con todo, la oración del salmista nos recuerda una dura realidad: "*no entres en juicio con tu siervo, pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti*"<sup>257</sup>. Nadie puede considerarse justo ante Dios, ni ostentar méritos que "obligen" a Dios a salvarlo. La participación en la vida divina siempre es gracia, don gratuito de un Dios de amor, don que debe ser libremente aceptado o rechazado. Las consecuencias de esta opción fundamental permanecerán por toda la eternidad.

### c) Jesús, el Justo-Juez.

El tema del juicio de la humanidad está muy presente en los evangelios y en todo el Nuevo Testamento. Dada la inminencia de la llegada del Reino en la que viven Jesús y sus discípulos, se vive también en la búsqueda de una conversión verdadera y radical ante la inminente llegada del juicio divino, consecuencia lógica de la búsqueda de una vida verdaderamente ordenada según Dios.

- Jesús y el sentido de "justicia".

La justicia en su sentido netamente jurídico no ocupa un lugar muy importante en la predicación de Jesús. En los evangelios no encontramos normas que la regulen, ni evocación de un grupo de oprimidos cuyos derechos hay que reivindicar, como tampoco se presenta a sí mismo como juez. El contexto histórico, también en el caso de Jesús, exige priorizar algunos aspectos sobre otros y la justicia en sentido jurídico no era el fondo del problema. A ello hay que sumar el hecho de estar bajo la dominación romana, lo que implicaba la administración de la justicia por parte de ellos, quedando el Sanedrín con muy pocas potestades al respecto, reducidas a lo cultural y lo organizativo. Jesús no se concibió a sí mismo como un reformador social ni como la cabeza de un movimiento de liberación política de su pueblo y por ello, en vez de apuntar sus dardos hacia la justicia romana y sus defectos, los apunta al fondo del problema.

La falta más grave de sus contemporáneos no es, en los ojos de Jesús, la falta de justicia social, sino el formalismo y la hipocresía religiosa, que conservaba la imagen de fidelidad, pero sin vivir lo esencial del ideal propuesto en la Ley de Moisés. Sólo algunos textos nos han conservado el aspecto meramente jurídico de justicia, como es el caso de Mt. 23, 23<sup>258</sup>. Por el contrario, existe un texto en el que Jesús rechaza explícitamente ejercer la función de juez: *"Le dijo uno de la multitud: Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia. El le dijo: Hombre, ¿Quién me ha constituido en juez o repartidor sobre ustedes?"*<sup>259</sup>. El Maestro mira más al fondo, buscando la verdadera justicia delante de Dios, el hacer su voluntad, lejos de los intereses mezquinos o vengativos que a veces tildamos de "justicia". Por ello les dice: *"Miren y guárdense de toda codicia, porque aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes"*<sup>260</sup> Así vida y justicia se entremezclan, pues el que es agradable a los ojos de Dios (justo) alcanzará la vida en plenitud.

En el mensaje de Jesús la justicia conserva también el sentido bíblico de piedad legal, aunque como hemos visto no es su sentido principal. La vida moral es para Jesús la verdadera justicia, entendida como obediencia a la voluntad de Dios, expresada por cierto en los mandamientos de la Ley. Y aquí las palabras de Jesús marcan dos aspectos opuestos de esta concepción.

Por un lado, Jesús denuncia la falsa justicia de las autoridades religiosas, la observancia hipócrita de una religión de formas humanas, lejos del amor a Dios y la aceptación de su voluntad, verdadero centro de la Ley, transformándose en una fuente de soberbia e idolatría<sup>261</sup>.

En un sentido inverso, la verdadera justicia es ya definida en el discurso inaugural, es el modelo de vida que Jesús propone a sus discípulos y que El mismo vive<sup>262</sup>. La vida de los discípulos, liberada del excesivo legalismo, ha encontrado la verdadera justicia legal, es decir, la fidelidad a las leyes en su sentido profundo, volviendo al espíritu mosaico, el puro y absoluto cumplimiento de la voluntad de Dios.

- Jesús el justo.

Jesús, a través de su vida y de su enseñanza, se transforma en el referente de la justicia, es decir, de la vida grata a los ojos de Dios. El es "*el Santo y el Justo*" por excelencia<sup>263</sup>, el que por su vida demostró ser el siervo fiel en quien Dios pudo complacerse<sup>264</sup>, ya que no buscó en su vida otra cosa que "*cumplir con toda justicia*"<sup>265</sup> hasta el fin de su vida, muriendo para que Dios sea glorificado<sup>266</sup> mediante el pleno cumplimiento de su voluntad<sup>267</sup>, es decir, para que Dios apareciese ante el mundo con toda su grandeza y bondad, digno de todos los sacrificios y de ser amado hasta el extremo<sup>268</sup>.

La muerte de Jesús, en apariencia signo de reprobación<sup>269</sup>, fue en realidad el momento de su justificación, el reconocimiento del Padre a su obra<sup>270</sup>, reconocimiento que se manifiesta a través de la resurrección y de la plena posesión del Espíritu<sup>271</sup>. El Hijo fue *"entregado por nuestras culpas"* <sup>272</sup> y por su obediencia nos ha merecido la justificación<sup>273</sup>, es decir, el serle gratos a Dios y ser llamados sus hijos<sup>274</sup>

Jesús se transforma así en el justo por excelencia, el que le es grato a Dios, y por ello, en la norma segura para encontrar esa justicia. También se transforma en el prototipo del justo perseguido y humillado<sup>275</sup>, del pobre y oprimido que clama a Dios<sup>276</sup> y que es liberado por El y restablecido en sus derechos. Es en definitiva, el camino de nuestra reconciliación con el Padre, el medio de nuestra justificación.

- Jesús, reo de muerte y Juez universal.

Toda la vida y la predicación de Jesús dan comienzo a la fase final del juicio definitivo de Dios sobre la historia, mediante la aceptación o rechazo de su persona y su mensaje de salvación <sup>277</sup>, pues *"tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en El no muera, sino que alcance la vida eterna. Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por El"* <sup>278</sup> Por ello, la misión del Hijo como Juez no es la de sancionar al mundo por sus faltas, sino de justificarlo, es decir, hacerlo agradable a los ojos de Dios, mediante un proceso de transformación gradual en la historia y pleno y definitivo más allá de ella.

El juicio de Jesús y su condena a muerte no es otra cosa que el juicio de la misma humanidad que ha rechazado la oferta divina. Es por ello que el mundo ya está juzgado y es derrotado *"el príncipe de este mundo"*, mediante el sacrificio y la resurrección de Jesús: *"Ahora es el juicio del mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí"* <sup>279</sup>.

La vida de Jesús, su muerte y su resurrección son el inicio del juicio de la humanidad que se consumará al fin de los tiempos, en donde el que ahora fue "reo de muerte" juzgará al mundo como juez, de acuerdo al camino que El mismo mostró e invitó a seguir. Desde esta perspectiva, el juicio divino no es tanto la realización de una sentencia, sino la revelación de las verdaderas intenciones de los corazones<sup>280</sup>. Aquellos cuyas obras son malas prefieren las tinieblas a la luz<sup>281</sup> y Dios no tiene más que dejar que su propia soberbia ciege a los que se creen satisfechos y clarividentes. Pero aquellos que reconocen su fragilidad reciben de Jesús la claridad de su luz para mirar<sup>282</sup>, para que obrando bien vengan a la luz<sup>283</sup>.

El juicio final no hará sino manifestar con total evidencia esta opción fundamental, realizada en el interior de los corazones, manifestada eso sí por las obras de luz o oscuridad que cada uno vaya realizando. El juicio escatológico anunciado por los profetas se realiza a través de la vida, mensaje, muerte y resurrección de Jesús, es ya un hecho adquirido y una función constante hasta su plena consumación más allá de la historia.

- El Juicio Final en el Nuevo Testamento.

En los evangelios sinópticos el tema del Juicio Final es frecuente. Todos los seres humanos deberán ese día rendir cuentas<sup>284</sup>. Una condena rigurosa espera a los escribas hipócritas<sup>285</sup>, a las ciudades del lago que no han aceptado el mensaje del Maestro<sup>286</sup>, a la generación de la época de Jesús, perversa e incrédula<sup>287</sup>, a las ciudades que no acogan a los predicadores del Evangelio<sup>288</sup>, mucho más severo que el de Sodoma y Gomorra<sup>289</sup>, prototipo de la maldad e injusticia, como también de la justicia divina y su misericordia<sup>290</sup>.

Los criterios en la hora del Juicio son ampliamente recordados: La actitud de acogida o rechazo del Evangelio<sup>291</sup>, el trato que cada uno haya dado a su prójimo<sup>292</sup>, las exigencias que cada uno ha impuesto a los demás le serán exigidas a sí mismo<sup>293</sup>. Así se establece el doble criterio del Juicio, la aceptación de Dios y su voluntad y el amor al prójimo, expresión de esa misma aceptación. Ello expresado bellamente en la pregunta del maestro de la Ley a Jesús y su respuesta:

*"Maestro, ¿Cuál es el mandamiento mayor de la Ley? El le dijo: **Amarás al Señor tu Dios** con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor de los mandamientos y el primero. El segundo es semejante éste: **Amarás al prójimo** como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley los Profetas" <sup>294</sup>*

Desde los discursos de los Hechos de los Apóstoles hasta el Apocalipsis el tema del inminente Juicio de Dios tiene un puesto principal. En la predicación apostólica el acento se pone en la llamada a la conversión, a la rectitud de vida y a la santidad. Se ve detrás de ello una perspectiva de comunidad llamada a dar testimonio del Resucitado y por ello la insistencia en la consecuencia que hará el testimonio creíble y verdadero.

Dios Padre ha fijado un día para juzgar al universo con justicia, juicio que se realiza por intermedio de Jesús, el Señor Resucitado de entre los muertos<sup>295</sup>. La inminencia del Juicio será el referente que dictará la actitud de vida de los creyentes<sup>296</sup>, porque el juicio habrá de comenzar por el Pueblo de Dios y luego todas las naciones<sup>297</sup>, juzgando a cada uno según sus obras, sin hacer distinción de personas<sup>298</sup>.

La inminencia del Juicio debería hacer temblar a los rebeldes<sup>299</sup>, pues será un juicio severo para todos los que hayan tomado partido por el mal<sup>300</sup>, es decir, los fornicadores y los adúlteros<sup>301</sup>, los injustos, los falsos maestros y hasta los ángeles rebeldes<sup>302</sup>, los malos obispos (*episkopoi*)<sup>303</sup> y las viudas que quebrantasen su promesa de celibato<sup>304</sup>. El justo juicio de Dios se revelará ese día de ira<sup>305</sup>, imposible de esquivar<sup>306</sup>, pues Dios juzgará incluso las intenciones secretas de los corazones<sup>307</sup>, juicio divino realizado por Jesús, constituido por Dios como juez de vivos y muertos<sup>308</sup>.

El Apocalipsis por su parte, pinta con fuertes trazos la escena del Juicio Final<sup>309</sup>, precedido por el juicio a Babilonia, símbolo de las fuerzas del mal opuestas a Dios y su Reino<sup>310</sup>, respondiendo al clamor por justicia por parte de los mártires<sup>311</sup>. El juicio y destrucción de las fuerzas del mal es, entonces, venganza divina por la muerte de sus servidores<sup>312</sup>.

Al final de los tiempos, todos los hombres serán sometidos al fuego que probará el valor de sus obras<sup>313</sup>, siguiendo criterios acordes a la situación de cada uno: la Ley de Moisés para los que la invocan<sup>314</sup>, la ley de libertad para los seguidores del Evangelio<sup>315</sup> y la ley de la propia conciencia para los que no hayan conocido otra<sup>316</sup>, siendo medidos con la misma vara con la que midieron a su prójimo, como ya lo hemos mencionado más arriba<sup>317</sup>.

Pero más allá de las imágenes bíblicas y de aquellas con que el arte y la cultura han pintado el Juicio Final, surge una cuestión importante. Si el juicio divino es como señalan los textos, ¿Quién puede, con certeza, considerarse justo ante Dios?, ¿Quién será salvado?. En efecto, la ira divina se descarga sobre toda la humanidad, pues todos son culpables ante sus ojos<sup>318</sup>, condenados desde la falta del primer hombre en el Edén<sup>319</sup>. Nadie, pues, podrá ser salvado por sus propios medios, ostentando méritos que le permitan asegurarse la salvación.

A través de la encarnación del Hijo de Dios se manifiesta la voluntad salvadora de Dios, que ofrece gratuitamente y sin méritos por nuestra parte, la posibilidad de restaurar la comunión primera entre El y nosotros. En efecto, *"habiendo enviado a su Hijo en una carne semejante a la del pecado, y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne, para que el ideal de justicia de la Ley se realizase plenamente en nosotros, los que caminamos según el Espíritu"*<sup>320</sup> y por ello, *"ninguna condenación pesa ahora sobre los que están en Cristo Jesús"*<sup>321</sup>. A través del sacrificio del justo-Jesús se revela la justicia divina, no la que castiga, sino la que justifica y salva<sup>322</sup>, y así como todos merecían el juicio por sus faltas, todos han sido justificados gratuitamente por la fe en Cristo Jesús<sup>323</sup>.

Nadie puede, entonces, juzgar o dar por condenado a nadie, pues Dios nos ha justificado en su Hijo<sup>324</sup>. La búsqueda de la justicia se transforma no ya en una búsqueda de condenación, sino en la justicia como don gratuito de Dios, como gracia<sup>325</sup> que nos reconcilia con Dios<sup>326</sup> y que nos da plena seguridad en el día del Juicio, confiados en el amor infinito de Dios Padre manifestado en Jesús<sup>327</sup>. Quien permanece en el amor de Dios ha alcanzado la justicia, es decir, la plena comunión con Dios, objetivo final de toda la historia de la salvación.

#### d) El Juicio de la Humanidad.

- A la hora de la muerte y al fin de los tiempos.

El Nuevo Testamento da indicios bastante claros de la existencia de una definición del destino final de cada uno inmediatamente después de la muerte. La muerte pone fin al tiempo de la vida, tiempo en el que se realiza la opción fundamental por la aceptación o rechazo de la gracia de Dios<sup>328</sup>, opción que determinará la participación o exclusión de cada uno en la vida divina. La parábola del pobre Lázaro<sup>329</sup> y las palabras de Jesús al buen ladrón<sup>330</sup>, nos permiten suponer el juicio inmediato después de la muerte y sus consecuencias eternas, a lo que se suman variados textos del Nuevo Testamento<sup>331</sup>.

Siendo esto así, ¿Cuál es el sentido de realizar un "nuevo" juicio, esta vez al final de la historia? ¿Puede acaso cambiar el destino del ser humano entre uno y otro? Obviamente no. El juicio personal (digamos, en solitario) terminada la vida no es una especie de juicio "en primera instancia", en espera del juicio "sin apelación" al fin de los tiempos. Los mismos textos nos permiten descubrir una diferencia entre uno y otro: el juicio después de la muerte es individual y los textos sobre el juicio final siempre hablan de una convocación de todos los seres humanos delante de Dios. Se trata, entonces, de un juicio público, delante de todos los seres humanos de todas las generaciones, al fin de la historia.

Siguiendo el curso de nuestro análisis, debemos recordar que el Juicio Final no es más que la culminación de los juicios de Dios en la historia de la humanidad, a favor del pobre y del oprimido y contra el injusto y opresor, la llegada de la plena justificación delante de sus ojos. Por ello, juicio individual y colectivo no son dos juicios, sino dos etapas del juicio de Dios pronunciado sobre la humanidad al comienzo de la historia, es decir, su voluntad salvadora y liberadora.

Cada intervención divina en la historia, tanto personal como colectiva, alcanzará su culminación al fin de los tiempos. El Juicio Final es, por ello, el Juicio de toda la humanidad, la evaluación final de todo el caminar de los seres humanos a lo largo de la historia. El plan de salvación, ya finalizado entonces, permitirá evaluar sus frutos. La conducta de cada uno será evaluada en comunión con todos los seres humanos y la humanidad toda deberá dar cuenta a Dios de su conducta frente a la creación, frente a sus semejantes y frente a la propuesta divina, a la invitación a amarlo por sobre todas las cosas y para siempre.

- La humanidad, criterio de Juicio.

Los criterios a la hora de realizar el juicio de la humanidad están establecidos en los evangelios de forma clara. El referente primordial será Jesús mismo, su vida y mensaje, como camino de salvación. El gran criterio que marcará la adhesión al mensaje de Jesús o su rechazo será el amor al prójimo, la solidaridad con el pobre y oprimido y la búsqueda sincera de la voluntad de Dios. Será la misma coherencia que cada uno haya pedido al prójimo la que Dios le pedirá a cada uno<sup>332</sup>. En Mateo 25, lo que diferencia a los justos de los pecadores es la solidaridad manifestada con quien tiene hambre, sed, frío, es forastero, enfermo, preso, los pequeños, con quienes Jesús mismo se identifica<sup>333</sup>.

Jesús también habla de un juicio de acuerdo a las oportunidades que a cada generación se le dio para encontrar a Dios, siendo juzgados por el resto de la humanidad que no recibió esa gracia: *"La reina del Mediodía se alzará en el juicio contra los hombres de esta generación y los condenará; porque vino de los últimos confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón y aquí hay algo más que Salomón. Los ninivitas se alzarán en el juicio*

*contra esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y aquí hay algo más que Jonás" <sup>334</sup>. Así también las ciudades de Corozáin y Betzaida serán juzgadas con mayor rigor que Tiro y Sidón, "porque si en Tiro y Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han hecho en ustedes, tiempo ha que, sentados con sayal y ceniza, se habrían convertido" <sup>335</sup>.*

Será la humanidad misma, la multitud de pobres y oprimidos, aquellos que no han visto la acción de Dios en sus vidas, aquellos que no han podido conocerlo, los que viven la desesperanza y la soledad, en suma, toda la humanidad sufriente (humanidad de la cual Cristo se ha transformado en signo por su muerte en cruz) la que juzgará la indiferencia o la solidaridad del resto de los seres humanos. Leído desde otro punto de vista, esta realidad de sufrimiento es contraria a la voluntad divina, contraria al grado de definir la salvación o condenación de la humanidad.

- La humanidad como proyecto.

Todo el plan de Dios apunta a lograr en la humanidad un reflejo de su vida divina. Siendo Dios justo, santo, bueno y eterno, quiere que la humanidad viva en justicia, en santidad, practicando la bondad y viviendo una vida plena y eterna. Es el proyecto divino que Dios ha propuesto a los seres humanos y será ese proyecto el que definirá la evaluación final de la historia de la humanidad. Por ende, la construcción de una sociedad cada vez más fraterna y solidaria, más justa y digna, es parte principal de la misión que los creyentes tenemos en el mundo, en espera de la llegada definitiva del Reinado de Dios, de su plena soberanía.

El "Proyecto humanidad", después de siglos de caminar, habrá llegado a su plenitud. No cabe la posibilidad de un fracaso, pues la humanidad ya depurada y madura, disfrutará de la presencia divina, dando cumplimiento a lo que Dios soñó para ella desde el comienzo de los tiempos. La idea del "resto fiel", a la que aludíamos anteriormente, alcanzará entonces dimensiones universales. Así como ese resto siempre permaneció en el Pueblo de Dios, heredando la promesa divina, la humanidad, hecha ya la opción fundamental de cada uno y de todos y finalizado el tiempo y la historia, se mostrará ante su Creador limpia y sin mancha.

Las infidelidades, las dudas, las grandes empresas y los grandes escándalos habrán quedado atrás. La humanidad dejará al fin de ser peregrina, el hijo pródigo que "*se marchó a tierras lejanas*"<sup>336</sup> habrá al fin vuelto a la casa paterna, comenzando la fiesta de la vida que habrá de prolongarse por toda la eternidad.

## V. Vida Eterna.

El anhelo de una vida en plenitud y eternidad, sin sufrimiento ni dolor está presente en toda la historia de la humanidad. Incluso podríamos decir que esa misma historia no está motivada por otra cosa que por esta búsqueda. Existe una intuición que es casi un convencimiento universal: el ser humano se experimenta a sí mismo y a su entorno como imperfecto y frágil, pero se sabe llamado a la perfección, a la plenitud de la vida y de la felicidad.

Desde que Dios sopló la vida en el ser humano hasta hoy éste ha caminado buscando la felicidad, la plenitud y la perfección, aún a costa de tropiezos y caídas. Las religiones del mundo, los procesos sociales, el avance tecnológico y cultural, buscan en el fondo alcanzar esa plenitud que la humanidad anhela, plenitud que dejará su corazón definitivamente saciado.

La respuesta a estos anhelos de la humanidad no puede ser otra sino Dios. El anuncio de la Buena Nueva es anuncio de vida y vida en plenitud, vida que Dios nos da a través de Jesús, su Hijo, camino, verdad y vida<sup>337</sup>. San Agustín lo dice en bellas palabras: *"Nos haz hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que respouse en ti"*<sup>338</sup>.

### a) Vida en el Antiguo Testamento.

- Sentidos de "vida".

El término "vida" puede resultar a veces demasiado amplio y por ello necesitamos hacer algunas precisiones al respecto. Puede entenderse por "vida" al hecho mismo de existir, a la existencia de los seres y de las cosas. En esta misma línea, "vida" puede significar una forma de existencia y en ese sentido puede hablarse de "buena" o "mala vida". También puede dársele un sentido relacional, es decir, la vida en el sentido de existir con otros, caminar y apoyarse. Vida como existencia en bienestar, como goce de la existencia y vida como energía, entusiasmo, esperanza.

Todos estos sentidos están presentes en la Escritura y cualquier reducción a este respecto puede provocar muchas desviaciones. ¿Es la Vida Eterna el hecho de existir eternamente y nada más que eso? Creo que no, la vida misma es mucho más que la existencia, que el hecho de estar ahí y por ello resulta importante detenerse a reflexionar en su valor, pues del sentido que le demos a la "vida" humana dependerá la comprensión que tengamos de la Vida Eterna a la que Dios nos invita.

- El valor de la vida.

En la Escritura, la vida aparece como algo precioso, obra de Dios Creador. El relato de la creación señala el día quinto como el de la aparición de las primeras formas de vida marinas<sup>339</sup> y luego las terrestres<sup>340</sup>, hasta llegar al ser humano, corona de la creación, hecho a imagen y semejanza de Dios mismo<sup>341</sup>. Podemos deducir, a partir de esta afirmación, que la vida humana, en todos los sentidos señalados más arriba, está llamada desde su origen a ser un reflejo de la vida divina, verdadera vida en plenitud.

Aún cuando en la vida está presente el sufrimiento<sup>342</sup>, el ser humano es capaz de sacrificarlo todo por conservarla<sup>343</sup>, siendo el deseo de la muerte una situación absurda y desquiciada<sup>344</sup>. El ideal bíblico de vida es gozar de una vida larga<sup>345</sup>, habitar largo tiempo en la *"la tierra de los vivos"*<sup>346</sup> y morir como Abrahám, es decir, *"en una vejez dichosa, de edad avanzada y saciado de días"*<sup>347</sup>. La descendencia es ampliamente estimada<sup>348</sup>, como medio de asegurar el bienestar de los padres ancianos y como una prolongación de ellos en las generaciones venideras<sup>349</sup>.

En el pensamiento bíblico, existe clara conciencia de la fragilidad de la vida humana. El soplo del espíritu de vida, don de Dios<sup>350</sup> se puede extinguir fácilmente, pues de El depende<sup>351</sup> ya que El es quien *"da la muerte y la vida"*<sup>352</sup>. La vida es corta<sup>353</sup>, una sombra que pasa<sup>354</sup>, sólo humo y nada<sup>355</sup>, más aún, pareciera irse acortando cada vez más desde los orígenes<sup>356</sup>.

La fragilidad de la vida humana no la hace despreciable, pues ella ha nacido de la iniciativa de Dios de forma distinta de las demás creaturas, pues El ha puesto el hálito de vida en el ser humano<sup>357</sup> y lo retira en el momento de la muerte<sup>358</sup>.

Por su origen divino, la vida humana es sagrada. Dios mismo toma bajo su protección la vida humana y prohíbe el homicidio<sup>359</sup>, incluso en el caso de Caín, prototipo del homicida<sup>360</sup>. Toda forma de vida tiene algo de sagrado y por ello al ser humano le está permitido alimentarse de la carne de los animales, pero no de su sangre, la que debe ser vaciada por completo, pues *"la vida de la carne está en la sangre"*<sup>361</sup> ya que en ella habita el aliento de vida que respira<sup>362</sup>, sangre que es también el vehículo que permite el contacto con Dios a través de los sacrificios.

- La Ley, camino de vida.

Dios *"no se complace en la muerte de nadie"*<sup>363</sup> y creó al hombre no para dejarlo morir, sino para que viviera<sup>364</sup>, por ello habitaba en el Edén, destinado a disfrutar de la plena comunión con Dios y la Creación, a vivir para siempre y en plenitud<sup>365</sup>. El pecado limita para el ser humano el disfrute de la vida, haciendo de ella algo trabajoso<sup>366</sup>. Pero Dios no abandona a su creatura, a pesar de su infidelidad, y lo llama a recuperar aquel estado de gracia original y disfrutar así de la vida en plenitud, para ello realizará su plan de salvación a lo largo de la historia humana, plan que tendrá su punto cumbre en la encarnación del Hijo.

Pero antes de ese momento y como preparación al mismo, Dios propone al ser humano *"caminos de vida"*<sup>367</sup>, caminos que se concretizan para el pueblo de Israel en la Ley de Moisés, en las *"leyes y costumbres"* de Yahvéh, ya que *"quien las cumpla hallará en ellas la vida"*<sup>368</sup>, porque sus caminos son los de la justicia, y *"la justicia conduce a la vida"*<sup>369</sup>. El creyente vivirá por su fidelidad a la Ley<sup>370</sup>, disfrutando de una vida larga, llena de luz y paz<sup>371</sup>, en cambio el injusto será borrado del libro de la vida<sup>372</sup>, excluyéndose del disfrute de la vida en plenitud a la que Dios nos invita.

La Ley de Dios es, en su sentido más profundo, un medio para buscar y encontrar la vida en plenitud y para asegurar la existencia humana mediante la organización de una sociedad justa y solidaria, que protege la vida del pobre y oprimido. No se trata sólo de una valoración personal de la vida, sino de una sociedad organizada para sustentarla y proteger a aquellos que ven su derecho a la vida amenazado. Tal es el sentido que da el Salmo 72 al rey y su gobierno, como símbolo de las insituciones sociales e imagen a su vez del Rey-Mesías que ha de venir:

*"Oh Dios, da al rey tu juicio,  
tu justicia al hijo de rey:  
que con justicia gobierne a tu pueblo,  
con equidad a los humildes.*

*El hará justicia a los humildes del pueblo,  
salvará a los hijos de los pobres,  
y aplastará al opresor.*

*Librará al pobre suplicante,  
al afligido y al que nadie ampara:  
se apiadará del débil y del pobre,  
el alma de los pobres salvará.*

*De la opresión, de la violencia, rescatará su alma,  
pues su sangre es preciosa ante sus ojos"<sup>373</sup>*

- La vida más allá de la muerte.

Israel vivió como muchos la experiencia del dolor y de la muerte, de una vida constantemente amenazada y frágil. Esta experiencia haría surgir en el pueblo una profunda valoración de la vida y una anhelo de vida en plenitud, incluso más allá de la muerte. Dios, incluso en medio del destierro de Babilonia, llama al pueblo a buscar la conversión y la vida<sup>374</sup>, con la esperanza cierta de resurgir de las cenizas y volver a vivir y ser un pueblo verdaderamente libre<sup>375</sup>.

En los cantos del Siervo de Yahvéh, el segundo Isaías contempla al siervo sufriente *"arrancado de la tierra de los vivos por los crímenes de su pueblo"*<sup>376</sup>, ya que él ha ofrecido su propia vida como expiación y por ello, más allá de la muerte, *"ve una descendencia y prolonga sus días"*<sup>377</sup>. Existe por tanto, en la mentalidad bíblica, una relación directa entre pecado y muerte, así como entre justicia y vida. A través del pecado se encuentra la muerte, pero a través de la muerte libremente aceptada se puede esperar algo más allá.

Las persecuciones de Antíoco Epifanes, en la época de los Macabeos, confirmarían esta imagen de la muerte como la coronación de la fidelidad a Dios y, en consecuencia, esta muerte no puede separar de Dios, sino conducirnos a El, a la vida en plenitud, a la esperanza en la resurrección: *"Dios les devolverá el espíritu y la vida"*<sup>378</sup>. Los justos que duermen se levantarán del polvo para la vida eterna, brillando por su santidad<sup>379</sup>.

El libro de Sabiduría ampliará más esta idea, señalando que los injustos *"apenas nacidos dejan de ser"*<sup>380</sup>, es decir, negando la justicia (vida) viven en el pecado (muerte), son como muertos ya en vida, a diferencia de los justos, los que habitan ya desde ahora en la casa de Dios<sup>381</sup> y de El recibirán vida eterna, la corona real de la gloria<sup>382</sup>. Se puede descubrir ya en estos textos aquella tensión entre el hoy y el porvenir, entre el "ya" de una participación en la vida eterna mediante la justicia y el "todavía no" de una vida en plenitud aún por concretarse.

#### b) El Dios vivo.

La búsqueda de la vida en plenitud del ser humano no es otra cosa que el anhelo de la participación en la vida divina. En efecto, el Dios de Israel, el Dios de Jesús, es el origen de la existencia, la fuente de la vida, más aún, es la vida verdadera. Para comprender el sentido de la promesa de vida eterna, se hace necesario detenerse sobre la visión de Dios como Dios vivo, eterno, plenitud de la existencia, su origen, sentido y fin.

- El nombre divino.

En la mentalidad bíblica, el nombre no es sólo un término para diferenciar las cosas y los seres. El nombre revela el papel de cada uno en la creación y la historia, algo de su ser más íntimo, su vocación o su destino<sup>383</sup>. Poner nombre a algo o alguien significa pertenencia y dominio sobre lo nombrado<sup>384</sup> y cuando Dios cambia nombre o da nombre a alguien lo señala en una especial relación con Dios, pues El lo hace partícipe de su propia vida y sus planes<sup>385</sup>.

La revelación pues, del nombre divino es, en consecuencia, la revelación de Dios mismo. Es por ello que no es el pueblo el que da nombre a Dios, lo que indicaría una especie de autoridad sobre la divinidad, sino que Dios mismo revela su nombre, en el contexto de la liberación de la esclavitud en Egipto, nombre significado en el tetragrama YHWH, de donde viene el término castellano Yahvéh, tal como aparece actualmente en las versiones hispanas de la Biblia<sup>386</sup>. El texto del Exodo es el siguiente:

*"Contestó Moisés a Dios: «Si voy a los israelitas y les digo: "El Dios de sus padres me ha enviado a ustedes"; cuando me pregunten: "¿Cuál es su nombre?", ¿Que voy a responder?» Dijo Dios a Moisés: «YHWH» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: "YHWH" me ha enviado a ustedes"»." 387*

El anunciado del tetragrama ha recibido diversas explicaciones que resultan útiles a nuestro tema. La expresión parece venir del verbo hebreo *"hayah"*, que significa "ser", "existir" o en un sentido dinámico "acontecer". En el tetragrama el verbo se repite dos veces, reforzando la idea de "ser". La frase puede ser entendida de muchas formas, prevaleciendo tres traducciones actualmente:

*"Yo soy el que soy"*, suele ser la más común, es decir, yo soy el que existe realmente, el que tiene la plenitud de la existencia.<sup>388</sup> En una variante de la misma, algunos traducen *"Yo soy el que hace ser"*, es decir, el que da la existencia a todas las cosas.

*"Yo soy lo que soy"*, respuesta evasiva que querría decir que Dios es simplemente Dios, y por ello no puede ser nombrado ni

reducirse su persona a una palabra humana. Siendo esto cierto, no se entendería el uso de YHWH en el relato, cuyo sentido es justamente el de revelación de Dios a su pueblo y no de su ocultamiento. En todo caso, en la teología bíblica existe una tensión entre la absoluta trascendencia de Dios (El Innombrable) y su absoluta cercanía (Dios con Nosotros).

*"Yo soy el que está con ustedes"*. Traducción un tanto libre, pero que recuerda que en la mentalidad semítica el verbo ser no es simplemente el hecho de existir, sino una presencia activa y real y por ello el mensaje divino quería señalar que Dios está con el pueblo, que no lo ha abandonado y que por ello ha bajado a liberarlo.

Cada uno de estos sentido nos recuerda lo dicho anteriormente sobre las distintas variantes que puede tener la palabra "vida". El sentido del tetragrama es claro: Dios es, Dios existe, Dios da la existencia a todo, Dios está en medio de nosotros, Dios se nos revela.

- Dios Creador, fuente de vida.

El Génesis comienza presentando a Dios que crea el universo, mediante su palabra: *"Y Dios dijo... y así fue... y vio Dios que era bueno"*<sup>389</sup>. El verbo hebreo "bara'" está reservado en la Biblia sólo a la acción creadora de Dios, radicalmente distinta a la del ser humano. Y aunque el ser humano es capaz de hacer que "existan" cosas, no puede dar "existencia", vida en definitiva. La vida nace de Dios y vuelve a El.

La vida del ser humano es, a su vez, radicalmente distinta de la de las demás creaturas, pues el hombre no sólo "existe", sino que es reflejo de la vida de Dios, como hemos apuntado más arriba. Dios es, para el ser humano la fuente de la verdadera vida<sup>390</sup>, aunque su amor tiene mucho más valor que la misma vida que regala<sup>391</sup>, dicho de otra manera, la verdadera vida no es la existencia, sino el disfrutar del amor de Dios y de su presencia<sup>392</sup>.

- Dios, protector de la vida.

Dios, lo hemos dicho ya, no es sólo el que existe, el que vive, sino el que se ha acercado a la humanidad para establecer con ella una alianza de amor perfecta y eterna. En el mismo texto en que Dios revela su nombre, se revela también, o por lo mismo, como el Dios Liberador:

*"He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores. Yo conozco sus sufrimientos. He bajado para liberarlo de la mano de los egipcios y hacerle subir de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel. Ve pues, yo te envío a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, a los hijos de Israel."* <sup>393</sup>

Libertad y vida tienen una profunda relación. Quien es esclavo no vive realmente, por eso Dios libera para poder dar vida. Se transforma así en el protector de todo aquél que vive en la inseguridad, que sufre la opresión y la injusticia, es decir, la limitación de la vida y del goce de la misma. Vida y libertad, vida y felicidad, aparecen profundamente relacionados, pues Dios, el que vive, está atento y vigilante, velando por el bienestar de los suyos<sup>394</sup>. Por ello es un error pensar, tal como lo denuncian los profetas, que Dios no ve la opresión al pobre ni puede escuchar su clamor<sup>395</sup>, pues El está cerca y vela por la vida de cada uno, pues la sangre (= vida) del pobre es *"preciosa a sus ojos"*<sup>396</sup>

Dios, principio de vida, quiere darnos la vida en plenitud, sin limitaciones, vida a la que accedemos por la libre aceptación de su voluntad, manifestada en el servicio fraterno al pobre y oprimido.

### c) Jesús: Yo soy la vida.

La vida de Jesús está motivada por el esfuerzo de devolver al ser humano a su dignidad primera y mostrar el camino para vivir esa vida en plenitud que él anhela. Su mensaje, los milagros y toda su vida van revelando la irrupción de la vida divina (plena y eterna) en la historia de la humanidad, vida que se impone por sobre las costumbres y prohibiciones. Su presencia trae la vida y su propia muerte es sólo un paso necesario para su resurrección y su entrada en la plenitud de la vida, plenitud que también nos está reservada a nosotros.

#### - La vida en Jesús.

La vida de Jesús fue, en realidad, bastante breve. Vivió probablemente poco más de treinta años, los cuales transcurrieron en su gran mayoría en labores cotidianas en Galilea. La vida de Jesús, en cuanto vida humana, no se diferenció grandemente de la vida de cualquier judío del siglo I. Las parábolas y discursos de Jesús reflejan conocimientos en agricultura, ganadería, construcción y pesca. Fue conocido como el "hijo del carpintero", oficio heredado de su padre<sup>397</sup>.

Los últimos años de su vida, el Maestro comienza su vida pública, predicando por toda la Galilea, Judea y toda la tierra palestina. Seguido por multitudes, luego sus seguidores van quedando reducidos al grupo de los Doce<sup>398</sup>, el de las mujeres<sup>399</sup> y amigos y conocidos que tenía en numerosos pueblos<sup>400</sup>, los más conocidos eran los de la casa de Betania<sup>401</sup>, y algunos personajes influyentes como Nicodemo o José de Arimatea<sup>402</sup>. El "movimiento" de Jesús vive, en su última etapa, el conflicto con los centros de poder religiosos y poéticos, conflicto que termina con la muerte del Nazareno.

La vida de Jesús estuvo marcada por el conflicto<sup>403</sup>, vida puesta en peligro desde su nacimiento<sup>404</sup> y a lo largo de su vida<sup>405</sup>. Quizás por ello, Jesús valoró la vida, humana y concreta, como algo precioso, al punto de gastar la suya casi en su totalidad en una vida cotidiana y sin protagonismos. Vida oculta que marcaría su mensaje con un aire a sabiduría popular, a aquellos valores esenciales del ser humano y que hacen de esta vida algo hermoso.

- El Evangelio de la vida.

Al anuncio primero del Evangelio va unida la llamada a la conversión: *"Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios; conviértanse y crean en el Evangelio"* <sup>406</sup>. La *"metanoia"*, como ya hemos dicho, no es sólo una conversión intelectual o un proceso de purificación de conductas anteriores<sup>407</sup>. Se trata, en efecto, de una transformación total, al grado de compararse a un nuevo nacimiento<sup>408</sup>. La llamada evangélica es, entonces, una invitación a una vida nueva, según Dios.

La vida en Jesús es preciosa, no se reduce sólo a la sobrevivencia, pues *"la vida es más que el alimento"* <sup>409</sup> y salvar la vida prevalece sobre cualquier mandato, incluso sobre el sábado<sup>410</sup>, pues Dios *"no es un Dios de muertos, sino de vivos"*<sup>411</sup>. La misma actividad de Jesús está abocada a combatir todos los males que limitan la vida, especialmente la vida de los pobres y sencillos: El hambre<sup>412</sup>, la enfermedad<sup>413</sup>, la tristeza<sup>414</sup>, la ignorancia<sup>415</sup>, el abandono<sup>416</sup>, la soledad<sup>417</sup>, el legalismo que mata<sup>418</sup>, la discriminación<sup>419</sup>, las leyes opresoras<sup>420</sup>, la injusticia<sup>421</sup>, el miedo<sup>422</sup>, los males naturales<sup>423</sup>, el sufrimiento<sup>424</sup>, el pecado<sup>425</sup>, la muerte<sup>426</sup>, el demonio<sup>427</sup>. Así, acción liberadora y anuncio evangélico se funden en una sola cosa, como diríamos hoy, la práctica acompaña la teoría.

Podemos llegar incluso más lejos. Jesús mismo es portador de la vida en plenitud: "*si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto*"<sup>428</sup>, le dicen las hermanas de Lázaro, lo que provoca la declaración de Jesús: "*Yo soy la resurrección y la vida*"<sup>429</sup>. La vida que Jesús trae no es sólo la liberación de todas las formas de mal que limitan la vida, sino una vida nueva, plena y eterna<sup>430</sup>. Para poseer esta vida, la vida de verdad, es necesario caminar un sendero estrecho, sacrificar los bienes y hasta la vida presente<sup>431</sup>.

- El Resucitado: Señor de la vida.

La vida divina que Jesús muestra y da no le es ajena. El mismo es la Palabra eterna del Padre y poseía la vida desde toda la eternidad<sup>432</sup>, Palabra que es el origen de la existencia de todas las cosas<sup>433</sup>. La Palabra encarnada es "*Palabra de vida*" que se ha dado a conocer<sup>434</sup>; dispone de la vida con absoluta libertad<sup>435</sup> y la ofrece en abundancia<sup>436</sup> a todos los que el Padre le ha dado<sup>437</sup>. El es "*el camino, la verdad y la vida*"<sup>438</sup>, la luz de la vida<sup>439</sup>, la fuente de agua viva que da vida eterna<sup>440</sup>, el Pan de vida por el cual se participa de la vida divina<sup>441</sup>. Esta participación exige la fe en Jesús, "*el que viva y crea en mí no morirá*"<sup>442</sup>, sin la cual "*no verá nunca la vida*"<sup>443</sup>, fe que se transforma en obediencia a su palabra, así como El obedece al Padre<sup>444</sup>.

La soberanía de Cristo sobre la vida se manifiesta, con mayor claridad en la aceptación de su muerte y su resurrección. El acepta libremente la entrega de su vida por la salvación de muchos<sup>445</sup>, como el buen pastor que da la vida por sus ovejas<sup>446</sup>, pero la volverá a tomar<sup>447</sup>, pues El es el "*autor de la vida*"<sup>448</sup>.

El acontecimiento de la resurrección marcará definitivamente este papel soberano de Jesús, declarado ya en el discurso de Pedro el día de Pentecostés: "*Dios lo resucitó, librándole de las cadenas de la muerte, pues no era posible que quedase bajo su dominio (...) Sepa, pues, toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien ustedes crucificaron*"<sup>449</sup>. La conciencia cristiana de este señorío irá profundizándose hasta llegar a la visión del Apocalipsis: Jesús es "*el testigo fiel, el primogénito de los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra*"<sup>450</sup>, es el Cordero en pie "*a pesar de*

*haber sido sacrificado*"<sup>451</sup>, es decir, a través de su sacrificio, se ha constituido en Señor de la Vida y la Historia, en su centro y su fin y por ello puede decir de sí mismo: "*Yo soy el primero y el último, el que vive; estuve muerto, y ahora estoy vivo por los siglos de los siglos*"<sup>452</sup>.

- La vida en Cristo.

La pascua de Cristo, su paso de la muerte a la resurrección, es vivido por cada creyente que ha aceptado a Cristo<sup>453</sup>, el bautismo es el signo de su nuevo nacimiento por la muerte de Jesús<sup>454</sup>, pues el cristiano también ha "*retornado de la muerte*"<sup>455</sup> y "*vive en adelante para Dios en Cristo Jesús*"<sup>456</sup>. Desde entonces ha experimentado el conocimiento del Padre y del Hijo que El ha enviado, que es lo que en definitiva significa la vida eterna<sup>457</sup>. Participa desde ya de la intimidad de la vida divina<sup>458</sup> a la que en otro tiempo era extraño<sup>459</sup>, pero ahora ha sido constituido en templo de Dios<sup>460</sup> vivificado por acción del Espíritu santo<sup>461</sup>, por ello ha sido liberado de la esclavitud del pecado y el mal y vive para siempre<sup>462</sup>, pero no para sí mismo, "*sino para aquel que ha muerto y resucitado*"<sup>463</sup>, su vida entera es vivir para El, pues ya nada más tiene sentido: "*La vida es Cristo*"<sup>464</sup>.

Así la vida cristiana resulta ser una participación anticipada de la vida eterna, que se habrá de manifestar en plenitud al fin de los tiempos. Nuevamente nos encontramos con el "ya" de una participación en la vida divina en la historia y un "todavía no" de la plenitud de la vida aún por alcanzar, más allá del tiempo y la historia.

- La vida futura.

La plenitud de la vida en Dios habrá de esperar a la transformación final de la creación y la humanidad, donde serán eliminadas las fuerzas del mal y de la muerte. Vida que se hunde para nosotros en el misterio indescriptible del ser mismo de Dios, contemplación eterna, sin mediaciones, de su gloria<sup>465</sup>. Los textos necesariamente recurren a las imágenes, ya señaladas anteriormente, para tratar de describir lo indescriptible.

La vida en plenitud se manifestará cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste<sup>466</sup>, en la plena realización del Reino, cuya imagen nos sirve una vez más para recorrer levemente el misterio que nos ocupa. Hemos hecho ya mención a la visión de la Jerusalén celeste del Apocalipsis, en ella crecerá el árbol de la vida<sup>467</sup>, signo de la vida en plenitud negada al ser humano por su propia decisión<sup>468</sup>. Ya no habrá muerte<sup>469</sup>, sino la plenitud de la presencia de Dios y de la vida.

El acceso a esta vida dependerá de la libre opción de cada uno. El infierno, imagen de la situación del hombre sin Dios, es la muerte eterna, la eterna desesperanza y soledad, las figuras a este respecto son estremecedoras<sup>470</sup>. Pero Dios nos ha llamado a la vida y vida en plenitud, lo único que debe morir eternamente es la muerte misma, la injusticia, el pecado el dolor y la desesperanza.

- La comunión con Dios.

Dios nos ha llamado a vivir para siempre en comunión con El, comunión plena y eterna, comunión original que provoca armonía y bienestar, comunión rota por el pecado de la humanidad. Toda la historia de la salvación no es otra cosa que la búsqueda por parte de Dios de la restauración de esa comunión universal. Esa restauración es misión del Hijo, que con su vida, muerte y resurrección, reestablece la comunión de la humanidad y el universo con Dios, comunión que habrá de manifestarse en plenitud en la vida futura.

La vida humana es el campo donde se hace esa opción, a favor o contra la oferta divina, de ella dependerá el destino futuro de cada uno de nosotros. Las consecuencias del pecado o la justicia se maximizan: total y plenamente unido a Dios o absolutamente excluido de su presencia, depende de nosotros, pues la intención de Jesús y su caminar entre nosotros tiene un sólo objetivo fundamental: *"he venido para que tengan vida y en abundancia"*<sup>471</sup>.

## VI. Conclusión.

Si una conclusión puede obtenerse de esta reflexión es la profunda unión que existe entre historia humana y plan de salvación, entre el caminar de los hombres y de los pueblos y el andar de la Comunidad Creyente en medio de esa misma historia, aunque sin confundirse ni reducirse a ella. Quizá la mejor analogía de esto que decimos sea la Encarnación del Hijo, hombre y Dios, sin separación ni confusión.

La historia humana, los desafíos de nuestro tiempo, a veces necesitados de respuestas urgentes, no nos puede dejar indiferentes. La esperanza cristiana no puede ser el motivo de la evasión del mundo y los compromisos sociales, al contrario, esa misma esperanza nos urge a volcar nuestra mirada al prójimo y socorrerlo, tal como enseñó el Maestro.

El mundo es el campo en el que se ha de decidir aquella opción fundamental que marcará el destino eterno de cada uno de nosotros, destino que no es otro que el vivir junto a Dios en plena comunión con El, y en consecuencia, en plena comunión con los demás y el universo entero. No es otro el objetivo del anuncio de Jesús y de nuestra marcha creyente en nuestro hoy.

Nuestro mundo vive lleno de miedo. La amenaza atómica, el desastre ecológico o financiero, la violencia y la injusticia, han hecho tomar conciencia a todo el orbe más que nunca de la fragilidad de la existencia y del peligro real de la autoaniquilación. En un mundo así, el cristiano estará llamado a ser testigo de esperanza, a mostrar con su vida el prelude de una humanidad nueva, totalmente liberada, más allá de la historia, pero no sin ella.

El pesimismo no puede ser nuestra bandera de lucha. El mal ya ha sido vencido y la vida verdadera a entrado a la nuestra a impregnarlo todo. Ahora es sólo el germen, luego será la plenitud. Pues Dios ha querido restaurar aquella comunión primera de la que tanto hemos hablado y tan poco recordamos, obsesionados quizás en demasía por la idea del pecado original. Dios ha dado el primer paso y de nosotros dependerá el resto.

La vida de cada día, sus pequeños desafíos, así como las grandes transformaciones, irán preparando nuestra tierra, hasta la ahora en que la plena manifestación de los hijos de Dios sea una realidad: un mundo sin odios ni divisiones, sin dolor ni desesperanza, sino lleno de vida y de paz, de la presencia de Dios vivida en una fraternidad universal, sin límites de tiempo ni de espacio, es decir, eterna y perfecta como el mismo Dios, nuestro y Creador y nuestro Padre.

Tal es nuestra esperanza.

## Bibliografía.

- BIBLIA DE JERUSALEN. Nueva edición totalmente revisada y comentada . Descleé De Brouwer. Bilbao, España, 1997.-
- BIBLIA JUVENIL REINA VALERA 1960. Sociedades Bíblicas en América Latina. Editorial Caribe. Miami, Florida, Estados Unidos de América, 1992.-
- BIBLIA LATINOAMERICA. Edición Pastoral. Ediciones Paulinas-Verbo Divino. LXXXIII edición. España, 1992.-
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATOLICA. Asociación de Editores del Catecismo. Segunda edición. Barcelona, España, 1992.-
- FERRANDO, MIGUEL ANGEL. Iniciación a la lectura de la Biblia. Formación, transmisión e interpretación de la Biblia. Ediciones Mundo. Santiago de Chile, 1984.-
- FORTE, BRUNO. Jesús de Nazaret. Historia de Dios, Dios de la historia. Ensayo de una cristología como historia. Segunda Edición. Ediciones Paulinas. Madrid, España, 1989.-
- JESUS DE NAZARET. Revista Más allá de la Ciencia. Monográfico Nº 7. JC Ediciones. Madrid, España, 1993.-
- LA BIBLIA DE ESTUDIO DIOS HABLA HOY. Sociedades Bíblicas Unidas. Tercera Edición. Bogotá, Colombia, 1994.-
- LEAL, JUAN. Sinopsis concordada de los Cuatro Evangelios. Segunda Edición. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, España, 1961.-
- LÉON-DUFOUR, XAVIER. Vocabulario de teología bíblica. Decimoséptima edición, revisada y ampliada. Editorial Herder. Barcelona, España, 1996.-

- LITURGIA DE LAS HORAS PARA LOS FIELES. (Laudes, Vísperas y Completas). Versión litúrgica oficial. Editorial Regina. Novena edición. Barcelona, España, 1996.-
- MESTERS, CARLOS. Con Jesús, ¿sí o no?. Editorial Verbo Divino. Navarra, España, 1998.-
- MUÑOZ, RONALDO. Dios de los Cristianos. Edición chileno-argentina. Ediciones Paulinas. Santiago de Chile, 1988.-
- NUEVO TESTAMENTO TRILINGÜE. Edición crítica de José María Bover y José O'Callaghan. Cuarta Edición. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, España, 1999.-
- NUEVO TESTAMENTO. Edición Pastoral. Nueva edición revisada 1995. Décimo sexta edición. Ediciones San Pablo - Verbo Divino. Madrid, España, 1996.-
- PAUL, ANDRE. Intertestamento. Colección Cuadernos Bíblicos Nº 12. Editorial Verbo Divino. Navarra, España, 1978.-
- PRADO, GERMÁN. Misal popular breve. Ritual y devocionario. Editorial Desclée de Brouwer y Cia. Buenos Aires, Argentina, 1941.-
- RAMIREZ FERNANDEZ, DAGOBERTO. Los pequeños del Reino. Comentario al Evangelio de Mateo. Ediciones Rehue. Santiago de Chile, 1994.-
- SAGRADA CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Instrucción sobre algunos aspectos de la "Teología de la Liberación". Ediciones Paulinas. Santiago de Chile, 1987.-
- SAGRADA CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Instrucción sobre libertad cristiana y liberación. Ediciones Paulinas. Santiago de Chile, 1986.-
- SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Declaración Dominus Iesus sobre la unicidad y la

- universalidad salvífica de Jesucristo y la Iglesia. Ediciones San Pablo. Santiago de Chile, 2000.-
- VVAA. Diccionario de la lengua española. Ediciones Castell. España, 1986.-
  - VVAA. Evangelio y Reino de Dios. Colección Cuadernos Bíblicos N° 84. Editorial Verbo Divino. Navarra, España, 1995.-
  - VVAA, Once grandes mensajes. Edición preparada por Jesús Iribarren José Luis Gutiérrez. Decimoquinta Edición. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, España, 1993.-
  - VVAA. Regno di Dio e citta' terrena. Atti della XVI Sessione di formazione ecumenica organizzata dal Segretariato Attività Ecumeniche (SAE). La Mendola (Trento), 4-12 agosto 1978. Elle Di Ci Editrice. Italia, 1979.-

## Notas.

- <sup>1</sup>cf. Mt.6,33.-
- <sup>2</sup>cf. Mc. 1,15.-
- <sup>3</sup>cf. Jn.1,14.-
- <sup>4</sup> cf. Mt, 11,3; par Lc. 7, 19.-
- <sup>5</sup> Jn. 1,46.-
- <sup>6</sup> Jn.4, 9.-
- <sup>7</sup> Jn. 4, 25ss.-
- <sup>8</sup>cf. Ex. 3,14.-
- <sup>9</sup>cf. Dt.5,4.-
- <sup>10</sup>cf. Dt.5,5ss.-
- <sup>11</sup> Dt. 18,15.18. Dt. 18,18 es referido a Jesús en He. 3,22s; 7,37-
- <sup>12</sup>cf. Is. 42, 1-9; 49, 1-6; 50, 4-9; 52, 13 - 53, 12.-
- <sup>13</sup> Mal.3,23.-
- <sup>14</sup> Dentro de los evangelios, Mateo aludirá constantemente a Jesús como legislador y cumplimiento de las profecías y Juan hará el paralelo entre los dos personajes (ver Jn 1,17.21.-)
- <sup>15</sup>cf. Jl. 3,1.-
- <sup>16</sup> ver el título "Dios, el Rey de Israel", en este mismo capítulo.-
- <sup>17</sup>Jer. 25, 5.-
- <sup>18</sup>ver, por ejemplo Is.9, 1.5-6; 11, 1.4-9; Miq. 5, 1-4.-
- <sup>19</sup> Dt. 33,10.-
- <sup>20</sup> Ejemplos del ejercicio de la función sacerdotal son: el traslado del Arca de la Alianza por David a Jerusalén (2Sam. 6), la consagración del Templo por Salomón (1Re. 8), el retiro de la Serpiente de Bronce por Ezequías (2Re. 18,4), la renovación de la alianza en una celebración extraordinaria de la Pascua por Josías (2Re. 23), entre otros.
- <sup>21</sup> Sal. 110, 4; Ver también los textos que unen la esperanza mesiánica, el templo y el sacerdocio, con la realeza (Sal.46; 48; 76; 87; Is. 2, 1-5; Miq. 4,1-3; etc.)
- <sup>22</sup> Ez. 43,7.-
- <sup>23</sup> Fines del siglo V a.c.-
- <sup>24</sup> 1 y 2 de Crónicas, en los comienzos del período helenístico, antes del 300 a.c.-
- <sup>25</sup> Sobre el "Angel de Yahveh" ver, por ejemplo, Gen. 16,7; 22, 11; Ex. 3, 2; Jue. 2,1; etc.-

- <sup>26</sup> El término ángel viene del griego "*angelos*" y del hebreo "*mal' ak*", y significa "mensajero".-
- <sup>27</sup> cf. Prov. 1, 20-33.-
- <sup>28</sup> cf. Prov. 9, 1-6.-
- <sup>29</sup> cf. Prov. 8, 12-36.-
- <sup>30</sup> cf. Prov. 3,19; 8, 22-31; Sab. 7,22ss; 8, 6; etc.-
- <sup>31</sup> ver el título "Dios, el Rey de Israel" en este mismo capítulo.-
- <sup>32</sup> Inspirada en Lev. 25,9. El toque de trompeta anunciaba el comienzo del año jubilar.-
- <sup>33</sup> Inspirada en Is. 11, 12.-
- <sup>34</sup> Sobre las Dieciocho Bendiciones véase Documentos en torno a la Biblia, n.18, pp. 31-40.-
- <sup>35</sup> Consultar al respecto Documentos en torno a la Biblia N° 68, p. 41.-
- <sup>36</sup> Targum Neófiti, traducción de R. Le Deaut. En las citas del targum los textos bíblicos van en negrita.
- <sup>37</sup> cf. Is. 9,6.-
- <sup>38</sup> Ex. 12,42.-
- <sup>39</sup> Neófiti en Ex. 12, 42.-
- <sup>40</sup> CD VII, 18s. Citado en "Evangelio y Reino de Dios", colección Cuadernos Bíblicos N° 84. pp. 11 (ver Bibliografía)
- <sup>41</sup> Neófiti en Num. 24, 17.-
- <sup>42</sup> Neófiti en Gen. 49,1 0-12.-
- <sup>43</sup> La interpretación mesiánica de este texto está confirmada por Ap. 19, 11-13.-
- <sup>44</sup> Is. 42, 1ss.-
- <sup>45</sup> Targum Is. 42, 7. Crítica textual y traducción de P. Grelot.-
- <sup>46</sup> Is. 52, 13-53, 12.-
- <sup>47</sup> Targum en Is. 52, 13-15.-
- <sup>48</sup> Pirqué de Rabbi Eliezer 11, traducido por M.-A. Quaknin- E. Smilevitch, citado en "Evangelio y Reino de Dios", Cuadernos Bíblicos N° 84, pp.13 (ver bibliografía).
- <sup>49</sup> cf. 1Co. 15, 45-48.-
- <sup>50</sup> Apocalipsis de Henoc. 45, 1-6. traducido por A. Caquot, citado en "Evangelio y reino de Dios", Cuadernos bíblicos N° 84, pp. 31 (ver bibliografía)
- <sup>51</sup> cf. Mt. 4, 3.17; 8, 20; 9, 27; 10, 23; 17, 3; 24, 30.33; Mc. 2, 10; 8, 31; 9, 31; 10,33; Lc. 11, 30; 17, 22; Jn. 3, 13, etc.-
- <sup>52</sup> cf. 1Sam. 8,5.-
- <sup>53</sup> cf. Ex. 19,6.-
- <sup>54</sup> cf. Ex. 15,18.-

- 55 cf. Sal.11,4;103,19.-
- 56 cf. Sal.47,3.-
- 57 cf. Sal.93,1ss;95,3ss.-
- 58 cf. Jer. 10,7.10.-
- 59 cf.1Sa. 8,1-7.19ss.-
- 60 cf. 1Sa. 10,24; 16,12; 2Sa. 7,12-16.-
- 61 cf. 2Sa. 7,14; 1Cro. 28,5; 2Cro. 13,8; Sal.2,7.-
- 62 cf. Jer. 10,21.-
- 63 cf. Miq.2,13; Is. 40,9ss; Ez. 34,11ss; etc.-
- 64 Is. 52,7; cf. Sof. 3,14ss.-
- 65 cf. Zac.14,9; Is.24,23.-
- 66 cf. Sal. 47; 96-99; 145,11ss.-
- 67 cf. Dan. 2,44ss.-
- 68 cf. Dan. 7.-
- 69 cf. Dan. 7,14-27.-
- 70 Sab. 3,8.-
- 71 Lc. 9, 57-62.-
- 72 Mc. 1,15.-
- 73 Mt. 12, 28.-
- 74 Mt. 11, 25.-
- 75 Mc. 4, 11.-
- 76 cf. He. 1, 3; Jn. 14, 26; 16, 13ss.-
- 77 Mc. 10, 23; ver también Mt. 5, 20; 18, 3; 7, 21; 19, 24; 23, 13; Lc. 11, 52; 18, 25; Jn. 3, 4-5.-
- 78 Ap. 12,10.-
- 79 Lc. 19, 12.-
- 80 cf. Mc. 1, 14-15; Mt. 4, 12-13.17.-
- 81 cf. Lc. 4, 16-21.-
- 82 Lc. 4, 43.-
- 83 cf. Jn 3, 3.5. Habría que agregar a esto todo el diálogo con Pilato sobre el tema de Jesús como rey y de su reinado ( ver Jn.18, 33-28)
- 84 Col. 3, 9-11.-
- 85 Lc. 1,78-79.-
- 86 cf. Lc. 2, 34-35.-
- 87 Mt. 12, 28.-

- 88 Lc. 13, 16.-
- 89 Lc. 7, 22.-
- 90 Jn. 12, 31-32.-
- 91 Ap. 12, 10-12.-
- 92 cf. Jn. 1,18.-
- 93 cf. Mt. 11, 25-27 y par. Lc. 10, 21-22.-
- 94 cf. Mt. 5, 1ss; Lc. 6, 20-23.-
- 95 cf. Mt. 25, 1ss.-
- 96 cf. Mc. 4, 11.-
- 97 Jn. 16, 13.-
- 98 cf. Mt. 21, 1-11. Ver también el punto "Mesianismo Real" en este mismo trabajo.
- 99 cf. Lc. 23, 2.-
- 100 cf. Jn 18, 36-38.-
- 101 cf. Lc. 18, 29.-
- 102 cf. Mt. 19, 29; Mc. 10, 29:-
- 103 cf. Mt. 13, 41ss.-
- 104 cf. Lc. 22, 29.-
- 105 cf. Col. 1, 13.19-20.-
- 106 cf. Lc. 24, 26.46.-
- 107 Jn. 12, 32.-
- 108 He. 2, 36.-
- 109 cf Flp. 2,10-11.-
- 110 cf. Ap. 5,9.-
- 111 Ap. 5, 9-10.-
- 112 Constitución Gaudium et Spes N° 45.-
- 113 cf. 1Co. 15, 24-27.-
- 114 cf. 1Co. 15,28.-
- 115 cf. Ap. 4, 1-11; 5, 1-14.-
- 116 Ap. 4,11.-
- 117 cf. Ap. 5,6.-
- 118 cf. Ap. 5, 7-10.-
- 119 cf. Ap. 5, 11-12.-
- 120 cf. Ap. 5, 13-14.-
- 121 cf. Mt. 13, 3-9.-
- 122 cf. Mc. 4, 26-29.-

123 cf. Mt. 13, 33.-

124 cf. Mt. 13,23.-

125 cf. Lc. 12, 32.-

126 cf. Jn. 4, 10ss.-

127 Lc. 17, 20-21.-

128 cf. Jn. 3, 7-8.-

129 cf. Mt. 13, 31ss.-

130 cf. Mt. 13, 24ss.-

131 La traducción más corriente es "todos forcejean para entrar en él" o "todo el que entra en él lo hace esforzándose" o también en un sentido peyorativo: "y cada uno usa de violencia respecto de él". El término "Biádsomai" no contiene la idea de forzar a alguien o algo, como es el caso de "anankádsó" en Lc. 14,23 ("y obliga a la gente a entrar..."). En los LXX "biádsomai" tiene el sentido de "rogar con insistencia". Por ello, se ha preferido traducir la frase por "a todos se les hace fuerza para que entren", en el sentido de una invitación insistente y constante a entrar en la dinámica del Reino.

132 Lc. 16,17.-

133 He. 1,7-8.-

134 cf. Mt. 13, 45-46.-

135 cf. Mt. 5,3ss.-

136 cf. Mt. 18, 1-4.-

137 cf. Mt. 6,33.-

138 cf. Mt. 5,10.-

139 cf. Mt. 7, 21.-

140 cf. Jn. 3, 3ss.-

141 cf. Mt. 5,1ss.-

142 cf. Mt. 10, 5-7.-

143 cf. Mt. 28, 18-20; Mc. 16, 15ss; He. 1, 6-8.-

144 cf. Mt. 13,11; Mc. 4, 11; Lc. 8,10.-

145 cf. Lc. 12,32.-

146 cf. Mt. 16, 18ss.-

147 Mc. 9, 38-40.-

148 cf. Lc. 23, 2; Jn. 6, 15.-

149 cf. Mc.2, 5-12.-

150 cf. Mc. 2,15-17.-

151 cf. Mc. 2, 18-22.-

152 cf. Mc. 2, 23-28.-

- 153 cf. Mc. 3, 23-30.-
- 154 cf. Mc. 3, 31-34.-
- 155 cf. Mc. 4, 40.-
- 156 cf. Mc. 5, 34-36.-
- 157 cf. Mc. 6, 7-13.-
- 158 cf. Mc. 6, 30-44.-
- 159 Mt. 21,25.-
- 160 Mt. 21, 26-27.-
- 161 En Mt. 20, 20-23 la petición nace de la madre de Santiago y Juan de Zebedeo. En Mc. 10, 35-40 son los mismos discípulos los que hacen la petición. En cambio en Lc. 22, 24-27 la palabra es pronunciada durante la última cena, producto de una discusión entre los discípulos sobre quién es el mayor.
- 162 cf. Jn. 17, 14-15. En san Juan el término "mundo" indica las fuerzas que se oponen al Reino de Dios. Es el mundo dominado por las tinieblas que se opone a los hijos de la luz.-
- 163 Constitución Gaudium et Spes N° 39.-
- 164 Constitución Gaudium et spes N° 43.-
- 165 1Co. 15, 24.-
- 166 cf. Ap. 11, 15; 12, 10.-
- 167 Ef. 5,5.-
- 168 cf. Ap. 19, 6.-
- 169 Ap. 1,6; 5, 10.-
- 170 cf. Mt. 13, 30.-
- 171 cf. Rom. 8, 18-21.-
- 172 cf. 1Co. 6, 9-10; Gál. 5, 19-21; Ef. 5, 5; Ap. 21,27.-
- 173 cf. Rom. 8,11; 1Co. 6, 15;15, 12-22; 42-44.50; 2 Co. 4,14; 1Tes.. 4,14.-
- 174 cf. 1Co. 4, 20.-
- 175 cf. Rom. 14, 17.-
- 176 Ap. 21, 1-5a.-
- 177 cf. Is. 65, 17; 66, 22.-
- 178 cf. Jb. 7,12.-
- 179 cf. Gen. 1, 2.-
- 180 cf. Is. 27, 1; 51, 9-10; Sal 74, 13.14; Jb. 26, 12-13;
- 181 cf. 2Sam.5,9; 24,25; 1Re. 6,2; Sal. 122.-
- 182 cf. Is. 52,1; Dn.9,24; Mt. 4,5;Sal.46,5;
- 183 cf. Sal. 2,6; Dt. 12, 2-3.-

- 184 cf. Is. 2,1-5;54, 11ss; 60, 1ss; Jer. 3, 17ss; Sal.87,1ss; 122, 1ss; Lc.2,38ss.-
- 185 cf. He. 2, 22-24; Gal. 4, 26; Flp. 3, 20; Ap. 3, 12; 11, 1; 20, 2; 22, 19.-
- 186 Gal. 4, 26.-
- 187 cf. Is. 61, 10; 62, 4-5; Os. 1,2ss; Ap. 19, 7-8, etc.-
- 188 cf. Lv. 26, 11; Dt. 26,15; Esd. 7,15; Sal. 43, 3; 84, 1; 91,10; 132,5; Is. 32, 12;etc.
- 189 cf. Jn.1,14;
- 190 Es la fórmula típica de la alianza divina (ver Gén. 17,8; Lv. 26, 11-12; Jer. 31, 33; Ez. 27, 37; cf. 2Co6, 16). Se caracteriza por la intimidad entre Dios y su pueblo (ver Ex. 25, 8; Jn. 1, 14) consumada definitivamente al final de los tiempos (ver Jl. 4, 17.21; Za. 2, 14; So. 3, 15-17; Is.12, 6).
- 191 cf Gen. 3,8.-
- 192 La secuencia Dies Irae (el Día de la Irae) fue compuesta en la Edad Media. Existe un manuscrito napolitano del siglo XII que la contiene. Dicha secuencia estuvo incluida en la liturgia católica hasta la reforma litúrgica realizada a partir del Concilio Vaticano II (1965).
- 193 cf. Dan. 9,12.-
- 194 cf. Jue. 2, 16.-
- 195 cf. Ex. 18, 13-26.-
- 196 cf. 1Sa. 7, 16s; 8, 3.-
- 197 cf. 2Sa. 16, 1-6; 1Re. 3, 16-28.-
- 198 cf. Dt. 16, 18ss; 17, 8-13.-
- 199 cf. Am. 5, 7; 6, 12; Is. 5, 7-23; Jer. 22, 13.15.-
- 200 cf. Sal. 72, 1s; Is. 11,3s; Jer. 23, 5.-
- 201 cf. Is. 1, 17.26.-
- 202 cf. Dt. 1, 16; 16, 18-20; Lev. 19, 15.36.-
- 203 cf. Prov. 16, 13; 25,5.-
- 204 cf. Dt. 16, 19.-
- 205 cf. Ex. 23, 6-8.-
- 206 cf. Dt. 25, 1; Prov. 17, 15.-
- 207 Am. 5, 7.10-12. Ver también Am. 6, 12; Is. 5, 7.23; Jer. 22, 13.15.-
- 208 cf. Am. 2, 6; Is. 5, 23; 29, 21.-
- 209 cf. Gén. 18, 17ss; Ez. 3, 16-21; Prov. 11, 4ss.19; 12, 28.-
- 210 cf. Gén. 7, 1; 18, 23-32; Ez. 18, 5-26; Prov. 12, 10.-
- 211 cf. Sal. 15, 1s; 24, 3s; 18, 21.25; 119, 121; 140, 14.-
- 212 cf. Tob. 7, 6; 9, 6; 14, 9.-
- 213 cf. Job. 8, 3; 35, 8; Ecl. 5, 7; Ecl. 38, 33.-

- 214 Sal. 9,5.-
- 215 cf. Am. 9, 10; Is. 5, 18s.-
- 216 cf. Am. 5, 21-25; Is. 1, 10-17; 29, 13-14; 58, 1-12; Miq. 6, 6-8; Sal. 50.-
- 217 cf. Is. 1, 27; 5, 16; 10, 22; Sof. 3, 5.8.-
- 218 cf. Ez. 17.-
- 219 cf. Gén. 15, 6; Dt. 9, 4ss.-
- 220 Sal. 119, 40.106.123; 36,11.-
- 221 cf. Sal. 51,16; Dan. 9, 16.-
- 222 cf. Sal. 65, 6; 111, 3, 145, 7.17; Neh. 9, 8.-
- 223 cf. Ex. 3, 7-10.-
- 224 Lev. 25, 35-38.-
- 225 Ex. 22, 20-26, cf. Dt. 15, 7-11; 24, 10-22.-.-
- 226 cf. Am. 5, 7-27; Is. 1, 10-20; Miq. 6, 5-8; Zac- 7, 4-14.-
- 227 cf. Is. 58, 6-11.-
- 228 Jer. 11, 20; cf. 17, 10.-
- 229 cf. Gén. 18, 23ss.-
- 230 cf. Gén. 16, 5; 31, 49; 1Sa. 24, 26; Jer. 11, 20.-
- 231 cf. Sal. 9, 20; 26, 1; 35; 1-24; 43, 1, etc.-
- 232 cf. 1Sa. 2, 10; Sal. 67, 5.-
- 233 cf. Sal. 82.-
- 234 cf. Gén 15, 14;; Sab. 11, 10.-
- 235 cf. Ex. 14, 11-12; 15, 24; 16, 2-3; 32, 1ss; Num. 11, 1ss; 14, 1-4; 20, 2-3; 21, 4-5;
- 236 cf. Sab. 12, 10-22.-
- 237 cf. Gén. 3, 14-19.-
- 238 cf. Gén. 6, 13.-
- 239 cf. Gén 18, 20; 19, 13.-
- 240 cf. Is. 3, 13ss
- 241 cf. Is. 1,24s; 5, 5s.-
- 242 cf. Am. 5, 18ss.-
- 243 cf. Ez. 16, 38; 23, 24.-
- 244 cf. Ez. 36, 19.-
- 245 cf. Ez. 35, 17-22.-
- 246 Sobre el tema del "resto fiel" ver Is. 1,9; 10, 21; 11, 11; 28, 5; Jer. 23, 3; 44, 12; Mi. 5, 3; Sof. 3, 13, Zac. 8, 11.12.-
- 247 cf. Am. 1, 3-2.3; Ez. 25, 1-17; Jer. 25, 30-38.-

- 248 cf. Is. 66, 16.-
- 249 cf. Jl. 4, 12ss.-
- 250 cf. Dan. 7, 9-12.26.-
- 251 cf. Sab. 4, 20-5, 23.-
- 252 cf. Sab. 4, 15s; 3, 1-9.-
- 253 cf. Dan. 7, 27.-
- 254 Sal. 94, 2.-
- 255 cf. Sal. 75, 2-11; 96, 12s; 98, 7 ss.-
- 256 cf. Sal. 140, 13s.-
- 257 Sal. 143, 2.-
- 258 En este caso el término usado es "*Krisis*", juicio en sentido estricto, análogo a la raíz *Safat*, y no "*Dikaïos*", justicia en sentido amplio, más usado en el Nuevo Testamento y que tiene un sentido análogo a la "*Sedaqá*" hebrea.
- 259 Lc. 12, 13.-
- 260 Lc. 12, 14.-
- 261 cf. Mt. 23.-
- 262 cf Mt. 5, 17-48; 6, 1-18.-
- 263 cf. He. 3, 14.-
- 264 cf. Is. 42,1; Mt. 3, 17.-
- 265 Mt. 3, 15.-
- 266 cf. Jn. 17, 1-4.-
- 267 cf. Jn. 19, 30.- He. 5, 8; Filp. 2, 8.-
- 268 cf. Jn. 14, 31.-
- 269 cf. Is. 53, 4; Mt. 27, 43-46.-
- 270 cf Jn. 16, 10.-
- 271 cf. 1Tim. 3, 16.-
- 272 cf. Rom 4, 25.-
- 273 cf Rom. 3, 26; 4, 23s; 5, 16-19.-
- 274 cf. Rom. 8, 14-17; 1Jn. 3, 1s.-
- 275 cf. Is. 53, 1ss.-
- 276 cf. Mt. 27, 43. 46.-
- 277 cf. Jn. 3, 16-19.-
- 278 Jn. 3, 16-17.-
- 279 Jn. 12, 31-32.-
- 280 cf. Lc. 2, 34-35.-

- 281 cf. Jn. 3, 19s.-
- 282 cf. Jn. 9, 39.-
- 283 cf. Jn. 3, 21.-
- 284 cf. Mt. 25, 14-30.-
- 285 cf. Mc. 12, 40.-
- 286 cf. Mt. 11, 20-24.-
- 287 cf. 12, 39-42.-
- 288 cf. Mt. 10, 14s.-
- 289 Mt. 10, 23s.-
- 290 cf. Gén. 18, 16-33; 19,1-29.-
- 291 cf. Mt. 10, 14s; 11, 20-24..
- 292 cf. Mt. 5, 21s; 12, 36.-
- 293 cf. Mt. 7, 1-5.-
- 294 cf. Mt. 22,36-40.-
- 295 cf. He. 17, 31; 24, 25; 1Pe. 4, 5; Heb. 6, 2.-
- 296 cf. Sant. 5, 9.-
- 297 cf. 1Pe. 4, 17.-
- 298 cf. Rom. 2,6; 1Pe. 1, 17.-
- 299 cf. Rom. 12, 19, Heb. 10, 27-31.-
- 300 cf. 2Tes.2, 12.-
- 301 cf. Heb. 13, 4.-
- 302 cf. 2Pe. 2, 4-10.-
- 303 cf. 1Tim. 3, 5-6.-
- 304 cf. 1Tim. 5, 11-12. Las viudas, prototipo del pobre y oprimido en la Escritura (ver Ex. 22, 22; Dt. 10, 18; Job 22, 9; 24, 3; 31, 16; Sal. 94, 6; 146, 9; prov. 15, 25; Is. 1, 17; Jer. 49, 11; Zac. 7, 10; Mt. 23, 14 y par; Mc. 12, 42; Lc. 18, 3; etc.), conforman en la primitiva comunidad cristiana una especie de grupo consagrado, junto con el de las vírgenes Ver, al respecto, He.6, 1ss; 1Tim. 5, 3.9.14; Sant. 1, 27.-
- 305 cf Rom 2, 5. El tema de la "Día de Yahveh", el "Día de su ira", es constante en el Antiguo Testamento (ver Is. 2, 12; 13, 6.9; 49, 8; Jer. 30, 7; Ez. 30, 3; Jl. 1, 15; 2, 11; Am. 5, 18; Zac. 14, 1; Mal. 4,5; Abd. 15; Sof. 1, 7.14).-
- 306 cf. Rom. 2, 3.-
- 307 cf. Rom. 2, 16; 1Co. 4, 4.-
- 308 cf. Rom. 2, 16; 2Tim. 4, 1; Ap. 19, 11.-
- 309 cf. Ap. 11, 18; 16, 5; 20, 12s; etc.-
- 310 cf. Ap. 12, 8; 17, 1; 18, 2-24.-

- 311 cf. Ap. 6, 9s; 18, 20.-
- 312 cf. Ap. 19, 2.-
- 313 cf. 1Co. 3, 13; 2Pe. 3, 7.-
- 314 cf. Rom. 2, 17.-
- 315 cf. Sant. 1, 12.-
- 316 cf. Rom. 2, 14s.-
- 317 cf. Rom. 2, 1ss; 14, 19ss; Sant. 2, 13; 4, 11ss; 5, 12.-
- 318 cf. Rom. 1, 18; 3, 10-20.-
- 319 cf. Rom. 5, 16.18.-
- 320 Rom. 8, 3-4.-
- 321 Rom 8, 1.-
- 322 cf. Rom. 3, 21.-
- 323 cf. Rom 3, 24.-
- 324 cf Rom. 8, 1. 34.-
- 325 cf. 2Co. 3, 9.-
- 326 cf. 2Co. 5, 19ss.-
- 327 cf. 1Jn. 4, 16ss.-
- 328 cf. 2Tim 1, 9-10.-
- 329 cf. Lc. 16, 22ss.-
- 330 cf. Lc. 23, 43.-
- 331 cf. Mt. 16, 26; 2Co. 5, 8; Flp. 1, 23; Hb. 9, 27; 12, 23.-
- 332 cf. Mt. 7, 1-5.-
- 333 cf. Mt. 25, 31ss.
- 334 Lc. 11, 31-32.-
- 335 Lc. 10, 13-14.-
- 336 La parábola en Lc. 15, 11-32.-
- 337 cf. Jn. 14, 6.-
- 338 cf. Confesiones de san Agustín<sup>1</sup>, 1,1. Op. Cit en Catecismo de la Iglesia Católica N° 30 (ver Bibliografía).-
- 339 cf Gen. 1, 21.-
- 340 cf. Gen. 1, 24.-
- 341 cf. Gen. 1, 26-28.-
- 342 cf. Job. 7, 1.-
- 343 cf. Job. 2, 4.-
- 344 cf. Job. 7, 15; Jon. 4, 3.-

- 345 cf. Ecl. 10, 7.-
- 346 Sal. 27, 13.-
- 347 cf. Gén. 25, 8; 35, 29; Job. 42, 17.-
- 348 cf. Gen. 15, 1-6; 2Re. 4, 12-17.-
- 349 cf. Sal. 127; 128.-
- 350 cf. Is. 42, 5.-
- 351 cf. Sal. 104, 4.-
- 352 Dt. 32, 39.-
- 353 cf. Job. 14, 1; Sal. 37, 36.-
- 354 cf. Sal 144, 4.-
- 355 cf. Sab. 2, 2; Sal. 39, 6.-
- 356 cf. Gén. 6, 3; 47, 8s; Eclo. 18, 9; Sal. 90, 10.-
- 357 cf. Gen. 2, 7; Sab. 15, 11
- 358 cf. Job. 34, 14s; Ecl. 12, 7.-
- 359 cf. Gén. 9, 5s; Ex. 20, 13.-
- 360 cf. Gen. 4, 11-15.-
- 361 Lev. 17, 11.-
- 362 cf Gen. 9, 4.-
- 363 cf. Ez. 18, 32.-
- 364 cf. Sab. 1, 13s; 2, 23.-
- 365 cf Gen. 3, 22.-
- 366 cf. Gen. 3, 16-19.-
- 367 cf. Dt. 30, 15; Jer. 21, 8; Prov. 2, 19; Sal. 16, 11.-
- 368 cf. Ex. 15, 26; Dt. 4, 1; Lev. 18, 5.-
- 369 cf. Prov. 2, 19s; 11, 19.-
- 370 cf. Hab. 2, 4.-
- 371 cf. Ex. 23, 26; Bar. 3, 14.-
- 372 cf. Sal. 69, 29.-
- 373 cf. Sal. 72, 1-2.4.12-13.-
- 374 cf. Ez. 33, 11.-
- 375 cf. Ez. 37, 11-14.-
- 376 cf. Is. 53, 8.-
- 377 cf. Is. 53, 10.-
- 378 cf. 2mac. 7, 23.-
- 379 cf Dan 2, 12s.-

- 380 cf. Sab. 5, 13.-
- 381 cf. Sab. 3, 1.-
- 382 cf. Sab. 5, 15s.-
- 383 Algunos casos en Gen. 27, 36; 1Sa. 25, 25; Gen. 35, 18.-
- 384 cf. Gen. 1, 3-10; Gen. 2, 20; Is. 40, 26.-
- 385 cf. Gen. 17, 5; 17, 15; 32, 29.-
- 386 Las versiones antiguas y algunas ediciones protestantes cristianas traducen el tetracoma divino YHWH por "Jehová" debido al juego de palabras hecho por el judaísmo a la hora de agregar los signos de las vocales a los textos hebreos, hasta el momento escritos sólo en consonantes. Así, a la hora de vocalizar el nombre divino lo hacen mezclándolo con la palabra "Adonai", término que significa "Señor" y que evita la pronunciación directa del nombre de Dios. Al mezclar las consonantes del tetracoma YHWH con las vocales de "adonai" resulta el término "YaHoWaHi", sin sentido en sí mismo, sino que con una finalidad práctica: el lector, al leer el nombre divino, sabría que debía evitar su pronunciación y llamarlo Adonai. De esta mezcla surge la palabra castellana "Jehová" que, como se ha dicho, la mayoría de las versiones ha abandonado, privilegiando el uso de "Yahvéh" o la traducción del tetracoma por "Señor" o "Dios". Es necesario aclarar que las confesiones portestantes le dan a "Jehová" el mismo sentido que se la da a "Yahvéh", por lo que el sentido se conserva, a pesar de no ser la palabra más exacta.
- 387 Ex. 3, 13-14.-
- 388 Así lo entendieron los traductores de la Biblia griega de los LXX, pues traducen: " 'ehyeh aser 'ehyeh" es decir, "Yo soy el que existe".
- 389 cf. Gen. 1, 1-28.-
- 390 cf. Jer. 2, 13; 17, 13; Sal. 36, 10; Prov. 14, 27.-
- 391 cf. Sal. 63, 4.-
- 392 cf. Sal. 23, 6; 27, 4; 84, 11; Am. 5, 4s; Os. 6, 1s.-
- 393 Ex. 3,7-8a. 9.-
- 394 cf. Sal. 18, 47; Os. 2, 1.-
- 395 cf. Is. 29, 15; Sal. 10, 4.11; Sal. 10; 14; 73; 94.-
- 396 cf. Sal. 72, 13.-
- 397 cf. Mc. 6, 3.-
- 398 cf. Mt. 10,1ss; 19, 28; Mc. 3, 14.-
- 399 cf. Lc. 8, 1-3.-
- 400 cf. Lc. 8, 3; 19, 8.-
- 401 cf. Lc. 10, 38-42, Jn. 11, 1-44; 12, 1-8.-
- 402 cf. Jn. 3, 1-2; 19, 38.-

403 cf. Lc. 2, 34-35; 4, 28-30.-.-

404 cf. Mt. 2, 13-18.-

405 cf. Mr. 11, 18; 14, 1; Lc. 13, 31; 19, 47; Jn. 5, 16.18; .-

406 Mc. 1,15.-

407 Tal pareciera ser el sentido que le atribuye la Vulgata, al traducir "metanoia" por "Penitencia"., provocando una reducción de sentido que ha tenido nefastas cosecuencias. Las traducciones actuales varían entre "conviértanse" y "cambien de vida".-

408 cf. Jn. 3, 5ss.-

409 cf. Mt. 6, 25.-

410 cf. Mc. 3, 4 y par.

411 cf. Mc. 12, 27 y par.

412 cf. Mc. 6, 35-44.-

413 cf. Mc. 1, 32-34.-

414 cf. Lc. 7, 13.-

415 cf. Mc. 1, 22; 6, 2.-

416 cf. Mt. 9, 36.-

417 cf. Mt. 11, 28; Mc. 1, 40-41.-

418 cf. Mc. 2, 23-28; 3, 4.-

419 cf. Mc. 9, 38-40; Jn. 4, 9-10.-

420 cf. Mt. 23, 13-15; Mc. 7, 8-13.-

421 cf. Mt. 5, 20; Lc. 22, 25-26.-

422 cf. Mt. 28, 10; Mc. 6, 50.-

423 cf. Mt. 26.-

424 cf. Mt. 8, 17.-

425 cf. Mc. 2, 5.-

426 cf. Mc. 5, 41-42; Lc. 7, 11-17.-

427 cf. Mc. 1, 25-34; Lc. 4, 13.

428 cf. Jn. 11, 21.32.-

429 cf. 11, 25.-

430 cf. Mt. 19, 16 y par. 19, 29 y par.-

431 cf. Mt. 16, 25s.-

432 cf. Jn. 1, 4.-

433 cf. Jn. 1, 3.-

434 1Jn. 1, 1.-

435 cf. Jn. 5, 26.-

- 436 cf. Jn. 10, 10.-
- 437 cf. Jn. 17, 2.-
- 438 cf. Jn. 15, 6
- 439 cf. Jn 8, 12.-
- 440 cf. Jn. 4, 14
- 441 cf. Jn. 6, 27-58.-
- 442 cf. Jn. 11, 25s.-
- 443 cf. Jn. 3, 36.-
- 444 cf. Jn. 12, 47-50.-
- 445 cf. Mr. 10, 45; Jn. 10, 17s; etc.
- 446 cf. Jn. 10, 11. 15.-
- 447 cf. Jn. 10, 17s.-
- 448 cf. He. 3, 15. Autor está tomado no sólo en el sentido de origen de ella, sino en el de quien posee autoridad sobre ella. Es por ello que algunos traductores prefieren el uso de "jefe" o "señor" en vez de "autor", como en el caso presente.
- 449 cf He. 2, 24.36.-
- 450 Ap. 1, 5.-
- 451 cf. Ap. 5, 6.-
- 452 cf. Ap. 1, 17-18a.-
- 453 cf. Jn. 5, 24.-
- 454 cf. Rom. 6, 3.-
- 455 cf. Rom 6, 13.-
- 456 cf. Rom. 6, 10s.-
- 457 cf. Jn. 17, 3; 10, 14.-
- 458 cf. Col. 3, 3.-
- 459 cf. Ef. 4, 18.-
- 460 cf. 2Co. 6, 16.-
- 461 cf. Rom. 8, 10.-
- 462 cf. 8, 11.38.-
- 463 cf. 2Co. 5, 15.-
- 464 cf. Filp. 1, 21.-
- 465 cf. 1Co, 13, 12; 1Jn. 3, 2.-
- 466 cf. Col. 3,4.-
- 467 cf. Ap. 22, 1s; 22, 14.19.-

468 En el Edén (Gen. 3, 1ss.), el ser humano podía comer de todos los árboles, excepto el del bien y el mal, imagen de la búsqueda de convertirse en el propio referente ético, en su propio Dios. Ahora, libre ya de las fuerzas del mal, la humanidad vuelve a disfrutar de la vida en plenitud, vida que vive en su ciudad para siempre.

469 cf Ap. 21, 4; 1Co. 15, 28.-

470 El común de estas representaciones, figurativas todas, es la exclusión de la vida divina, la tristeza eterna lejos de Dios. Símbolos de este estado son el llanto y el crujir de dientes en el horno ardiente (Mt. 13,42), la gehena donde su gusano no muere ni su fuego se apaga (Mt. 5, 22; Mc. 9, 43.48).

471 cf. Jn. 10, 10.-